

CUENTOS PARALELOS

ISAAC ASIMOV

A Kate Medina y Jennifer Brehl, las últimas de la larga cadena de redactores que me han guiado solícitamente (e intimidado algunas veces) a través de las complejidades del oficio de escritor. Muy de vez en cuando escribo un libro que no es idea mía. Éste es uno de ellos. Tengo deseos especiales de hacer saber a todos los lectores que la idea de esta obra no es mía y, por tanto, permítanme explicarles cómo empezó todo.

En 1964 el doctor Howard Gottlieb de la Biblioteca de la Universidad de Boston tuvo la idea de recopilar mis escritos. Esta biblioteca estaba especializada en autores norteamericanos del siglo veinte, título con el que yo cuadraba. Y lo que es más, yo era (y sigo siendo) miembro de la facultad de la Universidad de Boston, por lo que parecía muy conveniente incluirme.

Esto lo juzgué por aquel entonces como una idea grotesca. Consideraba que mis “escritos” eran trastos inútiles (y lo sigo creyendo en la actualidad, en lo más recóndito de mi corazón). Cuando los papeles se acumulaban hasta el punto de ser molestos, yo los quemaba en el fogón para barbacoas de mi casa de Newton, Massachusetts. (No usaba ese fogón para otra cosa.)

Cuando le expliqué esto, el doctor Gottlieb se horrorizó. Me comentó la importancia que tienen los documentos contemporáneos de figuras literarias importantes (y al parecer él se refería a mí cuando utilizó esa frase). También me habló del enorme número de estudiantes de literatura que obtendrán su ansiado título gracias al estudio meticuloso de mis primeros manuscritos, y cuán útil sería ello para los escritores en ciernes de siglos y milenios venideros.

No creí ni una sola palabra, pero el doctor Gottlieb era (y es) uno de los hombres más atentos y agradables jamás creados por una deidad creativa (suponiendo que exista una), y no tuve valor para desilusionarle. Le entregué todo el material que logré encontrar, el que se había salvado de la quema, y posteriormente le envié más papeles conforme iban acumulándose. Gottlieb recibió ejemplares de todos los libros publicados por mí en todas las ediciones disponibles (club del libro, bolsillo, extranjero, etc.). Le envié manuscritos, tanto borradores como copias definitivas. Le envié toda mi correspondencia y cartas de admiradores. Le envié un ejemplar intacto de todas las revistas que contenían un ensayo o un relato firmado por mí, de tal forma que Gottlieb dispone actualmente, por ejemplo, de una colección de veinte años de The Magazine of Fantasy and Science Fiction, otra de diez años de American Way y todos los números de Isaac Asimov's Science Fiction Magazine. Todo ello permanece guardado en una bóveda especial.

El material acumulado durante estos últimos veinte años y pico es gigantesco y crece sin cesar. Cada quince días cargo con un montón de papeles, revistas y libros hasta la editorial Doubleday, que muy amablemente lo envía por correo a la “bóveda de Isaac”.

Me esfuerzo en no pensar en ello. Algún pobre diablo del despacho del doctor Gotlieb debe verse obligado a revisar, ordenar y clasificar todo el material, y a archivarlo de modo racional para que sea posible encontrar con rapidez cualquier documento solicitado. (Lo sé. A veces he necesitado algo, y ellos lo han encontrado de inmediato.)

También temo las consecuencias finales. Esa bóveda tiene una capacidad limitada. Algún día explotará, y ya imagino los titulares de The Boston Globe: "Explota la Bóveda de Asimov. Los alrededores en ruinas. Veinte muertos y centenares de heridos".

Y la bóveda y la culpa serán mías.

Con lo dicho tienen ya el primer fragmento de la historia de este libro. Continúen leyendo.

En los últimos cinco años, más o menos, me he aficionado a publicar antologías de diversas clases, y en gran cantidad. Tengo en mi haber, en este momento, más de ochenta de tales antologías.

Como es lógico, esta actividad atroz supera con mucho mi capacidad. Por tanto, no les sorprenderá saber que en casi todos los casos he contado con la ayuda de otros conspiradores. Los dos más leales y serviciales son Martin Harry Greenberg y Charles G. Waugh. El primero vive en Wisconsin, el segundo en Maine y yo en Manhattan, de forma que estamos muy alejados. Nos mantenemos en contacto mediante cartas, llamadas teletónicas y visitas esporádicas. (Ellos hacen las visitas. Yo no viajo.)

Se trata de una conspiración antológica ideal. Charles posee una inmensa colección de publicaciones y una memoria infalible para todo lo que lee, y se halla profundamente enamorado de una fotocopidora. De ahí que pueda facilitarnos cualquier clase de relato que nos interesa. En cuanto a Martin, le apasiona irrefrenablemente solicitar autorizaciones, ocuparse de todo el papeleo y recibir y remitir cheques. Además, visita a los editores con el propósito de hipnotizarlos para que se avengan a publicar más y más antologías.

Con esto sólo me queda la tarea de leer el material que me envían tomar decisiones respecto a dónde va cada cosa, redactar introducciones y algunas notas y entregar los manuscritos a los diversos editores (ya que, si hace buen día, a casi todos puedo ir a verlos andando).

Naturalmente, Marty y Charles han acabado teniendo un interés posesivo por mí.

Y, por tanto, comprenderán ustedes que hace un par de años, cuando Charles visitó Boston, uno de los "monumentos" que él quiso ver fue la "bóveda del doctor Asimov". (Charles es la quintaesencia del anglosajón protestante y nunca me llama por mi nombre de pila, a pesar de que yo le insto a hacerlo en repetidas ocasiones. Marty, tan anglosajón y protestante como yo, es más liberal.)

No sé cuánto tiempo pasó Charles en el sótano, inhalando el fortaleciente olor a papel viejo y escrutando caducos fragmentos de escritos asimovianos, pero al parecer

topó con cierto material totalmente olvidado por mí. No estoy seguro de que el material merezca el apelativo de "curiosidad", pero era ciertamente curioso. Lo que interesó en especial a Charles fue que encontró versiones antiguas de algunas obras famosas mías que, por una u otra razón, son notablemente distintas de las publicadas con posterioridad. Charles consideró que algún lector podría estar interesado por estas versiones antiguas. Incluso preparó, a tal efecto, una lista de los relatos.

Mencionó el tema la siguiente vez que habló con Marty, y éste me lo mencionó la siguiente vez que habló conmigo. Marty incluso tenía un título para el libro: Cuentos paralelos.

Mi reacción fue inmediata y entusiástica.

—Marty—dije—, estás loco.

—¿Puedo mencionarlo a Doubleday?—preguntó él.

—Adelante—respondí, riendo de buena gana.

Estaba convencido de que lo echarían a patadas del despacho, acompañado por un torrente de lenguaje ignominioso. "Se lo tiene merecido", pensé.

Pero o subestimé la persuasión de Marty, o no tuve en cuenta el buen carácter de Kate Medina, por entonces responsable editorial de Doubleday, o ambas cosas a la vez, porque la siguiente vez que surgió el tema me encontré mirando un contrato.

Sin dejar de pronunciar maldiciones en voz baja, escribí al bueno de Howard de la Biblioteca de la Universidad de Boston, y lo siguiente que supe fue que tenía montones de papeles viejos en mi escritorio, una muestra de los escritos mencionados por Charles.

Comprenderán pues por qué reniego de este libro. Algunos de ustedes tal vez piensen: "Bueno, aquí está Asimov y su exagerada vanidad, pensando que alguien va a interesarse por estas tonterías antiguas". Pero no es así. La culpa corresponde por entero a Howard Gotlieb, Charles Waugh, Martin Greenberg y Kate Medina.

...De todas formas, ya que usted ha ojeado hasta aquí de pie en la librería, nada pierde pagando y llevándose el libro a casa. Howard, Charles, Martin y Kate piensan que el libro interesará, y no me gustaría desilusionarlos.

Envejece conmigo

Preámbulo

Ahora que ya tiene el libro en su casa, permítame presentarle el primer relato: mi novela corta "Envejece conmigo".

El 26 de mayo de 1947 el director de *Startling Stories* me pidió que escribiera una obra de 40.000 palabras para la revista. Por aquel entonces yo llevaba casi veinte años

vendiendo relatos a las revistas de ciencia ficción, y ya había escrito obras de esa longitud. Dos años antes había escrito "The Mule" para *Astounding Science Fiction*, un relato de 50.000 palabras.

Startling pedía en concreto un "relato tipo *Astounding*", por lo que la tarea me pareció sencillísima.

Sin embargo, tardé el verano entero en escribirlo, porque también tenía que preparar mi tesis doctoral. Acabé el 22 de septiembre de 1947. La obra terminó siendo notablemente más larga que lo solicitado (49.000 palabras), pero ese detalle no me preocupó; puesto que las revistas pagan por palabra, eso significaba más dinero.

El título de la novela lo copié del primer verso de la obra Rabí Ben Ezra de Robert Browning, que es un himno a la vejez. Eso confería al título un significado irónico, en vista del argumento de la novela. Yo sólo tenía entonces veintisiete años, y aún podía considerar con despreocupación el tema de la vejez.

Pero para mi sorpresa (y para mi cólera) Startling, tras retener la novela tres semanas, la rechazó. Me sentí humillado, ya que no había

Este relato y otro titulado "El general" constituyen la novela Fundación e Imperio, segunda parte de la llamada serie de la Fundación. (N. del T.) sufrido un rechazo en los últimos cinco años. Sufrir uno por parte de una revista de segunda categoría, después de pasar el verano entero escribiendo y tras haber recibido la aprobación de la revista cuando (a solicitud de la misma) me habían pedido ver fragmentos de la novela conforme iba escribiéndola, me pareció insoportable. Tengo la costumbre de sentirme desilusionado cuando sufro rechazos (y sufro algunos incluso en la actualidad), pero los soporto filosóficamente. Aquélla fue la primera y la única vez que me encolericé.

Hice el intento en *Astounding*, y la novela fue rechazada de nuevo. Alimenté la esperanza de que una editorial semiprofesional, en proceso de creación para publicar obras de ciencia ficción, quisiera quedarse con mi novela prácticamente sin pagar un centavo, pero incluso esa esperanza se desvaneció.

Era el peor fracaso literario de mi vida hasta entonces, y lo extraño es que yo no tirara a la basura el condenado manuscrito. Por fortuna, aún faltaba una década para que comprara la casa con el fogón para barbacoas en el patio, o de otro modo habría quemado la novela. Pero yo residía en un piso sin posibilidad de preparar barbacoas en el salón; de modo que metí el manuscrito en un cajón e intenté olvidar el asunto.

Sin embargo, en 1949 Doubleday estaba planeando iniciar una colección de ciencia ficción con encuadernación de lujo, que sería la primera de una editorial no especializada. Mi amigo Frederik Pohl, también escritor de ciencia ficción, se enteró de ello, vino a verme y me sugirió que ofreciera "Envejece conmigo" a Doubleday. Puse muchísimos reparos, ya que no tenía intención alguna de sufrir nuevas humillaciones por causa del fiasco que había escrito, pero Fred fue muy persuasivo y le respondí que lo pensaría.

El 11 de marzo de 1949 decidí que sería poco profesional por mi parte determinar en nombre de un editor que una novela era inservible. En consecuencia, fui al piso de Fred

Pohl. (En aquellos tiempos, yo era demasiado pobre para ir en taxi, y demasiado ingenuo para pensar en una llamada telefónica a fin de comprobar si mi amigo estaba en su casa.) Como era de esperar, Fred se había ausentado y fue su hijastra, una niña de ocho años que estaba sola en el piso, la que abrió la puerta. (En aquellos tiempos los niños de ocho años aún no estaban firmemente adoctrinados para que jamás abrieran la puerta a desconocidos).

Deben saber que, por lo general, trato mis manuscritos como si estuvieran tachonados de diamantes. Siempre que es posible los llevo personalmente a la editorial y los pongo directamente en manos responsables. Cuando la persona responsable ha salido de viaje, me veo obligado a mandar los manuscritos por correo, pero siempre telefono al cabo de un tiempo razonable para asegurarme de que han llegado. Aquella vez, no obstante, me importaba tan poco "Envejece conmigo" que di el manuscrito a la niña con aire indiferente, en la misma puerta y le ordené que se lo entregara a su padre.

Y más tarde, no sin cierto asombro por mi parte, Walter L. Bradbury, responsable editorial de Doubleday, dio su aprobación a la novela y me dijo que, si prolongaba el texto hasta 70.000 palabras aproximadamente, su editorial lo publicaría. Y lo que es más, me pagó 150 dólares sólo por hacer eso, prometiéndome otros 350 una vez estuviera completada la tarea. Posteriormente, como es lógico, el libro podría rendir derechos de autor. Quedé aturdido ante tanta esplendidez y la visión de un esplendor oriental en el futuro.

Tardé seis semanas y media en corregir y prolongar el texto, y terminé el 20 de mayo de 1949. Doubleday lo aceptó, aunque me rogó eligiera otro título Yo estaba ansioso por anular el título anterior, que sólo podía asociar con desgracia y turbación, y sugerí el de Un guijarro en el cielo.

Un guijarro en el cielo fue publicado el 19 de enero de 1950. Fue el primer libro de la serie que actualmente supera los 330, de ellos más de 100 editados por Doubleday.

Después de todo esto conservé una copia hecha con papel carbón del "Envejece conmigo" original el tiempo suficiente para poder entregarla, junto con otro material, a Howard Gottlieb de la Biblioteca de la Universidad de Boston. Como es lógico, yo tenía un montón de manuscritos antiguos en una caja que guardaba en el desván de mi casa de Newton y no inspeccioné con detalle los papeles, por lo que no supe que aquel manuscrito concreto iba incluido en el envío hasta que Charles Waugh me comunicó que lo había visto en el sótano de la biblioteca.

Aquí está ahora la novela, exactamente como fue concebida para *Startling* si se exceptúa la corrección ~ ores y ro,s~ desatinos secundarios.

Envejece conmigo

Prólogo

Como cualquier persona que lo haya intentado sabe, un relato puede narrarse de dos formas. Puedes empezar por el principio y avanzar hacia el final, o empezar por el final y avanzar hacia el

principio. En este caso concreto, el principio es Joseph Schwartz, sastre jubilado de Chicago, Estados Unidos, Anno Domini 1947, en tanto que el final es Bel Arvardan, arqueólogo no jubilado de Barron, sector de Sirio, año 827 de la Era Galáctica.

En realidad, existe una tercera forma de contar un cuento, y consiste en empezar por ambos extremos y avanzar hacia el centro. Y puesto que, ¡oh gentil lector! (a propósito, cuando se usaba hace siglos esta frase no había referencias a la amabilidad del lector sino a su supuesta calidad de "gentilhombre", vale decir noble, a fin de diferenciarlo del populacho que carecía, en opinión del autor, del ingenio y el gusto selectivo necesarios para leer sus obras. . .).

15

Pero como íbamos diciendo. . .

Y puesto que, ¡oh gentil lector!, el método de los dos extremos hacia el centro parece un poco confuso, vamos a ensayarlo y a demostrar que no es tal cosa.

El único problema es que tendremos que seguir los dos extremos por separado, ya que ni nuestro nombre de pila es Gertrude ni nuestro apellido Stein. Después de lanzar la moneda, nos decidimos por Joseph Schwartz...

I.a PARTE: JOSEPH SCHWARTZ

I Entre dos pasos consecutivos

Joseph Schwartz, sastre jubilado, etc., aunque falto de lo que los mundanos de hoy denominan "educación formal", había gastado buena parte de su naturaleza inquisitiva en leer a la ventura. Simplemente a fuerza de indiscriminada voracidad había obtenido nociones superficiales de prácticamente cualquier tema, y gracias a su mañosa memoria había logrado retenerlo todo con claridad.

Sirva esto para explicar por qué, en este día muy soleado y brillante de principios del estío de 1947, Schwartz podía pasearse por las placenteras calles de las afueras de Chicago y citar mentalmente a Browning. En concreto estaba recordando el poema "Rabí Ben Ezra", que conocía de memoria tras haberlo leído dos veces cuando era más joven y que no repetiremos por entero para no aburrir al lector. En realidad, eran los dos primeros versos los que le atraían (a él y a nosotros) y dichos versos eran éstos:

¡Envejece conmigo!

Lo mejor aún no ha venido. . .

Schwartz sentía eso intensamente. Tras las luchas de su juventud en Europa y las sostenidas como adulto en los Estados Unidos, el sosiego de una madurez próspera resultaba placentero. Con casa y

dinero propios, Schwartz podía retirarse, y así lo hizo. Con una esposa que gozaba de buena salud, una hija felizmente casada, un nieto para suavizar estos últimos años, los mejores..., ¿qué cosa podía preocuparle?

Estaba la bomba atómica, desde luego, y las habladurías en cierto modo lascivas sobre la tercera guerra mundial, pero Schwartz creía en la bondad de la naturaleza humana. No opinaba que pudiera llegar otra guerra, por lo que sonrió tolerantemente a los niños que pasaban a su lado y les deseó en silencio un recorrido rápido y no demasiado difícil de la juventud hasta la paz de lo mejor que iba a venir. . .

Y en otra parte de Chicago se erigía el Instituto de Estudios Nucleares, donde los hombres no tenían teorías sobre el valor esencial de la naturaleza humana, ya que aún no se había inventado un instrumento cuantitativo para medir dicho valor. Si pensaban en ello alguna vez, era simplemente para desear que alguna maniobra celeste impidiera al maldito ingenio de la raza humana convertir todos los descubrimientos inocentes e interesantes en armas mortíferas.

Sin embargo, en caso necesario, el mismo hombre mentalmente incapaz de contener su curiosidad por estudios nucleares que algún día podrían exterminar medio mundo, ese mismo hombre arriesgada su vida para salvar la de su camarada.

Fue el fulgor azul detrás del químico el primer detalle que atrajo la atención del doctor Smith.

Lo atisbó al pasar junto a la puerta entreabierta. El químico, un animado jovencito, estaba silbando mientras empalmaba dos cables. No hubo reacción durante unos instantes, y después un instinto extraño se despertó.

El doctor Smith entró rápidamente y, con frenéticos movimientos de una vara que había cogido, tiró al suelo todo lo que había en la mesa. Se produjo el mortífero silbido de metal que se funde, y el doctor Smith notó que una gota de sudor resbalaba hacia la punta de su nariz y quedaba suspendida allí.

El joven se tomó tiempo para recobrar el entendimiento, destrozado por la precipitación del otro hombre. Miró inexpresivamente el suelo de cemento, donde el metal plateado se había fundido ya dejando finas salpicaduras que todavía despedían intenso calor.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó casi sin aliento el doctor Smith.

—No ha pasado nada—gruñó el químico—. Era una muestra de uranio impuro. Estoy efectuando una determinación electrolítica de

cobre. .. ¿Qué podía haber pasado?

—No lo sé. Había ese halo azul... ¿Uranio, dice?

—Uranio impuro, y eso no es peligroso. La pureza es uno de los requisitos más importantes de la fisión. Además, no se trata de plutonio y no estaba siendo bombardeado.

ù —Y—dijo pensativamente el doctor Smith—se hallaba por debajo de la masa crítica.—Contempló la reblandecida mesa, la pintura quemada y llena de burbujas de los armarios—. Pero el uranio funde a mil ochocientos grados centígrados, y este lugar debe estar saturado de toda clase de radiaciones y emanaciones dispersas. En cuanto se enfne el metal, joven, lo mejor será arrancarlo y recogerlo, y analizarlo meticulosamente.

Se acercó a la pared opuesta y tocó pensativamente un punto situado a la altura de su hombro.

—¿Qué es eso?—preguntó al químico—. ¿Siempre ha estado aquí?

—¿El qué, señor?

El joven se acercó nerviosamente y contempló con los ojos muy

16

-

17

2. Cuento~ paralelo~

abiertos el punto indicado por el hombre de más edad. Era un agujero diminuto, como el hecho por un clavo fino arrancado de la pared después de clavado..., pero clavado en yeso y ladrillo, en todo el grosor del muro del edificio, ya que a través de él se veía la luz del sol. El químico meneó la cabeza.

—Nunca lo había visto, pero tampoco lo había buscado.

—Bien..., salgamos de aquí. Haremos venir a los de radiaciones para que inspeccionen la sala, y usted y yo pasaremos una temporada en la enfermería.

—¿Quemaduras por radiación, se refiere a eso?

El químico se puso pálido.

—Lo averiguaremos.

No hubo indicios de quemaduras por radiación. Los análisis de sangre fueron normales y el estudio de las raíces del cabello no reveló nada. Tampoco surgieron síntomas de ningún tipo. Y en todo el Instituto no se encontró a nadie, ni entonces ni en la época posterior

capaz de explicar por qué un crisol de uranio impuro, muy por debajo de la masa crítica y sin estar sometido a bombardeo neutrónico directo había podido ponerse al rojo vivo y fundirse repentinamente.

La única conclusión fue que la física nuclear tenía aún grietas extrañas y peligrosas.

Ninguna relación se estableció entre todo esto y el hecho de que durante los días siguientes, hubo artículos en los periódicos que informaban de desapariciones. No estaba implicada ninguna persona importante, ninguna de relativa importancia, ninguna de interés... para nadie excepto para nosotros.

Porque una de las desapariciones quedó registrada así:

“Joseph Schwartz. Estatura: uno sesenta y cinco. Peso: setenta y cuatro kilos. Parcialmente calvo y con canas. Desaparecido desde hace tres días. La última vez que se le vio vestía. . .”

No hubo más informaciones sobre el tema.

Para Joseph Schwartz el accidente ocurrió entre dos pasos consecutivos. Había levantado el pie derecho cuando sintió un mareo momentáneo, como si en la fracción de tiempo más minúscula posible un torbellino le hubiera alzado y vuelto del revés. Y cuando apoyó de nuevo el pie todo el aire salió de su cuerpo en un jadeo, y notó que se derrumbaba poco a poco y caía sobre la hierba.

Aguardó largo tiempo con los ojos cerrados... y finalmente los abrió.

¡Era cierto! Se hallaba sentado sobre hierba, cuando anteriormente había pisado cemento. ¡Las casas habían desaparecido! Las casas blancas, con sus céspedes, extendidas por los alrededores, hilera tras hilera... ¡Todas habían desaparecido!

Y él no estaba sentado en el césped de una casa, porque la hierba crecía espesa, desatendida, y había árboles alrededor, muchos árboles, y muchos más en el horizonte.

En ese momento se produjo la peor conmoción, ya que algunas de las hojas de aquellos árboles eran de color rojizo, y Schwartz notó en el hueco de su mano la reseca fragilidad de una hoja muerta. Él era un hombre de ciudad. . ., pero conocía el otoño cuando lo veía.

¡Otoño! Pero cuando él había levantado el pie derecho era un día de junio, con todo de un resplandeciente color verde.

Schwartz habló solo.. . puesto que hasta el sonido de su voz era un elemento tranquilizador en un mundo, por lo demás, totalmente

extraño. Y esa voz fue baja, tensa y jadeante.

—Para empezar—dijo—, no estoy loco. Me siento como siempre me he sentido. Debe de haber otra posibilidad.

“¿Un sueño? ¿Cómo puedo saber si es o no es un sueño?”

Se pellizcó y notó el dolor, pero sacudió la cabeza.

—Podría estar soñando que noto el pellizco. Eso no prueba nada.

Miró alrededor con aire confuso. ¿Podían los sueños ser tan nt'tidos, tan detallados, tan prolongados? En cierta ocasión había leído que casi todos los sueños duran menos de cinco segundos, que los provocan molestias insignificantes para el durmiente... y que la duración aparente de los sueños era una ilusión.

Desesperado, echó hacia arriba el puño de su camisa y miró el reloj de pulsera. La segundera giraba y giraba y giraba. Si se trataba de un sueño, los cinco segundos iban a prolongarse terriblemente. Apartó los ojos del reloj y se enjugó inútilmente la fn'a humedad de su frente.

—¿Y si fuera amnesia?

No se respondió, sino que poco a poco hundió la cabeza entre las manos. Si entre alzar un pie y volver a apoyarlo, la mente se desliza tres meses o un año y tres meses o diez años y tres meses... Si te pasa eso en junio de 1947 y acaba en septiembre u octubre de Dios sabe cuándo... ¿cómo saberlo?

Pero era imposible. Schwartz contempló su camisa. Era la que se había puesto esa misma mañana, o la que debería haber sido esa mañana, y se trataba de una camisa limpia. Reflexionó, hundió el puño en el bolsillo del pantalón y extrajo una manzana.

La mordisqueó alocadamente. Era fresca y todavía conservaba cierta frialdad de la nevera que la había contenido haáa dos horas... olo que deben'an haber sido dos horas.

Después de eso s610 le quedaba el sueño. . . tal vez. . .

Se le ocurrió que la hora había cambiado. Estaba atardeciendo, o como mínimo las sombras iban alargándose. La silenciosa desolación del lugar empezó a inquietarle repentinamente.

De un salto se puso en pie. Era obvio, tendría que buscar personas, cualquier persona. E igualmente obvio, tendría que encontrar una casa, y el mejor medio para hacerlo era buscar una carrete~a.

Instintivamente se volvió hacia el punto donde los árboles parecían menos abundantes y emprendió el camino.

El suave fn'o del atardecer atravesaba lentamente su camisa y las copas de los árboles iban volviéndose oscuras y amenazadoras, cuando Schwartz topó con aquella franja recta e indefinida de macadam. Se lanzó haaa ella y notó la dureza bajo sus pies.

En ambas direcciones había un vaáo total, y Schwartz volvió a percibir por un momento la misma frialdad. Había esperado ver coches. Habría sido faalisimo pararlos haciendo gestos y decir (lo dijo en voz alta, tal era su ansiedad):

—¿Es posible que vava a Chicago?

¿Y si no se encontraba cerca de Chicago? Bien, cualquier ciudad importante. Sólo tenía cuatro d61ares y setenta y cinco centavos en los bolsillos, pero siempre podía recurrir a la políaa. ..

Echó a andar por la carretera, por el centro de la misma, sin dejar de mirar en ambas direcciones. La puesta de sol no le causó impresión alguna, ni el hecho de que las primeras estrellas estuvieran saliendo.

Ningún automóvil. Nada. Y pronto estaría todo muy oscuro.

Creyó que la sensación inicial de mareo estaba presentándose de nuevo, ya que el horizonte de su izquierda centelleaba. A través de las brechas de los árboles se veía un débil brillo azulado. No era del rojo inquieto que él imaginaba que tendría un incendio forestal, sino un fulgor suave que pareáa deslizarse lentamente. Y el macadam que tenía bajo los pies aparentaba chispear con idéntica suavidad. Se agachó para tocar el firme y lo notó normal. Pero había aquel centelleo debilísimo que alcanzaba las comisuras de sus párpados.

Estaba hambriento y muy, muy asustado cuando vio aquella luz a la derecha.

Era una casa. Schwartz gritó alocadamente y nadie respondió, pero era una casa. El aguzado instinto del miedo, el hambre y la soledad así se lo aseguraban, por lo que salió de la carretera y fue campo a través dando tumbos, cruzó zanjas, esquivó árboles, atravesó matorrales y un riachuelo y, por fin, llegó allí..., con las manos extendidas para tocar la estructura dura y blanca.

No era ladrillo, ni piedra, ni madera, pero ni por un momento le prestó atención a ese detalle. Parecía porcelana, pero a él no le importó en absoluto. Schwartz se limitó a buscar la puerta, y al llegar a ella y no ver timbre alguno, la pateó y aulló como un loco.

Oyó movimiento en el interior, y el sonido de una voz humana.

Gritó otra vez.

—¡Eh, los de la casa!

Hubo un zumbido tenue y blando, y la puerta se abrió. Por ella salió una mujer, con una chispa de alma en la mirada. Era alta, fuerte y delgada, y tras ella se veía la enjuta silueta de un hombre de recias facciones vestido con ropa de trabajo.

Para Schwartz ambos eran tan bellos como bella puede ser para un hombre la visión de unos amigos.

La mujer habló, y su voz era, aunque líquida, autoritaria, y Schwartz extendió la mano hacia la puerta para sostenerse en pie. Sus labios se movieron, inútilmente, y de pronto los temores más sobrecogedores obstruyeron de nuevo su garganta y asfixiaron su corazón. pregunta.

Porque la mujer hablaba en un idioma que Schwartz jamás había oído.

2 La acomodación de un extranjero

Loa Maren y su impasible esposo estaban jugando a cartas ese fresco anochecer, mientras el arropado personaje del rincón que ocupaba la silla eléctrica de ruedas donnitaba sobre su librofílm. Era una escena anormal, el breve intervalo entre el babajo y la hora de acostarse.

Arbin Maren pasó los dedos cuidadosamente por los rectángulos finos y lisos mientras meditaba la siguiente jugada. Y, lentamente, mientras se deadía, sonaron bruscos golpes y broncos gritos en la puerta, unos gritos que no acababan de convertirse en palabras.

Su mano se alzó de pronto y se detuvo justo encima de la carta que iba a extraer del grupo que sostenía. Los ojos de Loa reflejaban temor, y un instante después la mujer miró a su esposo sin poder contener los temblores de su labio inferior.

—Saca de aquí a Grew. Deprisa—dijo Arbin.

Loa no respondió. Estaba junto a la silla de ruedas, emitió sonidos tranquilizadores con su lengua.

El personaje dormido abrió la boca y despertó con gestos de aturdimiento. Irguió su reclinada cabeza y buscó a tientas el librofílm que había caído en la manta que cubría sus piernas.

—¿Qué pasa?—preguntó, irritado.

—¡Chis! No pasa nada—musitó vagamente Loa, y llevó la silla a la habitación contigua.

Después cerró la puerta y apoyó su espalda en ella. Su fino pecho subía y bajaba mientras sus ojos buscaban los de su marido. Los

golpes violentos seguían sonando.

Se mantuvieron muy juntos en el momento de abrir la puerta, casi a la defensiva y la hostilidad asomó en sus miradas al encararse con el hombre bajito y regordete que les sonreía.

—¿Podemos ayudarle en algo?—dijo Loa.

E inmediatamente se echó haaa atrás al ver que el desconocido abría la boca y extendía una mano para no caer al suelo.

—¿Estará enfermo?—preguntó tontamente Arbin—. Vamos, ayúdame a entrarlo.

Fueron pasando las horas después del incidente, y en el silencio de su dormitorio Loa y Arbin fueron preparándose lentamente para acostarse.

—Arbin—dijo la mujer.

—¿Qué quieres?

—¿Es seguro?

—¿Seguro?

Al DareCer. Arbin eludía deliberadamente el significado de la

21

—Ese hombre... El hombre que hemos entrado en la casa.
¿Quién es?

—¿Cómo voy a saberlo?—fue la irritada respuesta—. ¿Podemos negarle cobijo? Mañana, si él no puede identificarse, informaremos al Cuerpo Regional de Seguridad y ahí acabará todo—la tranquilizó.

Pero su esposa rompió el silencio posterior, con más urgencia en su fina voz.

—¿No crees que podría ser agente de la Sociedad de Antiguos? Está Grew, ya sabes.

—No es agente policial, Loa. Olvida eso. ¿Supones que recurrirían a una artimaña tan complicada por un pobre viejo confinado a la silla de ruedas? ¿No podían presentarse a la luz del día y con autorización legal de registro? Por favor, no fantasees. Además, ¿por qué iban a sospechar algo? Nuestra producción esta temporada será la cantidad exacta que nos exigen según el cupo fijado para nuestras tierras, suponiendo una fuerza laboral de tres personas. . .

—Sí, sí. Pero es que, Arbin, he estado pensando. Si él no es poliaá, no puede ser de la Tierra.

—¿Qué? ¿Pretendes decir que procede de los mundos exteriores? Eso es más ridículo todavía. ¿Por qué va a venir a este planeta muerto un habitante del Imperio?...

—Exacto. Porque nadie lo buscará aquí. No habla el idioma ¿verdad? Balbucea. ¿Eres capaz de comprenderle? ¿Una sola palabra? ¿No ves que puede sernos útil? Si es un extranjero en la Tierra no estará inscrito en la (-ficina del Censo, y le alegrará muchísimo no tener que presentarse ante ellos. Podemos emplearlo en la granja, en lugar de mi padre, y volverán a ser tres personas, no dos, las que deban satisfacer el cupo de tres la próxima temporada.

Loa miró ansiosamente el incierto semblante de su esposo, que meditó mucho antes de responder.

—Duerme, Loa. Seguiremos hablando con el sentido común que proporciona la luz del día.

Los cuchicheos acabaron, se apagó la luz y por fin el sueño se adueñó de la habitación y de la casa.

La mañana siguiente correspondió a Grew considerar el asunto. Era un hombre que había sido fuerte y activo. Su espalda era amplia, sus brazos muy musculosos. Ningún rasgo indicaba cincuenta y cinco años. No obstante, sus piernas, dos masas cihndricas de materia enervada, iban marchitándose y consumiéndose poco a poco de tal forma que, según las costumbres de la Tierra, Grew debía ser presentado para ser eliminado sin dolor y su lugar ocupado por un hombre más joven y capacitado.

Cuando habló lo hizo mirando con pena aquellas piernas, muertas desde haáa dos años.

—Tus problemas, Arbin, provienen al parecer del hecho de que yo estoy inscrito como trabajador, por lo que el cupo de producción se fija para tres. Este es el segundo año que he sobrevivido a mi hora. Es suficiente.

—No vamos a discutir eso.—Arbin estaba preocupado—. Hemos producido suficiente.

—Dentro de dos años habrá el censo, y me iré de todos modos.

—Tendrás otros dos años de libros y descanso. ¿Por qué habnas de verte privado de eso?

—Porque otros se ven privados. ¿Y qué me dices de Loa? ¿Durará otra temporada? ¿Crees que no la he visto cuando está tan

cansada que no puede andar, cuando no tiene ni fuerzas para llorar?
¿De qué me sirve la vida si es a costa de la muerte de mi hija?

—Está ese hombre—sugirió ansiosamente Arbin—. ¿Qué te parece?

—Un desconocido—musitó Grew—. Se presenta dando golpes en la puerta, surgido de la nada, es imposible entender lo que dice... ¿Quién es?

El granjero se encogió de hombros.

—Es apacible, y está mortalmente asustado. Balbucea sin cesar y después se queda acurrucado, sin moverse, perdido en alguna parte de su mente.

—¿Y si está loco? . . . ¿Y si está esquivando a las autoridades como yo mismo?

—Eso no parece probable.

Pero Arbin se removió, muy nervioso.

—Lo dices porque quieres aprovecharte de él... Bien, así pues el problema es cómo disponer de este desconocido para obtener nosotros el máximo provecho. ¿Sabes qué hacer yo? Lo llevada a la autoridad.

—¿A Chica?—Arbin se sentía horrorizado—. Eso sería la ruina.

—Ni mucho menos—dijo tranquilamente Grew—. ¿Recuerdas el videonoticiario de la semana pasada? El Instituto de Investigaciones Nucleares posee un instrumento que al parecer consigue que la gente aprenda con mayor facilidad. Quieren voluntarios. Presenta a ese hombre.

Arbin sacudió la cabeza, desesperado.

—No sé nada de eso... Pero, Grew, pedirán el número de registro, y sabes que tener las cosas en desorden es una invitación a que investiguen. En ese caso averiguarán lo tuyo.

—No equivocas, Arbin. El Instituto quiere voluntarios porque la máquina está aún en fase experimental. Estoy seguro de que no harán preguntas. Si el desconocido muere, seguramente no estará peor que ahora... Venga, Arbin, pásame el proyector de libros y pon la señal en el rollo seis.

Cuando aquella mañana Schwartz abrió los ojos fue para sentir ese dolor apagado, ese dolor que asfiaba el corazón y se nutre de sí

mismo, el dolor de un mundo familiar perdido.

En otra ocasión lo había sentido, y se produjo un destello momentáneo que dio brillo muy vivo a una escena olvidada. Él, un mozalbete, en la nieve del pueblo invernal, con el trineo esperán-

z

23

dole, y el tren al final de ese trayecto, y después de eso, el gran barco.

El temor en parte nostálgico, en parte frustrante al mundo de lo familiar, le unió momentáneamente con aquel joven de veinte años que había emigrado a los Estados Unidos. Sin saber cómo, había decidido que todo esto no podía ser un sueño. . .

Se incorporó bruscamente en el instante que la luz situada encima de la puerta se encendió y se apagó y sonó la incomprensible voz de badtono de su anfitrión. Después se abrió la puerta y llegó el desayuno: un puré harinoso que no reconoció, aunque tenía cierto sabor a gachas de maíz (con una sabrosa diferencia), y leche.

—Gracias—dijo, y asintió vigorosamente.

El granjero dijo algo como respuesta y cogió la camisa de Schwartz, colgada en el respaldo de la silla. La examinó atentamente por todas partes, prestando atención especial a los botones. Acto seguido, tras dejarla de nuevo en la silla, abrió la puerta corrediza de un armario y Schwartz, por primera vez, percibió visualmente el cálido aspecto lechoso de las paredes.

“Plástico”, pensó, empleando ese término general con la irrevocabilidad usual en los profanos. Observó además que no había rincones o ángulos en la habitación: todos los planos se enlazaban formando una suave curva.

Pero el otro hombre estaba mostrándole objetos y haciendo gestos inconfundibles. Era obvio que Schwartz debía lavarse y vestirse.

Con ayuda e instrucciones, obedeció... Pero no encontró nada para afeitarse, y sus gestos tocándose el mentón no provocaron más reacción que un sonido incomprensible acompañado por una mirada de clara repugnancia por parte del otro hombre. Schwartz se rascó su barba cerdosa y grisácea y suspiró de forma audible.

Y luego lo llevaron a un vehículo pequeño, alargado y provisto de dos ruedas, al que le ordenaron entrar mediante gestos. El suelo empezó a moverse bajo ellos y la desierta carretera retrocedió a ambos lados, hasta que se alzaron ante Schwartz edificios bajos de color blanco chispeante. Y más allá apareció el tono azul del agua.

Schwartz señaló ansiosamente.

—¿Chicago?

Era el último jadeo de esperanza que le quedaba, porque evidentemente nada de lo que había visto se parecía menos a esa ciudad.

El granjero no dio respuesta alguna...

3 El gobernante y el gobernado

Ennius cumplía su cuarto año como procurador de la minúscula provincia de Terra. En calidad de representante directo del emperador, su posición social estaba a la par, hasta cierto punto, con la de los virreyes de los inmensos sectores galácticos que extendían irregularmente sus relucientes moles ocupando cientos de parsecs cúbicos de espacio. Ese era, quizás, un consuelo académico para su esposa y su hija.

24

Pero en realidad el cargo de procurador de Terra era apenas mejor que el exilio. Ni riquezas ni esplendor, aquí. Ninguna solemnidad regia en la que brillar, y tampoco existía el bullicio del comercio y la vida. En lugar de eso había vastos desiertos en las laderas de las montañas continentales, únicos lugares donde la radioactividad atmosférica era lo bastante baja para permitir habitación continuada. Eso y una población pendenciosa que odiaba al procurador y al Imperio y cuya enemistad inveterada, eterna, maliciosa y mortífera había que juzgar y sopesar.

Las evasiones de Ennius eran raras y escasas. Debían de ser escasas, porque en Chicago, tranquila por el momento, era necesario vestir ropa impregnada de pbmo, siempre, incluso en la cama, y tomar metabolina de forma continua.

Se hallaba platicando sobre ese mismo hecho en el antiguo Instituto de Investigaciones Nucleares, en donde estaba visitando al único terrestre del planeta al que podía tratar como igual.

—La metabolina—dijo mientras levantaba la píldora de color bermellón para examinarla—es tal vez el símbolo auténtico de todo lo que su planeta significa para mí, amigo mío. Su función es reforzar todos los procesos metabólicos mientras yo permanezco inmerso en la nube radiactiva que me rodea y que ustedes ni siquiera perciben. —Tragó la píldora—. ¡Ya está! Ahora mi corazón latirá con más rapidez, mi respiración emprenderá una carrera por su cuenta, mi hígado hervirá y se deshará en esas síntesis químicas que, me informan los expertos médicos, constituyen la fábrica más importante del organismo... Y eso lo pago después con un cerco de dolores de cabeza y lasitud.

El doctor Shekt le escuchaba con cierto aire de diversión. Normalmente se refedan a él como "Shekt el que todo lo mira de cerca", no porque llevara gafas o fuera miope, sino tan sólo porque el hábito prolongado le había llevado a la práctica inconsciente de considerar atentamente todas las cosas, de sopesar ansiosamente todos los hechos antes de opinar. Era alto y entrado en años, y su marchita silueta se encorvaba formando un interrogante.

Pero estaba muy instruido en cultura galáctica y se hallaba relativamente a salvo del hábito de la hostilidad y la sospecha universales que haían tan repugnante al terrestre típico para aquel hombre del Imperio, Ennius.

—Estoy seguro de que no la necesita—dijo Shekt—. La metabolina es simplemente una de sus supersticiones, confíeselo. Si la cambiara por pastillas de azúcar sin que usted lo supiera, no se sentiría peor, ni mucho menos.

—Lo dice en la comodidad de su ambiente... ¿Va a negar que su metabolismo básico es superior al mío?

—Sé que es una superstición del Imperio, Ennius, que nosotros, los hombres de la Tierra, somos distintos del resto de seres humanos, pero la verdad no es ésa. ¿Ha venido aquí como misionero de los antiterrestres?
Ennius gruñó.

—Por la vida del emperador, sus camaradas de la Tierra son los mejores misioneros en ese sentido. Al vivir aquí, enjaulados en su mortífero planeta, emponzoñados por su propia rabia, son simplemente una úlcera crónica en la galaxia.

"Hablo en serio. ¿Qué habitantes de otro planeta tienen tanto ritual en sus vidas cotidianas como para adherirse a él con una furia tan masoquista? No pasa un día sin que yo no reciba delegaciones de una u otra de sus instituciones exigiéndome la pena de muerte para pobres diablos cuyo único delito ha sido entrar en una zona prohibida, eludir el Sesenta o simplemente comer más de lo que les corresponde.

—Ah, pero usted siempre concede la pena de muerte. Su aversión idealista parece reacia a oponerse.

—Las estrellas son testigos de que me esfuerzo para denegar la muerte. Pero ¿qué puede hacer uno? El emperador ordena que todas las subdivisiones del Imperio sigan sin intromisiones en sus costumbres locales... Y eso es correcto y sensato, ya que resta apoyo popular a los necios que de otro modo buscaban revueltas martes y jueves alternos. Además, si me mostrara terco cuando consejos, senados y

cámaras insisten en la muerte, se alzada tal grito y habda tantos chillidos y denuncias del Imperio y todas sus obras que yo preferina dormir entre una legión de diablos durante veinte años antes que enfrentarme diez minutos a una Tierra en esas condiaones

Shekt suspiró y se rascó el escaso cabello de su cabeza

~jalá pudiera negar sus afirmaaones, procurador, pero no puedo. Sin embargo, no somos distintos de ustedes, los de los mundos exteriores. Simplemente somos más desafortunados. Estamos apir-iados aquí, en un mundo prácticamente muerto, inmerso en un mar de radiación que nos encarcela, rodeados por una galaxia inmensa que nos rechaza. ¿Qué podemos hacer contra la sensación de frustración que nos corroe? ¿Deseada usted, procurador, que enviáramos al exterior nuestro exceso de población?

Ennius se alzó de hombros.

~¿Me preocupada eso a mí? Preocuparía a las poblaciones. A ellas no les interesada caer víctima de enfermedades terrestres.

~¡Enfermedades terrestres!~Shekt frunció el ceño~. Se trata de un absurdo que deberda erradicarse. No somos portadores de muerte. ¿Ha muerto usted por estar entre nosotros?

~A decir verdad~dijo Ennius, sonriente~, hago todo cuanto puedo para evitar contactos indebidos.

~Eso es porque también usted teme la propaganda creada, al fin y al cabo, por la estupidez de sus fanáticos.

~Vaya, Shekt, ¿no tiene base aenfffica alguna la teoda de que los terrestres son radiactivos por sí mismos?

~Sí, ciertamente lo son. ¿Cómo iban a evitarlo? Igual que usted. Igual que cualquier persona en cualquiera de los cien millones de planetas del Imperio. Nosotros somos más radiactivos, en eso estoy de acuerdo con usted~ pero apenas lo bastante para causar daño a alguien.

~Pero el hombre medio de la galaxia cree lo contrario, me temo, y no siente deseos de averiguarlo experimentalmente. Además...

~Además, va usted a decir, nosotros somos distintos. No somos seres humanos, ya que mutamos con más rapidez a causa de la radiación atómica y por lo tanto hemo carnbiado en muchos aspectos... Tampoco está demostrado.

~Pero la gente lo cree.

—Y en tanto lo crea, procurador, y en tanto los terrestres seamos tratados como parias, descubrirá en nosotros las características a las que usted objeta. Si nos presionan de modo intolerable, ¿hay que extrañarse de que nos defendamos? Odiándonos como nos odian, ¿tienen derecho a quejarse de que nosotros también odiemos?... No, no, nosotros tenemos mucho más de ofendidos que de ofensores.

Ennius se sentía mortificado por la ira que había suscitado. Hasta el mejor de aquellos terrestres tenía el mismo punto débil, la misma sensación de la Tierra contra el universo entero.

—Shekt perdone mi grosería, por favor—dijo con sumo tacto—. Acepte mi juventud y mi hastío como excusas. Tiene ante usted a un pobre hombre, un joven de cuarenta (y cuarenta años es la edad de un bebé en la administración civil profesional) que está afanándose en su aprendizaje en la Tierra. Podrían pasar años antes de que los necios del negociado de Provinaas Exteriores me recuerden lo bastante para promoverme a un cargo menos mortífero. De forma que ambos somos prisioneros de la Tierra y audaces del gran mundo de la mente en donde no existen distinciones ni de planeta ni de características físicas. Déme la mano, pues, y seamos amigos.

Las arrugas del rostro de Shekt se alisaron o, más exactamente, fueron sustituidas por otras más indicativas de buen humor. El doctor se echó a reír abiertamente.

—Esas palabras son las de un suplicante, pero el tono sigue siendo el del diplomático imperial de carrera. Es un mal actor, procurador.

—En ese caso desquítese conmigo siendo un buen profesor, y hábleme de ese sinapsificador suyo.

—Vaya, ¿ha oído hablar del instrumento? ¿Es la física otra de sus aficiones?

—Cualquier conocimiento es de mi incumbencia. En serio, Shekt, me gustana mucho conocer los detalles.

El físico examinó atentamente al otro y en su rostro se reflejó la duda. Se levantó, y su mano nudosa se alzó hasta su labio, que pellizcó mientras meditaba.

—Así no sé por dónde empezar.

—Bien, por las estrellas, si está considerando por qué punto de la teología matemática va a empezar, olvidelos todos. No sé nada de sus factores de probabilidad en neuroquímica electrónica.

Los ojos de Shekt chispearon.

—Sin embargo, sabe correctamente el nombre de esa rama de las matemáticas.

—Un error. Ha sido el primero que me ha venido a la mente, y si no me hubiera parecido un galimatías, no lo habda pronunciado. ¿Qué es su sinapsificador?

—Bien, en esencia se trata de un dispositivo para incrementar la capacidad de aprender de un ser humano.

—No me diga. ¿Y funaona?

—Ojalá lo supiéramos. Los detalles básicos son éstos: el sistema nervioso del hombre y de los animales está formado por neuroproteínas, que no son más que moléculas enormes en equilibrio eléctrico muy precario. El menor estímulo excita a una molécula, que a su vez excita a la siguiente, que a su vez repite el proceso hasta que se llega al cerebro. El mismo cerebro es un agrupamiento inmenso de moléculas similares conectadas entre sí en todas las formas posibles. Puesto que hay aproximadamente diez elevado a la vigésima potencia, es decir, un uno seguido de veinte ceros, de tales neuroproteínas en el cerebro, el número de posibles combinaciones es del orden de diez factorial elevado a la vigésima potencia, un número tan impresionante que si todos los electrones y protones del universo fueran universos ellos mismos, y todos los electrones y protones de esos universos volvieran a ser universos, en ese caso todos los electrones y protones de todos los universos así creados seguirían siendo nada comparados con el número del que le hablo. . . ¿Me comprende?

—Ni una palabra, graaas a las estrellas. Aunque intentara hacerlo, ladrada como un perro por puro dolor del intelecto.

—¡Hum! Bien, en cualquier caso, lo que denominamos impulsos nerviosos es simplemente el desequilibrio electrónico progresivo que se desplaza por los nervios hasta el cerebro y luego desde el cerebro hasta los nervios. ¿Entiende eso?

—Sí.

—Bien, le felicito a usted por ser una lumbrera. Mientras ese impulso recorre una célula nerviosa, lo hace a velocidad rápida, ya que las neuroproteínas están prácticamente en contacto. Sin embargo, las células nerviosas poseen una extensión limitada, y entre una y la siguiente existe una pequeña separación de tejido no nervioso. En otras palabras, dos células nerviosas contiguas no están realmente conectadas.

—Ah—dijo Ennius—, ¿y el impulso nervioso debe saltar la barrera?

—¡Exactamente! La separación disminuye la fuerza del impulso y aminora la velocidad de su transmisión en una cantidad igual al cuadrado de su anchura. Y esto es válido igualmente para su cerebro. Imagine ahora que pudiera descubrirse algún medio para reducir la constante dieléctrica de esta separación entre las células.

—¿La constante die-qué?

—La capa de aislamiento de la separación. El impulso salta-

28

da la brecha con más faalidada. La persona pensada más rápidamente y aprendeda más rápidamente.

—Bien, ¿funaona?

—He ensayado el instrumento con animales.

—¿Y con qué resultado?

—Caramba, que casi todos mueren por desnaturalizaación de la proteína cerebral..., por coagulación, en otras palabras, como preparar un huevo duro.

Ennius se sobresaltó.

—Hay algo inefablemente cruel en la sangre fda de la aienaa. ¿Y qué me dice de los que no han muerto?

—Nada concluyente, puesto que no son seres humanos. El peso de la evidencia parece favorable... Pero necesito hombres. Mire, todo reside en las propiedades electrónicas naturales del cerebro de un individuo. Todos los cerebros producen microcorrientes de un tipo especial. Ninguna es exactamente igual... como las huellas dactilares, o la configuraación de vasos sanguíneos de la retina. En todo caso, esas microcorrientes son más individualizadas. El tratamiento, creo, debe tomar en cuenta eso y, si no me equivoco, no se producirá más desnaturalización... Pero no tengo seres humanos con los que experimentar. He pedido voluntarios, pero...

Extendió las manos.

—No voy a culparlos, hombre.—Y Ennius sonrió—. Pero hablando en serio, si el instrumento estuviera perfeccionado, ¿qué haría usted con él?

El físico se encogió de hombros.

—No me corresponde a mí dearlo. Dependerá del Gran Consejo.

—¿No considerará la posibilidad de ponerlo a disposición del Imperio?

—El Gran Consejo. Vaya a visitarlos.

Ennius meneó la cabeza.

—Ellos no consentinan que saliera de la Tierra una sola cosa.

¿Querrá hablar usted con ellos?

—¿Yo? ¿Qué puedo decir yo?

—Hombre, que si la Tierra es capaz de idear un sinapsificador que haga lo que usted dice, y lo pone a disposición de la galaxia, tal vez se anulen algunas limitaciones en la emigración a otros planetas.

—¿Cómo?—repuso ironicamente Shekt—. ¿Y arriesgarse a epidemias, a nuestras rarezas y a nuestra antihumanidad?

—Incluso es posible que los trasladen en masa a otro planeta—dijo Ennius sin alterarse—. Medítelo.

La luz de aviso centelleó alocadamente, y Shekt accionó el conmutador.

—¿Qué pasa?

—Doctor Shekt, tenemos un voluntario.

—¿Un qué?

—Un voluntario, doctor. Aquí hay alguien deseoso de ofrecerse para el experimento.

29

El semblante del físico se tornó macilento.

—Iré ahora mismo.—Dio la vuelta en su silla—. Tendrá que excusarme, procurador.

—Por supuesto. ¿Cuánto dura la operación?

—Es cuestión de horas. ¿Desea verla?

—No puedo imaginar algo más horroroso, mi querido Shekt. Estaré en la mansión del Estado hasta mañana. ¿Me informará de! resultado?

Shekt pareció reflejar alivio.

—Sí, desde luego.

—Perfecto... Y pienss en lo que he dicho.

En cuanto se marchó Ennius, el doctor Shekt, tranquilo y cauteloso, tocó el comunicador y un joven técnico entró corriendo con su bata blanca resplandeantemente limpia y el pelo castaño y largo recogido en la nuca.

—¿Hay realmente un voluntario?—preguntó Shekt—. ¿Un voluntario, no otro hombre enviado como de costumbre?

—Sí—fue la enfática respuesta. Acto seguido asomó un tono de precaución—. ¿Cree que seda preferible desembarazarnos de él?

—No. Voy a verlo.

Pero la mente de Shekt era un fno torbellino. Hasta la fecha, el secreto había sido total. El simple hecho de que se presentara un voluntario era inquietante... E inmediatamente después de la visita de Ennius. El mismo Shekt poseía los conocimientos más vagos posibles sobre las fuerzas enormes y nebulosas que iban a desatarse a lo largo y a lo ancho de la ajada faz de la Tierra, pero sabía lo bastante para sentirse a merced de ellas.

4 El voluntario en contra de su voluntad

Arbin estaba nervioso en Chica. Se sentía rodeado. En alguna parte de Chica, una de las mayores ciudades de la Tierra (deán que albergaba a 50.000 seres humanos), en alguna parte de la ciudad había representantes del Imperio exterior. Él jamás había visto un hombre de la galaxia, pero en Chica su cuello se retorció continuamente por temor a verlo. Si le hubieran obligado a explicarse, no habría podido aclarar cómo iba a identificar a un no terrestre en caso de que lo viera, pero creer que eran distintos en algo era una sensación arraigada incluso en sus mismos tuétanos.

Al entrar en el Instituto, miró hacia atrás por encima del hombro. Su bicicleta se hallaba aparcado en una zona al aire libre, con un cupón de seis horas asegurándole un sitio libre para el vehículo (¿era sospechosa la misma extravaganaa?)... Todo le aterrorizaba. El ambiente estaba cargado de ojos y orejas.

Si por lo menos el hombre extranjero se acordaba de permanecer oculto en el suelo del compartimiento trasero... El desconocido había asentido enérgicamente, pero ¿lo había comprendido.~?

Y sin saber cómo, la puerta estaba abierta ante él, y una voz había interrumpido sus pensamientos.

—¿Qué desea?

El tono era de impaciencia. Quizás esa voz le había hecho la misma pregunta varias veces.

Arbin respondió con voz ronca, las palabras se atascaron en su garganta como si fueran polvo reseco.

—¿Es aquí donde puede apuntarse uno para el sinapsificador?

La recepcionista alzó la cabeza bruscamente.

—Firme aquí—dijo.

Arbin se llevó las manos a la espalda.

—¿Dónde pueden darme detalles del sinapsificador?—repitió roncamente.

Grew le había dicho el nombre del instrumento, pero el término brotó de sus labios de un modo extraño, como si fuera un galimatías.

Pero le entendieron, ya que la mujer joven que atendía el mostrador apretó los labios y de una patada movió violentamente la palanca de aviso situada junto a su silla.

Arbin estaba haciendo desesperados esfuerzos para no hacerse notar y obteniendo un fracaso miserable en su opinión. Aquella chica le miraba fijamente. Se acordaría de él mil años más tarde. Y dio media vuelta, con el alocado deseo de poner fin al maldito asunto y marcharse... Pero alguien había salido rápidamente de otra sala y la recepcionista estaba señalando a Arbin.

—Un voluntario para el sinapsificador—estaba diciendo—. No quiere dar su nombre.

Arbin se volvió para mirar al recién llegado.

—¿Es usted el encargado?

—Le llevaré a verlo.—Y en tono de ansiedad agregó—: ¿Desea ofrecerse como voluntario para el sinapsificador?

—Quiero ver a la persona que está a cargo del instrumento—repuso tercamente Arbin.

El otro hombre frunció el ceño y se fue. Hubo una espera. Y por fin. . ., un dedo se movió para indicarle que entrara.

El doctor Shekt escudrinó en vano al campesino de piel rugosa al otro lado de su escritorio. Su edad, pensó Shekt, debía de ser inferior a cuarenta años, pero aparentaba tener diez más. Sus mejillas tenían un tono rojizo bajo aquel color castaño correoso, y había claros vestigios de sudor en el perfil del cuero cabelludo y en las sienes, aunque haáa fn'o en la sala. Estaba restregándose las manos.

—Bien, mi querido señor—dijo Shekt, nervioso—, no comprendo por qué insiste en estas condiciones, pero que sea como usted quiere. Puede ocultar su nombre y su residencia, y todos los detalles personales. Explíqueme tantas cosas como considere preciso, y nada más. Adelante.

El campesino agachó la cabeza, como en un gesto rudimentario de respeto.

—Gracias. La cosa es así, señor. Tenemos un hombre en la granja, un... un pariente lejano... que nos ayuda, ¿sabe usted?...

Arbin hablaba con dificultad, y Shekt asintió gravemente.

—Es un trabajador muy dispuesto, y muy buen trabajador... Teníamos un hijo, ¿sabe?, pero murió... y la buena de mi mujer y yo, ¿sabe?, necesitábamos ayuda... Ella no está bien... Casi no habríamos podido continuar sin él.

Pensó que el relato debía de parecer una auténtica confusión. Pero el enjuto científico asintió.

—¿Es a ese pariente suyo al que desea poner en tratamiento?

—Oh, sí, creía haberlo dicho ya... Pero tendrá que perdonarme si esto me cuesta un poco. Mire, ese pobre hombre no..., no está precisamente... bien de la cabeza.—Prosiguió rabiosamente—. No está enfermo, compréndame. No está tan mal como para que tengan que llevárselo. Es muy lento, ése es el problema. No habla, ¿sabe?

—¿No sabe hablar?—Shekt se asombró.

—h, sabe hablar. Pero no le gusta hacerlo. No habla bien.

El físico pareáa dudar.

—Y usted quiere el sinapsificador para mejorar su mentalidad, ¿no es eso?

Arbin asintió muy despacio.

—Si él supiera un poco más, señor, bueno, podría hacer parte del trabajo que mi mujer no puede hacer, ¿comprende?

—El podría morir, ¿comprende usted eso?

Arbin, desesperado, miró al físico, y sus dedos se retorcieron furiosamente.

—Necesitaré el consentimiento de ese hombre—dijo Shekt.

El campesino meneó la cabeza lenta, tercamente.

—El no le entenderá, doctor.—Y acto seguido, casi en voz baja, añadió en tono de apremio—: Oh, mire, señor, estoy seguro de que usted lo entenderá. Usted no parece un hombre que sepa cómo es una vida dura. Este hombre está haciéndose viejo. No es problema del Sesenta, comprenda, pero, ¿y si en el siguiente censo alguien opina que él es tonto y... se lo llevan? No queremos perderle. Pero...

—Y los ojos de Arbin giraron de forma involuntaria hacia las paredes, como si quisieran atravesarlas por simple fuerza de voluntad para detectar cuántas personas podían estar escuchando al otro lado—. Pero, ¿y si a los Antiguos no les gusta eso? Intentar salvar a un hombre enfermo puede ir en contra de las costumbres..., pero la vida es dura, señor, y ustedes pueden beneficiarse. ¿Ustedes han solicitado voluntarios?

—Sí, sí..., no tiene motivo por el que preocuparse, nos ocuparemos de usted. Suponga que lleva su coche a la parte trasera... Yo le ayudaré a entrar a su pariente.

El brazo del doctor bajó en forma amistosa hasta el hombro de Arbin, que sonrió espasmódicamente. Arbin pensó que ese brazo era una cuerda que se aflojaba de su cuello.

Shekt bajó los ojos hacia la silueta regordeta y calva que ocupaba el sofá. El paciente dormía, respiraba profunda y regularmente. Había hablado de forma incomprensible, no había comprendido nada. Sin embargo, no mostraba ninguno de los estigmas físicos de la debilidad mental. Sus reflejos eran correctos, tratándose de un hombre entrado en años.

¡Entrado en años! ¡Hum!

Shekt miró a Arbin, que no perdía detalle.

—¿Le interesaría que hiciéramos un análisis óseo?

—¡No!—exclamó Arbin. Y en voz más calmada añadió—: No me interesa nada que pueda servir como identificación.

—Nos resultaría de gran ayuda conocer la edad del paciente—dijo Shekt.

—Tiene cincuenta años—repuso lacónicamente Arbin.

El físico se encogió de hombros. No tenía importancia. Volvió a mirar al durmiente. En el momento de entrar, el paciente había estado, o había parecido estar, abatido, sumido en sus pensamientos, como si no le importara nada. Al parecer, ni siquiera las pastillas hipnóticas habían despertado sospechas. Se las habían ofrecido, el desconocido había esbozado una breve y espasmódica sonrisa y había engullido las píldoras...

El técnico se hallaba ya montando las últimas unidades, de aspecto más bien tosco que componían el sinapsificador. Después de apretar un botón, el vidrio polarizado de las ventanas de la sala de operaciones sufrió un reordenamiento molecular y se hizo opaco. La única luz era la blanca que hincaba su fino brillo sobre el paciente suspendido en un campo diamagnético a cinco centímetros por encima de la mesa de operaciones a la que lo habían trasladado.

Arbin continuaba sentado en la penumbra, sin entender nada pero implacablemente resuelto a impedir como fuera, mediante su presencia, las nocivas artimañas que él mismo sabía no podía impedir por carecer de conocimientos.

Los físicos no le prestaban atención. Los electrodos fueron ajustados al cráneo del paciente. Fue una tarea larga. En primer lugar un estudio de la estructura craneal a cargo del experto irlandés que permitió localizar fisuras sinuosas y muy apretadas. Shekt sonrió sombríamente en su interior. Las fisuras craneales no eran una medida cuantitativa inalterable de la edad, pero sí bastante significativas. El paciente tenía más años que los supuestos cincuenta.

Y al cabo de unos instantes Shekt dejó de sonreír. Arrugó la frente. Había otro rasgo en las fisuras. Pareían raras..., no del todo... Estuvo a punto de jurar que la estructura craneal era primitiva, una reversión, pero claro... El paciente era subnormal mental. ¿Por qué no?...

—Ponga los contactos aquí, aquí y aquí—dijo en tono de hastío al ayudante. Pinchazos minúsculos e inserción de los capilares de platino—. Aquí..., aquí...
Una decena de conexiones, atravesando la piel hasta las fisuras, a

~. ~ U ~ pLlrdlC~lo~

través de cuyo espesor podían captarse los ecos debilísimos de las microcorrientes que aparecían célula tras célula en el cerebro.

Observaron atentamente los amperímetros de precisión, vieron cómo las agujas se agitaban y brincaban conforme se efectuaban e interrumpían las conexiones. Los diminutos registradores trazaron delicadamente telarañas en el papel milimetrado, formando picos y senos Irregulares.

A continuación sacaron los gráficos y los colocaron en el cristal opalino iluminado. Sin dejar de susurrar, los expertos se agacharon para contemplarlos.

Arbin oyó fragmentos inconexos:

—... notablemente regular..., fíjense en la altura de este pico quinternario..., creo que habría que analizarlo..., bastante claro a simple vista...

Y después, durante lo que parecieron largas horas, hubo el tedioso ajuste del sinapsificador. Los mandos fueron situados en posición de micrómetro de precisión, luego fijados y finalmente grabadas sus lecturas. Una y otra vez, los diversos electrómetros fueron comprobados y surgió la necesidad de efectuar nuevos ajustes.

—Todo acabará muy pronto—dijo Shekt dirigiéndose a Arbin, mientras le sonreía.

La enorme máquina fue acercada al durmiente como un monstruo hambriento de lentos movimientos. Los técnicos suspendieron cuatro cables alargados sobre las puntas de las extremidades del paciente y pusieron en su nuca una almohadilla negra de un material sin brillo parecido a caucho endurecido cuya inmovilidad aseguraron con grapas agarradas a los hombros. Por fin, igual que dos mandíbulas gigantes, separaron los dos electrodos y los bajaron hacia aquel rostro pálido y rechoncho, de tal modo que apuntaban a las sienas.

Shekt mantuvo los ojos fijos en el cronómetro; en su otra mano sostenía el interruptor. Su pulgar se movió. No ocurrió nada visible incluso para los agudizados sentidos por el miedo del atento Arbin. Después de lo que tal vez fueran horas pero que en realidad fueron menos de tres minutos el pulgar de Shekt actuó de nuevo.

Su ayudante se inclinó rápidamente sobre Schwartz, todavía dormido, y alzó la cabeza con aire de triunfo.

—Vive.

Quedaban todavía horas por delante, durante las cuales tomaron datos suficientes para llenar las estanterías de una biblioteca, en voz baja y casi con la excitación de unos locos. Ya era más de medianoche cuando la hipodénnica cumplió su misión y los ojos del durmien-

te se agitaron.

Shekt dio un paso atrás, pálido y fatigado. Se enjugó la frente con el dorso de la mano.

—Todo va bien.—Se volvió ansiosamente hacia Arbin—. ¿Querría dejarlo con nosotros algunos días para que hagamos más comprobaciones? No le causaremos ningún daño.

Pero la mirada de alarma del otro hombre, el instantáneo brote

34

de sospecha en las arrugas de su cara eran ya de por sí respuesta suficiente.

Shekt hizo un gesto de resignación y extendió la mano derecha. Arbin la estrechó muda pero fervientemente.

l

!

l

El doctor Shekt no durmió esa noche. El sol naciente le sorprendió (o le habría sorprendido si las ventanas hubieran estado ajustadas en transparencia) todavía sentado en la sala de operaciones, sumido en reflexiones lentas y angustiosas.

La excitación y la emoción de la operación había terminado, y de nuevo había lugar para los horrores y dudas del pensamiento.

¿Le interesaba disponer de voluntarios? Había recibido órdenes de abstenerse de disponer de ellos.

Sus pensamientos emprendieron una irónica carrera. A decir verdad, oficialmente él no sabía nada sobre los objetivos estratégicos de la Sociedad de Antiguos y del primer ministro de la Tierra. Pero podía deducir muchas cosas de su actitud hacia el sinapsificador.

El instrumento había estado sometido a prueba durante dos años, y habían entorpecido las pruebas con la brusquedad típica de las precauciones oficiales, sin ningún recato... Y el secreto iba en contra del Imperio Galáctico.

Shekt disponía de siete u ocho artículos que tal vez podían ser publicados en la Revisla de Neurofisiología de Sirio. Dichos documentos se enmohecían en su escritorio. Naturalmente, no existía el secreto absoluto. Esa clase de secreto se exponía a la investigación y podía

acabar siendo intolerablemente sospechoso, tanto como una actividad. En vez de eso, se divulgaba información en un ambiente de sencilla franqueza..., si bien una información sutilmente distorsionada. El sinapsificador se había convertido en un dispositivo científico vago y nada práctico, de enorme valor como sueño pero de escaso uso.

Sin embargo, Ennius estaba interesándose. ¿Sospechaba algo del instrumento..., o de algo más importante? ¿Estaba el Imperio sospechando lo que el mismo Shekt sospechaba y temía: que la Tierra planeaba otra de sus inútiles rebeliones?

La Tierra se había sublevado tres veces en dos siglos. Tres veces, bajo la bandera de una supuesta grandeza en el pasado (los hombros de Shekt se estremecieron en un gesto de diversión amarga y silenciosa al pensar en esto), la Tierra se había alzado contra las guarniciones imperiales. Tres veces habían fracasado, por supuesto, y la Tierra, de no haber sido por la clarividencia del Imperio y porque en k-s Consejos Galácticos imperaban los estadistas, habría sido eliminada sangrientamente de la lista de planetas habitados.

Pero. .., ¿una cuarta vez? Imposible.

En ese caso, ¿por qué esa actitud hacia el sinapsificador? ¿Y cuál era el motivo de otros hechos? La secta de los zelotes estaba actuando de nuevo, tocando una vez más los tambores del mítico pasado imperial de la Tierra, difundiendo otra vez su odio a los habitantes del espacio exterior. Y el Consejo de Antiguos lo toleraba.

35

¿Estaban locos? ¿O fantásticamente cuerdos? ¿Pensaban usar el sinapsificador para crear una raza de superintelectos? Era una idea grandiosa: un mundo de genios artificiales vengándose de los agravios de hacía mil siglos. --

Pero no, eso costaría tiempo. ¿Quién iba a saberlo mejor que él? Quizá someter a tratamiento a ciertos hombres clave..., los que iban a ser importantes...

Los pensamientos de Shekt descendieron a la Tierra. ¿Y aquel hombre al que acababa de operar? Ese voluntario que se había presentado pese a la débil campaña publicitaria ideada tanto para no despertar sospechas como para disuadir a posibles voluntarios, de modo que sólo pasaran la prueba los voluntarios "de confianza" enviados por el primer ministro. ..

Quizá..., quizá debía informar de ello al primer ministro. Tal vez debía haberle consultado antes de actuar. Un espasmo de miedo le sobrecogió. Tenía cincuenta y ocho años. El próximo censo sería su fin, a menos que el primer ministro ordenara lo contrario..., y Shekt deseaba vivir aunque fuera en aquella miserable y ardiente bola de

barro que era la Tierra. ..

Su mano se extendió hacia el comunicador y Shekt tecleó la combinación que le pondría en contacto directo con las habitaciones privadas del primer ministro.

De lava y roca

El primer ministro era un hombre de lava y su secretario era un hombre de roca. Dos hombres en una cáscara, aunque las nueces estuvieran formadas de metáfora. El contraste quizá no era demasiado anormal, como se verá...

El primer ministro era el terrestre más importante de la Tierra, gobernante reconocido del planeta mediante decreto directo y definido del emperador de toda la galaxia..., lógicamente sometido a las órdenes del procurador imperial. El secretario no era nadie, en realidad, tan sólo un miembro más de la Sociedad de Antiguos, designado por el primer ministro para encargarse de ciertos detalles y, en teoría, destituible a voluntad.

El primer ministro era reconocido en la Tierra entera y considerado como el árbitro supremo en cuestiones de hábitos. Él anunciaba quién quedaba libre del Sesenta y él juzgaba a los infractores del ritual, a quienes desafiaban los programas de racionamiento y producción, a los invasores de territorios prohibidos, etcétera, etcétera. El secretario no era conocido por nadie, ni siquiera de oídas, excepto por la Sociedad de Antiguos y, naturalmente, por el mismo primer ministro.

El primer ministro dominaba el lenguaje y pronunciaba discursos con frecuencia, discursos de contenido muy emotivo y con un copioso flujo de sentimientos. El secretario prefería las palabras cortas a las largas, un gruñido a una palabra y el silencio a un gruñido.

Por todo ello podría parecer raro que, en el caso del relato, es decir, cuando el doctor Shekt se enfrentó a los dos, fuera el secretario al que dirigiera su férrea mirada.

Aproximadamente había transcurrido un mes desde el experimento con el "voluntario" (en el pensamiento de Shekt el incidente era considerado así, sin excluir las comillas) y durante ese tiempo el físico había notado cómo iba aumentando la presión sobre su garganta.

Y el primer ministro estaba sentado en el rico tejido de su sillón y tocaba suavemente con su blanda mano uno de los brazos tapizados. El secretario se hallaba de pie detrás de él, con los ojos velados y totalmente inmóvil.

—Lamentamos más que nunca que ocurriera ese incidente, doctor Shekt—dijo el primer ministro.

El físico sintió que perdía la respiración. Fue incapaz de esbozar ni tan siquiera una forzada sonrisa o una mirada de inexpresiva ecuanimidad.

—¿Hay pruebas, pues, de las sospechas de vuestra sabiduría?
—preguntó débilmente.

—Caramba, pruebas que consideramos lo bastante importantes como para no poder conciliar el sueño. Hemos localizado a su hombre. . . Reside cerca de su ciudad. . . Un campesino. . . Él. . ., su esposa. . . ese familiar. Según los archivos, son tres. Un hijo muerto, tal como él mismo declaró. El tercer hombre tiene más de cincuenta años, como también declaró.—Alzó la mirada hacia el secretario—. ¿No es así?

Y el secretario bajó y subió la cabeza una sola vez.

Shekt alzó una mano antes de hablar.

—Pero en ese caso...

—Ah, sí. Pero sondee un poco más. ¿Es probable que el Imperio, en sus planes respecto a nosotros, utilice falsedades toscamente falsas? Más bien espera que esas falsedades sean lo más parecido a la verdad. Hemos investigado más atentamente los archivos..., y el campesino cuadra con la descripción y su esposa también. Pero el tercer hombre, el hombre, no. El individuo de nuestros archivos es el padre de la mujer. Es alto, moreno, no es calvo y disponemos de su fotografía tridimensional, la forma de su retina y la conformación de su sangre. El hombre de usted, como sabe, es bajito, grueso, calvo y su rostro y atributos personales no constan en nuestros archivos.
—Alzó los ojos otra vez—. ¿No es así?

El secretario asintió una sola vez.

—Pero. . ., ¿entonces quién es?—preguntó Shekt.

—También usted siente curiosidad, ¿eh? Caramba, es algo digno de despertar la curiosidad a cualquiera, ¿no? Tenga en cuenta que ese hombre no consta en ninguno de nuestros archivos sobre hombres vivos.

Shekt se removió en la silla incómodamente dura reservada para las personas que tenían el honor de una audiencia y aún tenían valía suficiente para recibir cierta consideración.

—Vaya, su sabiduría, deduzco una explicación que no implica nada demasiado anormal.

—Me gustaría escucharla.

—Podría ser que el padre político de este hombre, es decir, el campesino, muriera hace poco y que su muerte no fuera dada a conocer. El otro, el que pasó el experimento, un desconocido, un pariente lejano, un amigo o lo que sea, podía verse expuesto al Sesenta. Para eludir al menos el próximo censo estará ocupando el lugar del padre político.

El redondeado semblante del primer ministro esbozó la sonrisa suave y cínica típica del hombre que estudia la virtud humana y averigua que equivale a cero.

—Así pues, el campesino y su esposa arriesgaron sus vidas al quebrantar las costumbres.

—Ahí podría entrar en juego el sinapsificador. Presentando voluntario a ese hombre, esperaban librarlo del Sesenta y asegurarse inmunidad por su delito.

El secretario abrió la boca y emitió un sonido similar al de una rana croando. El primer ministro se apresuró a volver la cabeza.

—¿Qué ocurre?

El secretario habló, con voz fría y concisa.

—Pero hemos localizado al padre político, vivo, parálítico, también intentando eludir el Sesenta.

—En ese caso debían esperar también la exención de él—replicó prestamente Shekt.

—En el mes transcurrido desde el experimento—dijo el primer ministro en tono dulce mientras se inclinaba hacia delante—, nada se ha sabido de estas personas por lo que respecta a exenciones, inmunidades o cosas parecidas.

—En ese caso, lo único que deben querer es otro trabajador en la granja, y les falta valor para formular cualquier clase de solicitud.

—El doctor Shekt experimentó una repentina desesperación—. Su sabiduría, creo sinceramente que estas personas son terrestres honrados. Si intentan engañar, es por salvar la vida. Les di mi palabra de que estarían protegidos...

—La palabra de usted no me compromete a nada—espetó el primer ministro—. ¿Quién le ha concedido el derecho a ofrecer protección? ¿Está luchando por la vida de esas personas, o por la de usted?

Los ojos de Shekt descendieron involuntariamente hacia el suelo

ante la mirada de ira del otro hombre.

—Sin embargo—dijo—, el experimento reforzó mis conocimientos sobre el sinapsificador, y eso debería ser útil para la Tierra entera. Es digno de recompensa.

—También es digno de recompensa por parte del Imperio.

Shekt se soliviantó.

—¿Pretende decir que he tenido algún trato con el Imperio al respecto?

—Ennius fue a verle. Se trata de un hecho probado.

—Ya le hablé de eso ~ijo Shekt, paciente—. El invento debía interesar al Imperio. Ennius fue bastante franco. Me preguntó sin ambages si yo estaba dispuesto a poner el instrumento a disposición del gobierno central. Ya le comuniqué su oferta, libertad para la Tierra, trasladarnos a otro planeta.

Una vez más el secretario croó, y Shekt se sobresaltó. Pensó que aquel hombre, al croar, pretendía reírse. El primer ministro frunció un labio.

—Sí- el Imperio es generoso en sus promesas pero, ¿habla de libertad concedida libremente por el amo al esclavo? ¿Está soñando? Les entregamos el sinapsificador y ellos, qué cosa tan extraña, qué cosa tan misteriosa, olvidarán una vez más que existe una Tierra. ¿Qué me dice de las promesas de alimentos durante la época de hambre que sufrimos hace cinco años? Los embarques fueron rechazados porque no tenemos créditos imperiales, y nadie habría aceptado productos terrestres ya que están contaminados radiactivamente. ¿Y los créditos imperiales? Cien mil personas murieron de hambre.

Shekt respiraba con dificultad.

—Si nosotros no hubiéramos sido tan tercos y hubiéramos llegado a un acuerdo en la cuestión de. . .—dijo en tono sofocado.

El primer ministro dejó caer su puño sobre el escritorio que se interponía entre él y el físico y se levantó, reluciente con su capa roja.

—Silencio. ¿Pretende librar al Imperio Galáctico del sentimiento de culpabilidad por las vidas terrestres perdidas? Tenga cuidado, doctor Shekt. Ese sentimiento de culpabilidad tendrá pronta recompensa, y también recaerá la venganza sobre las cabezas de los terrestres renegados que...

Quizás el secretario tosió casi inaudiblemente, o tal vez dio un codazo a su superior. Fuera como fuera, se produjo una pausa y acto seguido un cambio de tono.

—Suponga—prosiguió fnamente el primer ministro—que ese Ennius va a verle y mete su nariz de patricio de los mundos exteriores en el sinapsificador. Y piense que mientras él hace tal cosa, un campesino se presenta con claras pruebas de agitación y presenta, como sujeto de una prueba, un hombre que no es de la Tierra... Sí, ¿por qué se finge boquiabierto? Un hombre que no consta en nuestros archivos no es de la Tierra. ¿No ve ninguna relación?

Shekt no contestó.

—Usted publicará un artículo—dijo el primer ministro con firme autoridad—. Hasta cierto punto, el sinapsificador constituye un éxito. Ha logrado resultados débilmente positivos con un solo hombre, resultados no decisivos con otros, ha causado la muerte a unos cuantos. Proporcione detalles poco importantes, tantos como quiera mientras transmitan convicción sin información. Recuerde, no hay que suscitar excesivo interés... Y si Ennius o cualquier habitante de la galaxia vuelve a visitarle..., no se vaya de la lengua. Recuerde que el Sesenta le afectará dentro de poco, y que no estamos satisfechos con usted.

39

Shekt, pálido y encogido, bajó la cabeza y no contestó. Era el final de la entrevista.

Y el primer ministro y el secretario quedaron a solas, y el segundo tomó asiento descuidadamente en la silla ocupada hasta entonces por el doctor Shekt. El brillo y el fuego se habían apagado de momento en el semblante del primer ministro. Su aspecto era simplemente el de una persona preocupada.

—¿Crees que ese hombre es de confianza, hermano? ¿Eh?

El secretario se alzó de hombros y gruñó sin el respeto y la admiración que por fuerza merecía un primer ministro. Ese tratamiento, "hermano", era prueba suficiente de pertenencia a la poderosa Sociedad de los Antiguos.

—Una palabra a Ermius, hermano, y podrían aniquilarnos—continuó el primer ministro—. Este Shekt es un integracionista. Ya has oído sus observaciones sobre el hambre. Los cobardes que creen en la conciliación son peligrosos.

La fn'a impasibilidad del semblante del secretario impidió la expresión de más dudas.

—Shekt no sabe nada de nuestros planes—dijo—. Shekt es, como tú dices, un cobarde y en consecuencia puede arder por dentro, pero guardará silencio..., y todavía nos hace falta.—El secretario prosiguió en tono decidido—: Además, no constituye ni la mitad de peligro que esos necios de los altos cargos, los que vierten torrentes de palabren'a que no contienen más que gotitas de sentido común.

Los pómulos del primer ministro se encendieron.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a tu discurso sobre sentimientos de culpabilidad y venganza. Nuestra arma principal es que nadie podría concebir una victoria de la Tierra sobre la galaxia. Nuestra debilidad, clara e inmensa, es nuestra fuerza, porque ellos no nos vigilan. Dejémoslo así, su supuesta sabiduría. No amenazas. Y no te preocupes por el sinap-sificador. Incluso ese tema es secundario.

El primer ministro tragó saliva, y el brillo de odio de sus ojos, si se hubiera transformado en actos, habn'a sido la ruina para el secretario. Pero eso era imposible y todas las personas implicadas lo sabían.

—Bien, ¿y ese espra?—preguntó el primer ministro—. Ese agente T, como tú lo denominas.

—Nada. Vigilaremos y aguardaremos. Fue demasiado fácil localizarlo. No hace esfuerzo alguno para ocultarse ni para ponerse en contacto con Ennius.

El primer ministro meditó unos instantes. Sus dedos, largos y muy cuidados, se alzaron hacia el labio inferior y lo pellizcaron.

—Pretendes decir que esperan que atrapemos al espía.

—¡Ah!—Y el secretario croó secamente—. Estás absorbiendo sabiduría. No hay duda. Y por tanto, no haremos eso. Vigilaremos... y aguardaremos.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que Ennius haga la siguiente jugada..., o hasta que estemos preparados, en cuyo caso nuestra jugada será la última.

Y esbozó una extraordinaria sonrisa, ya que tenía tanto humor como dulzura tiene un lirnón.

Y el secretario quedó a solas. Se dejó caer perezosamente en el sillón blando y magnífico ocupado anteriormente por el primer ministro. Su mirada distante se centró en el techo, sus manos quedaron cruzadas suavemente en su regazo y sus pensamientos erraron con

suma agudeza.

La naturaleza exacta de esos pensamientos no sería precisamente correcta en la narración ordenada de la historia, pero dichos pensamientos guardaban escasa relación con el doctor Shekt, el primer ministro e incluso Ennius.

En lugar de esos personajes, apareció la imagen de un planeta, Trantor, desde cuya metrópoli inmensa, tan grande como un planeta, se gobernaba la galaxia entera. Y también la imagen de un palacio cuyos chapiteles y extensos arcos el secretario jamás había visto, que ningún otro terrestre había visto. El secretario pensó en las líneas invisibles de poder y gloria que iban de sol en sol formando cordeles, cuerdas y cables hasta llegar al palacio central y aquella abstracción, el emperador, que al fin y al cabo era simplemente un hombre.

Su mente se concentró en esa idea, la idea de un poder que tan sólo podía conferir una divinidad en el transcurso de la vida, se concentró en un personaje que era simplemente humano.

¡Simplemente humano! ¡Como él mismo!

6 La mente que camb~o

El momento del cambio parecía difuso en los recuerdos de Joseph Schwartz. Primero aquel miedo aniquilador, tan extraño y raro en su mente como la imagen de la misma Chicago. El viaje a Chica y el final insólito y enmarañado. Schwartz pensaba en eso con frecuencia.

En primer lugar, aquel viaje había sido la única vez que había abandonado la granja durante el medio año transcurrido desde el incidente inicial. En segundo lugar, el recuerdo parecía detenerse bruscamente. . .

En muchas ocasiones había intentado rastrear aquel recuerdo, paso a paso, centímetro a centímetro, despacio, como para captar por mera insistencia la clave del cambio que se había producido a partir de entonces.

En muchas ocasiones, en su pensamiento, el hombre delgado a cargo de aquel local le había ofrecido la píldora blanca y elipsoidal. Él la había cogido y tragado con rapidez. Una droga, desde luego. Para curar, para matar, para nada. A él no le importaba entonces.

Y después...

Bien, y después...

Ahí concluía la claridad y empezaban a mofarse de él los recuerdos irregulares y fragmentados. A partir de ese instante no recordaba

nada aparte del campesino..., y los dolores de cabeza. No, en realidad no eran dolores de cabeza. Palpitaciones, más bien, como si una dinamo oculta en su cerebro se hubiera puesto en marcha y, con su funcionamiento desacostumbrado, provocara la vibración de todos los huesos de su cráneo.

Allí estaba Grew en su silla de ruedas, junto a la cama de Schwartz, repitiendo palabras y señalando o haciendo gestos. Y un día el desconocido dejó de decir tonterías y empezó a hablar inglés... O mejor dicho él, Joseph Schwartz, había dejado de hablar inglés para empezar a decir tonterías..., que con el tiempo dejaron de serh.

Posteriormente, cuando el otoño tinó todo de dorado, las cosas volvían a ser claras y Schwartz estaba en el campo, trabajando. Era sorprendente cómo había aprendido el oficio. Jamás cometía un error. Había máquinas complicadas que él logró manejar sin dificultad tras una simple explicación.

Schwartz esperó la llegada del tiempo frío, y el fno nunca se presentó. El invierno lo pasó desbrozando terrenos, fertilizando, preparando de muchas formas la siembra primaveral.

Preguntó a Grew, trató de explicarle qué era la nieve, pero el inválido se limitó a mirarle fijamente y le dijo: "Agua helada que cae como la lluvia, ¿eh? ¡Ah, nieve! En otros planetas, dicen... Aquí, no".

Schwartz vigiló la temperatura a partir de entonces y descubrió que apenas variaba de un día a otro y, sin embargo, los días se acortaban primero y se alargaban después como podía esperarse en un lugar septentrional, por ejemplo, tan septentrional como Chicago. Y Schwartz dudó que estuviera en la Tierra.

Intentó leer algunos de los fibrofilmes de Grew, pero desistió. Las personas seguían siéndolo a pesar de todo, mas las minucias de la vida cotidiana, cuyo conocimiento se daba por supuesto, las alusiones históricas y sociológicas que carecían de sentido para él..., todo esto le hizo desistir.

Los acertijos se sucedieron: las lluvias uniformemente cálidas, las bruscas órdenes que recibía para mantenerse apartado de ciertas zonas... Por ejemplo, una tarde acabó sintiéndose intrigadísimo por el brillo del horizonte, el fulgor azul que aparecía hacia el sur.. .

Se escabulló después de cenar y, cuando había recorrido menos de dos kilómetros, el zumbido casi inaudible de un vehículo de dos ruedas sonó tras él, junto con los furiosos gritos de Arbin. Se detuvo y éste lo llevó de nuevo a la casa.

Después, mientras medía la habitación con sus pasos, Arbin le

dijo que no se acercara a ningún brillo nocturno. Schwartz preguntó sin alterarse: “¿Por qué?”. Y obtuvo una respuesta vivamente mordaz: “Porque está prohibido”.

Pero esa noche fue muy importante para Schwartz, puesto que durante aquellos dos kilómetros escasos hacia el resplandor conoció el contacto mental. Jamás había sido capaz de describirlo a otra persona. No había visto a nadie, no había oído a nadie, no había sido precisamente un contacto.

No... Había sido algo parecido a un contacto, pero no en parte alguna de su organismo. En su cerebro... No exactamente un contacto, más bien una presencia, algo que había allí.

Y la rareza se repitió cada vez con más frecuencia.

Tan sólo desde hacía un mes se había dado cuenta de que siempre sabía cuándo Arbin o Loa estaban en la casa, incluso cuando no tenía motivos lógicos para saberlo. Era muy difícil considerar anormal el caso, ya que parecía tan natural...

Schwartz hizo pruebas y descubrió que él sabía con exactitud dónde estaban los miembros de la familia..., en cualquier momento. Podía distinguirlos, ya que el contacto mental difería según la persona.

No comentó nada al respecto.

Al empezar la primavera percibió el contacto durante la siembra: el contacto original, el que notó durante el breve paseo hacia el resplandor. Esa tarde fue a buscar a Arbin.

—¿Qué hacemos con esa zona de bosques, al otro lado de South Hills, Arbin?—preguntó.

—Nada—fue la áspera respuesta—. Es terreno minister--

—¿Qué es eso? f ~

Arbin se mostró irritado. / ~, ~ b

—Pertenece al primer ministro. ~

r

—Pero no está cultivado.

—No está previsto para cultivo.—Arbin hablaba en t~*Oescan- ~ .
dalizado—. Fue un gran centro... en otros tiempos. ~ ~ ~f

—¿Muy antiguo? ¿Cómo se llamaba? ___ i

Las preguntas brotaron con rapidez, como la respiración de Schwartz.

Pero Arbin, impaciente, restó importancia al tema.

—No sé de qué época. Y sólo los hombres instruidos, la Sociedad de Antiguos, conocen los nombres de los centros antiguos. De todas fornas, ¿a ti qué te importa? Mira, Joseph, si quieres seguir aquí sin

problemas, no seas tan curioso. Atiende tu faena.

—¿Vive alguien allí?

—¡No!

Arbin se fue.

Pero el contacto mental extraño procedía de allí, y poseía un rasgo amenazador que intranquilizó a Schwartz.

Por entonces, él se sentía más joven. No en sentido físico, a decir verdad. Tenía menos barriga y más hombros. Sus músculos eran más duros y elásticos y su digestión había mejorado. Todo ello como resultado del trabajo al aire libre; pero había algo más. Su forma de pensar.

Los hombres entrados en años tienden a olvidar cómo pensaban en su juventud, olvidan la rapidez del salto mental, la osadía de la intuición juvenil, la agilidad de su entendimiento. Se acostumbran a las variedades más laboriosas de la razón, pero puesto que este detalle está más que compensado por la acumulación de experiencia, los viejos se consideran más inteligentes que los jóvenes.

Mas Schwartz conservaba la experiencia y además descubrió con gran placer que podía entenderlo todo rápidamente. Poco a poco pasó de seguir las explicaciones de Arbin a preverlas, a dar un salto más allá. Y en consecuencia, se sentía joven de un modo mucho más sutil que el que podría haberle proporcionado cualquier medida de excelencia física.

Y con la siembra ya terminada, Schwartz pensó que necesitaba averiguar... ciertas cosas. Por fin, una noche de primavera mientras jugaba una partida de ajedrez con Grew en la glorieta, lo hizo.

El ajedrez, curiosamente, no había cambiado, aparte del nombre de las piezas. Grew le habló de variantes, tales como el ajedrez para cuatro jugadores en el que cada contendiente disponía de un tablero comunicado con los demás por las esquinas, con un quinto tablero para llenar el hueco central a modo de tierra común de nadie. Existía el ajedrez tridimensional: ocho tableros transparentes colocados uno encima de otro, las piezas se movían en tres dimensiones en lugar de las dos anteriores, su número era doble y la victoria ocurría al producirse un jaque simultáneo de ambos reyes enemigos. Incluso existían variantes populares en las que la posición original de los trebejos se decidía tirando los dados, con casillas especiales que conferían ventajas o desventajas a las piezas que las ocupaban, con nuevas piezas de extrañas particularidades, etcétera.

Pero el ajedrez en sí, el primitivo e inalterable, era el mismo..., y

el enfrentamiento entre Schwartz y Grew había completado las cuatro primeras partidas.

Cuando empezó a jugar, Schwartz tenía escasos conocimientos de las jugadas y perdió las primeras partidas. Pero la situación varió y las partidas fueron cada vez más distintas, en cuanto Schwartz empezó a ganar. De modo gradual, el juego de Grew se hizo lento y precavido, y el inválido se habituó a dejar el tabaco de su pipa reducido a relucientes ascuas en los intervalos entre jugadas..., hasta que la partida concluía en estruendosa y lamentable derrota.

Grew conducía las blancas y su peón estaba ya en 4R. Schwartz tomó asiento y suspiró mientras el crepúsculo progresaba. Conforme él iba entendiendo cada vez más la naturaleza de las jugadas del rival, incluso antes de que las ejecutara, las partidas habían ido perdiendo interés. Era como si Grew tuviera una ventana en el cráneo.

Utilizaban un "tablero nocturno" que en la oscuridad emitía un resplandor escaqueado de tonos azules y anaranjados. Los trebejos, figuras ordinarias y defonmes de barro rojizo a la luz del día, sufrían una metamorfosis por la noche. La mitad estaban sumidos en una blancura cremosa que les confería el aspecto de porcelana fina y reluciente, y el resto despedía minúsculos resplandores chispeantes de color rojo.

Las primeras jugadas fueron rápidas. El peón de rey de Schwartz se situó delante del peón enemigo. Grew sacó el caballo dc rey a 3A. Schwartz replicó llevando el CD a 3A. Después, el alfil blanco saltó a SCD y el PTD negro ocupó la tercera casilla para hacer retroceder a 4T a la pieza rival. Acto seguido avanzó el otro caballo a 3A.

Las brillantes piezas se deslizaban por el tablero con espectral voluntad propia ya que los dedos que las aferraban desaparecían en la noche.

En ese momento, Schwartz habló bruscamente con voz tensa.

—¿Dónde estoy?

Grew alzó la cabeza mientras situaba el caballo de dama en 3A.

—¿Cómo?

—¿Qué planeta es éste?—preguntó Schwartz jugando A2R.

—1.~ Tierra—fne l:~ hreve conectaci~Sn. v ~'lrew ce enrocó con gran ceremonia.

Primero se movió la alta figurilla que era el rey y luego la pesada torre pasó por encima de la antenor y se posó al otro lado.

Era una respuesta totalmente insatisfactoria. Schwartz tradujo mentalmente "Tierra", el término empleado por Grew. Pero ¿qué era "Tierra"? Cualquier planeta es "Tierra" para los que lo habitan. Avanzó dos pasos el peón de caballo de dama y de nuevo el alfil de Grew tuvo que retirarse, en esta ocasión a 3C. A continuación ambos jugadores, aprovechando su turno, avanzaron una fila el peón de dama, los dos dando libertad de acción a su otro alfil para la batalla que pronto se iniciaría en el centro.

—¿En qué año estamos?—preguntó Schwartz, con tanta calma y naturalidad como pudo.

Grew hizo una pausa. Tal vez estuviera sorprendido.

—¿Qué tienes en la cabeza hoy? ¿No quieres jugar? Estamos en el año 827 de la E. G. ¿Estás satisfecho con eso?

Contempló el tablero con aire ceñudo y desplazó bruscamente su caballo de dama a SD,* el primer ataque. Schwartz lo eludió con rapidez, llevando a 4T su caballo de dama a modo de contraataque. Y la refriega cobró importancia. El caballo de Grew capturó el alfil, que brincó hacia arriba en un baño de fuego rojo para caer emitiendo un brusco "clic" en la caja donde permanecería, cual guerrero enterrado, hasta la próxima partida. Y el caballo conquistador cayó al instante ante la dama negra. En un momento de extremadas precauciones, el ataque de Grew vaciló y las blancas movieron el otro caballo al abrigo de IR, donde era relativamente inútil. El caballo de dama de Schwartz repitió el primer cambio, capturando el alfil y cayendo presa a su vez del peón de torre.

—¿Qué es E . G. ?—inquirió tranquilamente Schwartz después de otra pausa.

—¿Cómo?—se extrañó el malhumorado Grew—. ¿Aún sigues

* Es obvio que Asimov olvida constatar una jugada, ya que correspondía jugar a Schwartz. Por el posterior desarrollo de la partida, no hay duda de que las negras se han enrocado. (N. del T.)

45

sin saber en qué año estamos? Bien, es el 827 de la Era Galáctica. 827 años desde la fundación del Imperio Galáctico, 827 años desde la coronación de Frankenn I... Te toca—concluyó estruendosamente.

Pero el caballo que Schwartz sostenía estaba engullido por la presa de su mano. Se sentía furiosamente frustrado.

—Por favor. . .—dijo, y dejó el caballo en 2D—. ¿Conoces alguno de estos nombres: Asia, América, los Estados Unidos, Rusia, Euro-

pa...?

Estaba buscando identificación a tientas.

De pronto, en la oscuridad, la pipa de Grew se transformó en un fulgor rojo y la difusa sombra del inválido se inclinó sobre el reluciente tablero como si fuera ella, de las dos, la que tuviera menos vida.

Schwartz lo intentó de nuevo.

—¿Sabes dónde podn'a encontrar un mapa?

—No hay mapas ~ruñó Grew~, a menos que desees arriesgar el cuello en Chica. No soy geógrafo. Jamás había oído los nombres que has mencionado.

Otra vez la vaga amenaza que parecía pender siempre sobre él: ". . . arriesgar el cuello. ..".

—El sol tiene nueve planetas, ¿no es cierto?—preguntó con aire de duda.

—Diez—fue la inflexible respuesta.

Schwartz vaciló... Bien, podían haber descubierto otro planeta. Contó con los dedos antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Qué me dices del sexto planeta? ¿Tiene anillos?

Grew estaba avanzando dos casillas el peón de alfil de rey y Schwartz hizo lo propio al instante.

—¿Te refieres a Saturno?—replicó Grew—. Naturalmente que tiene anillos.

Estaba calculando. Podía capturar el peón de alfil o el de rey y las consecuencias de ambas réplicas no eran demasiado claras.

Pero por lo que a Schwartz incumbía, seguro ya de la identidad de la Tierra, la partida de ajedrez ni siquiera era una menudencia. Las preguntas temblaban en la superficie interna de su cráneo y una de ellas se escapó.

—Y tus librofilmes ¿son reales? ¿Existen otros mundos? ¿Con gente?

Grew levantó la vista del tablero, y sus ojos escudriñaron en vano en la penumbra.

—¿Hablas en serio?

—¿Existen?

. ¡ Por la galaxia! Creo que no lo sabes realmente.

Schwartz se sintió humillado por su ignorancia.

—Por favor...

—Naturalmente que existen otros mundos. ¡Millones! Todas las estrellas que ves tienen planetas, y todavía hay más que tú no ves. Todos forman parte del Imperio.

Muy suave, en su interior, Schwartz captó el eco tenue de las vivas palabras de Grew conforme iban pasando, chispeantes, de una mente a otra. Notaba que los contactos mentales iban reforzándose con el paso de los días. Pronto, tal vez, sería capaz de escuchar mentalmente esas suavísimas palabras incluso cuando la persona que las pensaba no estuviera hablando.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que ocurrió todo eso, Grew?
—preguntó roncamente—. ¿Cuánto tiempo desde que sólo existía un planeta?

—¿Qué pretendes decir?—Grew se mostró repentinamente precavido—. ¿Eres miembro de los Antiguos?

—¿De qué? No soy miembro de nada..., pero la Tierra fue el único planeta hace tiempo, ¿no?... Bien, ¿no es cierto?

—Eso dicen los Antiguos—dijo Grew con tono severo—. Pero ¿quién lo sabe? ¿Quién lo sabe realmente? Por lo que yo sé, esos mundos de ahí arriba han estado ahí arriba a lo largo de toda la historia.

—Pero, ¿cuántos años representa eso?

—Miles de años, supongo. Cincuenta mil, cien mil... No puedo asegurarlo.

¡Miles de años! Schwartz notó un gorgoteo en su garganta y lo reprimió, aterrorizado. ¿Tanto tiempo entre dos pasos? ¿Un suspiro, un momento. una décima de segundo... y él había saltado miles de años?

Pero Grew estaba jugando ya. Capturó el peón de alfil enemigo y Schwartz, casi como un autómatas, anotó mentalmente el hecho de que esa opción era la incorrecta. Las jugadas encajaban en su cerebro sin ningún esfuerzo consciente. Su torre de rey se lanzó hacia delante

para tomar el peón doblado. El caballo blanco se situó de nuevo en 3A. El alfil de Schwartz avanzó a 2C, quedando en libertad de acción. Grew respondió al instante colocando su alfil en 2D.

Schwartz hizo una pausa antes de lanzar el ataque final.

—¿La Tierra sigue siendo la dueña?—preguntó.

—La dueña ¿de qué?

—Del Imp...

Pero Grew levantó la cabeza con un rugido que hizo temblar los trebejos.

—Escucha, tú, ¿adónde quieres ir a parar? Los Antiguos afirman que lo fue hace tiempo, pero ¿lo parece?

Se oyó un suave zumbido mientras la silla de ruedas de Grew daba la vuelta a la mesa. Schwartz notó unos dedos que aferraban su brazo.

—¡Mira! ¡Mira ahí!—La voz de Grew era un chirrido musitado—. ¿Ves el horizonte? ¿Ves cómo brilla?

—Sí.

—Eso es la Tierra, la Tierra entera. Excepto en algunos sitios donde existen zonas como ésta.

—No lo entiendo.

46

~

47

—La corteza terrestre es radiactiva. El suelo resplandece, siempre lo ha hecho, siempre lo hará. No puede crecer nada. Nadie puede vivir... ¿De verdad no sabes eso? ¿Por qué supones que tenemos el Sesenta?

El parálítico se calmó. Su silla dio la vuelta a la mesa en sentido contrario.

—Te toca jugar.

¡El Sesenta! Otra vez aquella frase y siempre con el contacto mental de amenaza indefinida. Las piezas de ajedrez de Schwartz se movieron solas mientras él se formulaba preguntas con el corazón encogido. Su peón de rey capturó el de alfil del rival. Grew situó el caballo en 4D y la torre de Schwartz eludió el ataque en 4C. El caballo blanco siguió atacando desde 3A y las negras evitaron la captura llevando la torre a 5C. Pero el peón de torre rey de Grew

avanzó tímidamente una casilla y la torre de Schwartz se lanzó al ataque. Capturó el peón de caballo blanco, dando jaque al rey. Grew se apresuró a tomar la pieza, mas la dama enemiga cubrió la baja al instante desplazándose a 4C y dando jaque. El rey blanco se escabulló en 1T y Schwartz avanzó su caballo, situándolo en 4R. Grew colocó la dama en 2R en vigorosa tentativa de mover sus defensas y Schwartz replicó poniendo la dama dos casillas más adelante, en 6C, de tal modo que la lucha era ya cuerpo a cuerpo. Grew no tenía elección: colocó la dama en 2C y las dos soberanas quedaron frente a frente. El caballo negro dio en lo vivo al tomar el del rival en 6A, y cuando el atacado alfil blanco se colocó rápidamente en 3A, el caballo volvió a SD. Grew dudó unos instantes y luego su dama se desplazó por la gran diagonal para tomar el alfil contrario.

Y Grew hizo una pausa y suspiró de alivio. Su astuto rival tenía la torre en peligro con un jaque en perspectiva, mientras la dama blanca estaba lista para hacer estragos. Y tenía ventaja de una torre por peón.

—Tú juegas—dijo con satisfacción.

—¿Qué. . ., qué es el Sesenta?—preguntó por fin Schwartz.

El tono de Grew fue de viva hostilidad.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Adónde quieres ir a parar?

—Por favor—fue la humilde respuesta—. Soy un hombre sin malicia. No sé quién soy, ni qué me ha ocurrido. Tal vez soy un caso de amnesia.

—Muy probable—fue la desdeñosa réplica—. ¿Estás huyendo del Sesenta? Di la verdad.

—¡ Pero si te aseguro que desconozco qué es el Sesenta !

La voz transmitía convicción. Se produjo un silencio prolongado.

Schwartz pensó que el contacto mental de Grew era ominoso, aunque fue incapaz, totalmente incapaz de captar palabras.

—El Sesenta—dijo muy despacio Grew—es tu año sexagésimo. La Tierra cobija veinte millones de personas, nada más. Para vivir debes producir. Si no puedes producir, no puedes vivir. Cuando pasas del Sesenta, no puedes producir.

—Y por lo tanto...—la boca de Schwartz quedó abierta.

—Te ehminan. No hacen daño.

—¿Os matan?

—No es asesinato.—Y con voz tensa añadió—: Debe ser así. Los demás planetas no quieren acogernos y debemos arreglarnos para hacer sitio a los niños. La generación de más edad debe hacer sitio a los jóvenes.

—Supongamos que no informas que tienes sesenta años.

—¿Por qué hacer tal cosa? La vida después de los sesenta no es divertida. . . Y hay un censo cada diez años a fin de atrapar a cualquier persona lo bastante necia para intentar vivir. Además, tu edad está en los archivos.

—No la mía.—Las palabras se le escaparon. Schwartz fue incapaz de contenerlas—. Por otra parte..., sólo tengo cincuenta, los próximos que cumpliré.

—No importa. Pueden comprobarlo mediante tu estructura ósea. ¿No lo sabías? Es imposible ocultar la edad. La próxima vez me cogerán... Venga, tú juegas.

Schwartz hizo caso omiso del apremio.

—¿Pretendes decir que. . . ?

—Naturahmente. Sólo tengo cincuenta y cinco, pero fíjate en mis piernas. No puedo trabajar, ¿no es cierto? En nuestra familia hay tres personas registradas y nuestro cupo se determina partiendo de tres trabajadores. Cuando sufrí el ataque y quedé inválido sin remedio, estábamos obligados a dar parte, y en ese caso habrían reducido el cupo. Pero Arbin y Loa no quisieron hacerlo porque son tontos y esto ha significado mucho trabajo para los dos..., hasta que tú llegaste. Pero me cogerán el año que viene. .. Te toca.

—¿El censo es el año que viene?

—Exacto... Tú juegas.

—¡Espera!—exclamó Schwartz en tono apremiante—. ¿Eliminan a cualquier persona después de los sesenta? ¿Sin ninguna excepción?

—No por lo que a ti y a mí nos incumbe. El primer ministro tiene una vida prolongada, y los miembros de la Sociedad de Antiguos, ciertos científicos y personas que realizan servicios muy importantes. No demasiadas personas están capacitadas para superar esa edad. Anualmente tal vez una decena.. . ¡Tú juegas!

—¿Quién decide las excepciones?

—El primer ministro, por supuesto. ¿Vas a jugar?

Pero Schwartz se levantó.

—No importa. Es mate en cinco jugadas. Mi dama capturará tu peón con jaque, tendrás que poner el rey en uno caballo, te daré jaque con el caballo en siete rey, jugarás rey dos alfil, mi dama dará jaque en seis rey, tú pones el rey en dos caballo, juego dama seis caballo y como no tienes más remedio que ir a uno torre te doy mate en seis torre.

“Buena partida—añadió de forma mecánica.

Grew contempló durante un buen rato el tablero y después dio un

49
uento~ pa raie lo~

grito y lo echó violentamente fuera de la mesa. Las relucientes piezas rodaron abatidamente por el suelo.

Pero Schwartz no se enteró de nada..., de nada excepto de la abrumadora necesidad de huir. Porque si bien Browning había dicho:

¡Envejece conrnigo!

l o mejor aún no ha venido. . .

lo había dicho en una Tierra poblada por millones y millones de bulliciosos habitantes y con alimentos sin límite. Lo mejor que vendría ahora sería el Sesenta... y la muerte.

Porque Schwartz, la verdad sea dicha, tenía sesenta y dos años.

En esos momentos, Schwartz comprendió dos cosas. La primera era sencilla e inevitable. Tenía que vivir, de algún modo, como fuera. La muerte podía presentarse de una forma tranquila y natural para los que durante toda su vida estaban acostumbrados a esa idea, pero no para él.

La segunda cosa que Schwartz comprendió, no obstante, era más sutil. Lo pensó en un momento de perspicacia no derivado de mas lógica que las agudizadas percepciones propias del miedo. Ese detalle era que el extraño contacto mental del terreno ministerial (el que poseía una corriente oculta de hostilidad, el que había detectado en su frustrado paseo hacia el brillo del horizonte) estaba vigilándole. Vigilándole con el propósito definido de mantenerle donde estaba, de no permitirle huir.

No había duda, estaba atrapado.

Atrapado en la extrañeza del oscuro futuro y condenado ya a muerte.

INTERMEDIO

Dejamos a Joseph Schwartz en la difícil situación antes descrita, temporalmente, de acuerdo con la promesa hecha en las primeras líneas de este relato. La continuación puede entenderse mejor pasando velozmente a otro extremo de la narración ahora mismo y yendo hacia atrás hasta el punto adecuado..., o no yendo exactamente hacia atrás, tampoco eso, sino más bien describiendo un ángulo de ciento veinte grados.

Todo acabará aclarándose, se lo prometo.

Y como se indica en el mismo principio, debemos hacer ciertas consideraciones sobre Bel Arvardan, arqueólogo de Baronn, sector de Sirio, ciudadano del Imperio Galáctico.

so

2.a PARTE: BEL ARVARDAN

7 Un solo mundo... o muchos

En el año 827 E. G., ahora considerado, Arvardan contaba treinta y cinco años de edad, era un hombre rudamente atractivo hasta tal punto que podría juzgarse raro en un científico... Pero la arqueología es una ciencia de puertas afuera en sus aspectos operativos y Arvardan había viajado por más regiones del Imperio que numerosos viajeros profesionales de su edad.

Dado su aspecto físico, podría parecer extraño (o no, depende del cinismo del observador) que aún estuviera soltero. Él mismo lo negaba, afirmaba que estaba casado con su trabajo, pero la verdad nos fuerza a declarar que pocas mujeres, o ninguna, se sentían impresionadas por la legalidad de un contrato matrimonial de ese tipo. Como mínimo, las mujeres haían grandes esfuerzos en convertir en bigamo al arqueólogo.

Pero bien pensado, todo esto es incidental. De hecho, no tiene nada que ver con el relato. .., excepto en cierto sentido.

Lo que sigue, si bien menos interesante, quizás es más pertinente. Bel Arvardan obtuvo el título de doctor en arqueología a la edad francamente insólita de veintitrés años en la Escuela de Arqueología de la Universidad de Arturo. Su tesis doctoral se titulaba: "Sobre la antigüedad de artetactos del sector de Sirio con consideraciones sobre la aplicación subsiguiente a la hipótesis de la irradiación para explicar el ongen humano".

Dicha disertación señaló el principio de una carrera iconoclasta.

Desde el primer momento Arvardan adoptó como suyas las hipótesis propuestas anteriormente por ciertos grupos de místicos más preocupados por la metafísica que por la arqueología, a saber, que la humanidad había tenido su origen en un solo planeta antes de irradiarse gradualmente a toda la galaxia. Era la teoría favorita de los escritores de fantasía de la época y el motivo favorito de mofa de casi cualquier arqueólogo respetable del Imperio.

Pero Arvardan constituía una fuerza a ser tenida en cuenta incluso por los más respetables, ya que antes de una década llegó a ser una autoridad en las reliquias de las civilizaciones preimperiales que aún subsistían en los remolinos y rebalsas de la galaxia.

Por ejemplo, Arvardan había escrito una monografía sobre la civilización mecánica del sector de Rigel, en la que el desarrollo de la automoción creó una cultura distinta que persistió varios siglos, hasta que la misma perfección de las máquinas redujo la iniciativa humana de tal modo que las potentes flotas del tirano Moray se impusieron fácilmente. Si bien la arqueología ortodoxa atribuía la aparición de culturas tan atípicas a diferencias de raza todavía no eliminadas mediante uniones entre miembros de los distintos pueblos, Arvardan demostró que la civilización automatizada fue resultado natural de las fuerzas económicas y sociales de aquella época y de aquella región.

Estaban también los mundos bárbaros de Ofiuco, que la ortodoxia había considerado desde antiguo como ejemplos de humanidad primitiva lejos aún de la fase del viaje interestelar. Todos los libros de texto citaban estos mundos como prueba de la teoría de la Fusión, a saber, que la humanidad había tenido origen independiente en numerosos planetas en los que predominaban relaciones químicas agua-oxígeno y poseían intensidades adecuadas de temperatura y gravitación, por efecto de la acción inevitable de las leyes biológicas, y que conforme fue descubriéndose el viaje interestelar las diversas razas se conocieron y fundieron.

Arvardan, no obstante, descubrió restos de la civilización primitiva anterior a los mil años de barbarie de Ofiuco y demostró que los datos más antiguos sobre el planeta indicaban vestigios de comercio interestelar y que el hombre había emigrado a la región en una fase ya civilizada.

Y finalmente el esfuerzo del arqueólogo por demostrar su teoría favorita lo había conducido al planeta probablemente menos importante del Imperio: un planeta llamado Tierra. En este punto nos unimos a Bel Arvardan.

Encontramos a Arvardan en el único paraje imperial de toda la Tierra: las desoladas elevaciones de las mesetas situadas al norte del Himalaya. Allí, donde ni entonces ni nunca había existido radiactividad, resplandecía un lugar que no era de arquitectura terrestre. En

esencia era copia de los palacios virreinales que existían en mundos más afortunados. La suave frondosidad de los terrenos había sido creada artificialmente por comodidad. Las rocas impresionantes habían sido cubiertas con humus, regadas, inmersas en un clima artificial... y convertidas en diez kilómetros cuadrados de prados y jardines.

Según cálculos terrestres, el coste energético era asombroso, pero las obras habían contado con el respaldo de los recursos francamente increíbles de doscientos millones de mundos, y la cifra no cesaba de aumentar. (Se supone que en el año 827 de la Era Galáctica una media de cincuenta nuevos planetas diarios obtenían la categoría provincial, para lo que era indispensable alcanzar una población de 500 millones de habitantes.)

En este retazo de apariencia no terrestre vivía el procurador, que algunas veces, en este lujo artificial, podía olvidar que lo era y acordarse únicamente de su condición de aristócrata con grandes honores y familia vetusta.

Su esposa se engañaba seguramente con menos frecuencia, sobre todo cuando, tras trepar a una loma cubierta de hierba, veía a lo lejos la Unea definida y terminante que separaba los terrenos de la selva brutal que era la Tierra. En esos momentos las fuentes de colores (luminiscentes por la noche, produciendo la impresión de fuego líquido y frío), las sendas rodeadas de flores y las arboledas idílicas no bastaban para compensar el conocimiento de su exilio.

Tal vez por eso, Arvardan fue recibido con más atenciones de las estrictamente señaladas por el protocolo. Para Ennius, por ejemplo, Arvardan fue una emanación del Imperio, de espaciosidad, de carencia de límites.

Arvaraan, por su parte, descubrió muchas cosas que admirar.

—El lugar está bien construido—dijo—, y con gusto. Es asombroso cómo un toque de cultura central impregna los distritos más distantes de nuestro Imperio.

Ennius sonrió.

—No es como yo desearía. Me parece un caparazón que suena a hueco cuando lo toco. Después de considerar mi personal, la guarnición imperial, tanto aquí como en los centros importantes del planeta, y alguna visita esporádica como la suya, se agota todo el toque de cultura central del que usted habla. Aparenta ser muy escaso.

Tomaron asiento en la columnata mientras moría la tarde, el momento del día en el que el sol rielaba en su descenso hacia las muecas de niebla purpúrea del horizonte y cuando el ambiente pare-

cía tan cargado del aroma a plantas en crecimiento que los movimientos del aire eran simples suspiros de esfuerzo.

Naturalmente, no era muy correcto, ni siquiera para el procurador, mostrar excesiva curiosidad por los actos de un invitado, pero hay que tener en cuenta la inhumanidad que representa el aislamiento constante del Imperio.

—¿Piensa quedarse algún tiempo, doctor Arvardan?—preguntó Ennius.

—Oh, difícilmente puedo asegurarlo. Tanto tiempo como considerar preciso..., que es una respuesta indefinida, me temo. Comprenda, cuando se busca algo de naturaleza desconocida, y que no estamos seguros de reconocer cuando lo encontremos, o de interpretarlo después de reconocerlo, o de convencer a otros de la corrección de nuestras ideas, o... Pero ¿cómo me he metido en este atolladero, procurador?

—Me parece deducir cierta confusión—dijo Ennius, sonriente.

—Y la hay. Mucha confusión. Tal vez una parte se aclare, en cuanto pueda meter las narices en el pasado prehistórico de este planeta .

Ennius alzó las cejas.

—¿Por qué este planeta? Si algún punto de la galaxia carece de historia, es éste.

—Puede parecerlo, pero creo que lo entiende usted al revés. Este mundo es francamente extraordinario.

—En absoluto—dijo tensamente el procurador—, es un mundo francamente vulgar. Más o menos una pocilga de mundo, o un agujero terrible, o un lugar inmundo, o casi cualquier palabra despreciable que quiera usarse. Y pese a tanto refinamiento del asco, el planeta ni siquiera puede destacar en villanía, simplemente sigue siendo un mundo campesino, ordinario, tosco.

—Pero—objetó Arvardan, hasta cierto punto sorprendido por el vigor de las afirmaciones incoherentes con las que el procurador le acosaba—, el planeta es radiactivo.

—Bien, ¿y qué? Varios miles de planetas de la galaxia son radiactivos, y algunos mucho más que la Tierra.

En este preciso momento, el movimiento suave y deslizante de la vitrina móvil, que se detuvo al alcance de la mano de los dos hombres, atrajo su atención. Ennius señaló la vitrina.

—¿Qué prefiere?—preguntó.

—No soy exigente.. . Un refresco de lima, si puede ser.

—Eso puede arreglarse. La vitrina tendrá los ingredientes. ¿Con o sin Chensey?

—Sólo una pizca—dijo Arvardan, y alzó y casi juntó los dedos pulgar e índice de una mano.

—Lo tendrá dentro de un momento.

En alguna parte de las entrañas de la vitrina entró en acción el producto mecánico quizá más universalmente popular del ingenio humano: un camarero no humano cuya alma electrónica no mezclaba ingredientes usando vasitos graduados, sino contando átomos, cuyas proporciones eran siempre perfectas y al que ni toda la artesanía más inspirada de alguien meramente humano podía igualar.

Los vasos altos surgieron como de la nada, al menos así lo pareció, ya que estaban aguardando en las cavidades apropiadas.

Arvardan cogió el verde y durante un instante probó la frialdad del vaso en su mejilla. Luego se llevó el borde a los labios y bebió.

—Perfecto—dijo. Dejó el vaso en el soporte del brazo de su sillón y añadió—: Miles de planetas radiactivos, procurador, tal como usted dice, pero sólo uno de ellos está habitado. Éste, procurador.

—Bien...—Ennius chasqueó los labios por encima del vaso y pareció perder parte de su brusquedad con la suavidad de la bebida—. Tal vez sea extraordinario en ese sentido. Es una distinción nada envidiable.

—Su singularidad no reside solamente en ese detalle.—Arvardan hablaba animadamente entre trago y trago—. Es algo más. Los biólogos han demostrado, o afirman haberlo hecho, que la vida no se desarrollará en planetas donde el nivel radiactivo de la atmósfera y los mares supere determinado punto. La radiactividad de la Tierra supera dicho punto por un margen considerable.

—Interesante. No lo sabía. Yo diría que esa es la prueba definida de que la vida terrestre es fundamentalmente distinta de la del resto de la galaxia.

—Ni mucho menos—fue la vehemente respuesta—. Ése es el punto de vista antiguo, totalmente refutado, procurador. Toda forma de vida es en esencia idéntica, por cuanto se basa en comple~os proteínicos en dispersión coloidal. Lo denominamos protoplasma. Y

el efecto de la radiactividad al que acabo de referirme se basa en la mecánica cuántica de la molécula de proteína. Todo ello es válido para usted, para mí, para los terrestres, las arañas y los gérmenes.

“Verá, las proteínas, como seguramente no hará falta que le ex-

54

plique, son agrupamientos muy complejos de aminoácidos y otros compuestos especializados, ordenados en intrincadas estructuras tridimensionales tan inestables como los rayos del sol en un día nublado. La vida es precisamente esa inestabilidad, puesto que siempre cambia su posición esforzándose en conservar su identidad..., igual que una vara larga suspendida en la nariz de un acróbata.

“Pero esta maravillosa proteína debe surgir antes de materia inorgánica, para que así sea posible la vida. Desde el principio mismo, por la influencia de la energía radiante del sol y en las inmensas soluciones que denominamos océanos, las moléculas orgánicas aumentan gradualmente su complejidad pasando de metano a formaldehído, azúcares y féculas en una dirección, y de urea a aminoácidos y proteínas en otra. Es cuestión de azar, desde luego, y el proceso en un planeta puede tardar millones de años y en otro cientos. Se ha demostrado que “millones” es, con mucho, la cifra probable.

“Bien, los químicos especializados en fisicoquímica orgánica han averiguado con gran exactitud el proceso al respecto y, en particular, la energética del mismo, y se sabe a ciencia cierta que varias etapas cruciales requieren ausencia de energía radiante. Si ello le parece raro, procurador, sólo puedo decirle que la fotoquímica, la química de las reacciones provocadas por la energía radiante, es una rama muy desarrollada de la ciencia y existen innumerables casos de reacciones muy sencillas que siguen una dirección de las dos posibles, según si se producen en presencia o ausencia de cuantos de energía luminosa.

“En planetas normales, el sol es la única fuente de energía radiante. Al abrigo de las nubes, o por la noche, los compuestos de carbono y nitrógeno se combinan y recombinan, en las formas posibilitadas por la ausencia de esas minúsculas fracciones de energía lanzadas entre ellos por el sol, como bolas entre un número infinito de bolos infinitesimales.

“Pero en los mundos radiactivos, con sol o sin él, cualquier gota de agua, incluso en la noche más oscura, incluso a diez kilómetros de profundidad, cualquier gota de agua chispea y rebosa de veloces rayos gamma. excita los átomos de carbono, los activa, según dicen los químicos, y fuerza a las reacciones a proseguir sólo de ciertas formas, formas que jamás producen vida. Y lo crea o no, existen pruebas matemáticas rigurosas, y también experimentales, de todo io

anterior.

La bebida del arqueólogo se había acabado. Arvardan dejó el vaso vacío en la inmóvil vitrina. El vaso desapareció al instante.

—¿Otro?—preguntó Ennius.

—Pregúntemelo después de cenar—dijo Arvardan—. De momento ya tengo bastante.

Y Ennius toqueteó con una reluciente uña el brazo de su sillón.

—Logra que el proceso parezca realmente fascinante—dijo—, pero si todo es como usted afirma, ¿qué me dice de la vida en la Tierra? ¿Cómo se originó esa vida?

l

—Bien, pues... Fíjese, hasta usted empieza a extrañarse. Por eso el tema es tan fascinante.

—A menos—dijo Ennius mientras se alzaba de hombros—que las pruebas matemáticas rigurosas que usted menciona sean ligeramente erróneas. Es sorprendente cuánta rigurosidad científica ha fallado en el pasado.

—¡Muy cierto! Pero la matemática rigurosa ha resistido mucho más que fracasado..., y en el caso de la Tierra hay una explicación muy factible.

—Ah, debí imaginámmelo. Tiene una hipótesis favorita.

—Exacto—convino Arvardan—, y es sencilla. La radiactividad que supera el mínimo requerido hasta impedir la aparición de vida no basta para destruir vida ya formada. Podría modificarla, pero no la destruirá excepto si el nivel radiactivo es enormemente alto. Verá, las reacciones químicas al respecto son distintas. En el primer caso hay que evitar que se formen moléculas simples y, en el segundo, hay que descomponer moléculas complejas ya formadas. No es lo mismo, ni mucho menos.

—No veo la aplicación de todo ello—dijo Ennius.

—¿No es obvio? La vida en la Tierra se formó antes de que el planeta fuera radiactivo. Mi querido procurador, se trata de la única explicación que no implica negar la realidad de la vida en la Tierra, ni negar teorías químicas en cantidad suficiente para trastornar la mitad de la ciencia.

Ennius contempló horrorizado al arqueólogo.

—Pero..., no puede hablar en serio.

—¿Por qué no?

—Porque ¿cómo puede hacerse radiactivo un planeta? La vida de los elementos químicos radiactivos de la corteza del planeta es de millones de años. Deben de haber existido indefinidamente en el pasado.

—Pero existe algo llamado radiactividad artificial, procurador, incluso en proporciones inmensas. Hay miles de reacciones nucleares con energía suficiente para crear toda clase de isótopos radiactivos. Si suponemos que los seres humanos pueden aplicar algún tipo de reacción nuclear en la industria, sin control adecuado, o incluso en la guerra, si usted es capaz de imaginar una guerra que acontece en un solo planeta, la mayor parte del suelo se convertiría en material artificialmente radiactivo. ¿Qué opina de eso?

El sol había expirado sangrientamente en las montañas y la enjuta cara de Ennius aparecía rojiza a causa de los reflejos. Soplaban la suave brisa del atardecer y en los terrenos palaciegos el adormecido murmullo de las variedades de insectos cuidadosamente seleccionadas era más sedante que nunca.

—Todo me parece muy artificial—dijo Ennius—. Una hipótesis ad hoc ideada para explicar hechos, pero muy improbable. Por ejemplo, me resulta imposible imaginar el uso de reacciones nucleares en la guerra o permitir que escapen al control humano hasta ese punto, de ninguna manera. Bien, si usted hubiera hablado de radiaciones subatómicas. . .

—Usted subestima las reacciones nucleares porque vive en el presente. Para usted, las reacciones nucleares son como..., como el fuego. Destructivas, pero controlables. En el caso del fuego, en la construcción pueden usarse materiales a prueba de incendio. Podemos emplear agua, tierra, dióxido de carbono, tetracloruro de carbono, nitrógeno, etcétera. Pero ¿y si alguien, o algún ejército usara el fuego sin saber cómo dominarlo?... Bien, aplique eso a las reacciones nucleares.

—¡Hum!—repuso Ennius—, usted habla como Shekt.

—¿Quién es Shekt?

Arvardan alzó la mirada rápidamente.

—Un terrestre. Biólogo. En cierta ocasión me explicó que la Tierra podría no haber sido siempre radiactiva.

—¡Ah! Bien, no es anormal, ya que la teoría no es mía, cierta-

mente. Aparece en El libro de los Antiguos, la historia tradicional o mítica de la Tierra prehistórica. Yo estoy refiriéndome a lo que explica el libro, con la excepción de que traduzco su fraseología bastante elíptica por frases científicas equivalentes.

—¿El libro de los Antiguos?—Ennius reflejaba sorpresa..., y cierta inquietud—. ¿Dónde lo consiguió?

—No fue fácil, pero lo conseguí. Algunos capítulos, al menos. ¿Por qué lo pregunta?

—Es un libro venerado por una secta radical de terrestres y los no afiliados tienen prohibida su lectura. No me gustaría tener que informar del hecho de que usted lo leyó, al menos no mientras se encuentre aquí. Hay gente de fuera de la Tierra que ha sido linchada por mucho menos que eso.

—Lo dice como si el poder judicial del Imperio fuera defectuoso aquí.

—Lo es en casos de sacrilegio. A buen entendedor con pocas palabras bastan, profesor Arvardan.

De un melodioso carillón brotó una nota vibrante que pareció armonizar con los susurros de los árboles. El sonido se apagó poco a poco, persistió como si estuviera enamorado del ambiente.

Ennius se levantó.

—Creo que es hora de cenar. Si tiene la bondad de acompañarme, caballero, recibirá la poca hospitalidad que esta cáscara de Imperio en la Tierra puede ofrecer.

La ocasión de celebrar un banquete se presentaba con poca frecuencia. Cualquier excusa, por insignificante que fuese, se aprovechaba. Los platos fueron numerosos, el ambiente espléndido y las mujeres encantadoras. Y hay que añadir que el profesor Bel Arvardan de Baronn fue alabado hasta el punto de la embriaguez.

El invitado sacó provecho de su audiencia repitiendo gran parte de lo que ya le había dicho a Ennius. Sus palabras fueron acogidas

56

1

57

con agradecidas palpitaciones de excitación, muchos susurros y exclamaciones, todo ello acompañado de preguntas profundas si bien ampulosas por parte de los varones, y chillidos y sobresaltos por parte de las damas.

Fue un éxito completo, si se exceptúa que Ennius permaneció sentado durante toda la cena con una sonrisa forzada en los labios, un

gesto de nerviosismo más claro incluso que las suaves arrugas de su frente.

Y más tarde, una dama esmeraldina se dirigió al invitado.

—Pero, profesor Arvardan—dijo mientras su pecho se alzaba como un cojín rosado y blanco—, ¿realmente espera demostrar su teoría aquí?

—Es posible—replicó alegremente el aludido—. Voy a investigar las zonas radiactivas. Si descubro reliquias y artefactos humanos aquí, ¿qué otra deducción extraer sino la existencia de vida antes de la radiactividad?

Precisamente durante esta breve alocución se apagó la excitación —y la cháchara, de modo que al final el arqueólogo miró alrededor extrañado por el frío y repentino silencio.

—¿Cree que eso es prudente, caballero?—preguntó lacónicamente un hombre que vestía uniforme militar.

Arvardan alzó las cejas.

—Bien, la radiactividad no es tan peligrosa. Iremos con extrema protección y haremos uso liberal de dispositivos mecánicos de largo alcance especiales para investigaciones arqueológicas. El riesgo será escaso.

Ennius se inclinó hacia él.

—Estoy seguro de que el coronel no se refería a la radiactividad —le dijo en tono significativo—. Se refería a que el primer ministro no permitirá ninguna violación de las zonas prohibidas, que son todas las radiactivas y algunas más.

Arvardan frunció el ceño.

—Bien, no creo que eso deba preocuparnos, procurador. Tengo un mandato de autorización del emperador y mi investigación es de gran valor para la ciencia.

Pero el procurador meneó la cabeza.

—Un mandato de autorización no servirá de nada. Ni el mismo emperador podría entrar en las zonas radiactivas sin permiso del primer ministro... , o sin declarar la guerra a los fanáticos de la Tierra.

Se produjo un murmullo general de acuerdo.

—En realidad—continuó Ennius—, si quiere aceptar mi muy ur-

gente aviso, renuncie a la idea y márchese.

De ese modo, la cena concluyó con un tono muy apagado.

8 Oscurecimiento... a la derecha

Por las noches, el palacio del procurador seguía siendo prácticamente el mismo mundo maravilloso. Las flores nocturnas (ninguna originaria de la Tierra) abrían sus gruesos pétalos blancos formando festones que extendían su delicada fragancia hasta los mismos muros del palacio. Con la luz de la luna polarizada, las hebras de silicato artificial, tramadas diestramente en la inmaculada aleación de alabastro de la estructura del palacio, despedían destellos de suave color violeta sobre el fondo lechoso de los alrededores.

Ennius contempló las estrellas. Para él eran la auténtica belleza, puesto que constituían el Imperio.

El cielo terrestre era de tipo intermedio. No poseía la gloria irresistible de los cielos de los mundos centrales, donde las estrellas se codeaban en rivalidad tan cegadora que el negro de la noche casi se perdía en la coruscante explosión luminosa. Y tampoco poseía la solitaria grandeza de los cielos de la periferia, donde la negrura uniforme quedaba interrumpida a grandes intervalos por la luz mortecina de alguna estrella huérfana; con la lechosa forma lenticular de la galaxia extendida a través del cielo, las estrellas solitarias se perdían en el polvo diamantino.

En la Tierra eran visibles dos mil estrellas. Ennius reconoció Sirio alrededor de la cual giraba uno de los diez planetas más grandes del Imperio. Y Arturo, naturalmente, capital del sector donde había nacido él. El sol de Trantor, mundo central del Imperio, estaba perdido en alguna parte de la Vía Láctea. Incluso observándolo con un telescopio, seguía formando parte del resplandor general.

El procurador notó una blanda mano en su hombro y la suya se alzó para tomarla.

—¿Flora?—musitó .

—¿Ordeno que traigan el desayuno aquí, Ennius?—sonó la voz en parte divertida de su esposa—. ¿Sabes que está a punto de amanecer?

—¿De verdad?—El procurador le sonrió carinosamente y buscó a tientas en la oscuridad el arete marrón suspendido cerca de la mejilla de Flora. Le dio un suave tirón—. ¿Y debes esperar a levantada y oscurecer los ojos más hermosos de la galaxia?

Flora apartó la cabeza antes de replicar.

—Tú mismo tratas de oscurecerlos con tus lisonjas—dijo dulcemente—, pero ya te he visto así otras veces. ¿Qué te preocupa esta noche, querido?

Ennius meneó la cabeza en la oscuridad.

—No lo sé—respondió—. Creo que lo que finalmente me aburre es la acumulación de pequeños detalles. Primero fue el asunto de Shekt y su sinapsificador y ahora esa torpeza y estupidez total por parte del gobierno... Y otras cosas, otras cosas. Oh, ¿para qué, Flora?... Aquí no hago nada bueno.

—Indudablemente esta hora de la mañana no es momento para poner a prueba tu moral.

Pero Ennius ya estaba hablando con los dientes apretados.

—¡Estos terrestres! ¿Por qué tan pocos hombres son una carga tan grande para el Imperio? Son pendencieros y tercos y, al mismo

l tiempo, astutamente precisos a la hora de irnportunar, como si supieran por instinto cuáles son nuestras debilidades. Flora, ¿te acuerdas cuando me nombraron procurador, los consejos que recibí del viejo Faroul, el que me precedió, sobre la dificultad del cargo?... Él estaba en lo cierto. Totalmente.—Hizo una pausa, se sumió en sus pensamientos y finalmente siguió hablando, de un tema que, en apariencia, nada tenía que ver—. Pero si hay algo claro es que el resentimiento de estos terrestres los ha llevado a sueños de rebelión...—Miró a Flora—. ¿Sabes cuál es la doctrina de la Sociedad de Antiguos de la Tierra?—le preguntó—. Que la Tierra fue hace tiempo el único hogar de la humanidad, que es el centro de la raza y que algún día volverá a serlo.

—Sí—dijo ella en tono tranquilizador—. Lo sé.

En ocasiones como ésta siempre era mejor dejar que Ennius se desfagara. Ella también sabía eso.

—Y en realidad existen grupos radicales—prosiguió el procurador—que afirman que este mítico Segundo Reino de la Tierra está cerca, que prevén la destrucción del Imperio en una catástrofe general que dejará a la Tierra triunfante y con toda la gloria primitiva... —su voz se quebró—, de un mundo retrasado, bárbaro e inmundos... Pero en los dos últimos años no hemos tenido noticia de esos grupos.

—Ah, eso es bueno.

—No, eso es malo. Es el primer pequeño detalle que menciono.

Mientras los fanáticos puedan verter libremente sus aguas cloacales, nadie los tomará en serio. Ni nosotros ni la población normal de la Tierra. Pero si de pronto los silencian, mi opinión es que el primer ministro desea que sus doctrinas no atraigan la atención y que eso sólo podrá ocurrir cuando las doctrinas sean oficiales.

—Oh, Ennius, ¿no es un razonamiento muy tortuoso? Además, ¿qué pueden hacer esos desgraciados? ¿Hay que tomarlos tan en serio? Se trata de su única fuente de diversión, ese sueño fantástico que tienen ellos de dominar el mundo. ¿Por qué privarlos de ese sueño?

—Bien, eso no es todo. Por ejemplo, ¿qué pasa con el sinapsificador?—Ennius miró pensativamente la débil luz que estaba conquistando la pulida negrura del cielo terrestre—. Shekt me asegura que su propósito es aumentar la capacidad mental de los seres humanos. ¿Dice la verdad? E incluso si eso fuera todo, ¿no estará funcionando ya el instrumento con terrestres, a fin de que doscientos millones de planetas no disfruten de las inmensas posibilidades de uno solo?

—¿Aumentando la inteligencia de todos los terrestres? Si no me equivoco dijiste que eso no daría resultado.

—Lo dijo Shekt, no yo... Y ahora él está interesado en rehuirme. Las cartas que le envíe le contesta de una forma impersonal, y creo que con la censura de por medio. Son cartas muy extrañas. Intente visitarle hace un mes en Chica, pero fue imposible localizarlo... ~Muy curioso ! Y todo esto es muy enigmático. . . , y muy preocupante.

Y dicho esto se volvió hacia Flora y, a la débil luz de las estrellas, buscó a tientas sus manos.

—Escúchame, Flora.—Su voz era apremiante—. Es absurdo seguir esta discusión. Hay muchas cosas que no sabes. Muchas cosas que no debes saber. Pero te diré esto: habrá una rebelión en la Tierra, similar al levantamiento de 750, salvo que seguramente será peor. Por eso estoy sentado aquí, aguardando la salida del sol.

—Pero..., si estás tan seguro... ¿Estamos preparados?

—¡Preparados!—La risa de Ennius fue más bien un ladrido—. Yo lo estoy. La guarnición está alertada, y bien pertrecha. Todo cuanto era posible hacer con el material disponible, lo he hecho. Pero, Flora, no me interesa que haya una rebelión. No quiero que mi procuraduría quede registrada en la historia como la procuraduría de la rebelión. No quiero ver mi nombre vinculado a muerte y cannicería. Me condecorarán por ello, pero dentro de un siglo los libros de historia me denominarán tirano sangriento. ¿Qué me dices del virrey de Santanni en el siglo sexto? ¿Podía hacer algo más que lo que hizo?

Recibió honores entonces, pero, ¿ahora quién tiene una palabra de elogio para él? Preferiría que me conocieran como el hombre que evitó una sublevación y salvó las despreciables vidas de estos locos.

Su tono era poco esperanzado.

—¿Estás seguro de que, a pesar de todo, no puedes hacer nada, Ennius?

Flora se sentó junto a él y le acarició con las uñas el borde del mentón.

Ennius le cogió las manos y las apretó con fuerza.

—¿Cómo? Deliberadamente, el gobierno imperial ha emprendido el peor camino. ¿Para qué mandan aquí a ese loco, a Arvardan? Ya no puedo hacer nada.

—Pero, querido, no creo que ese arqueólogo vaya a hacer algo tan terrible. Admito que parece un maniático pero, ¿qué daño puede hacer?

—¿No está claro? Quiere que le autoricen a entrar en las zonas prohibidas. Se lo impedirán.

—Bien. . .

—Pero no se lo impediré yo. Yo no puedo hacer eso. Casi todo el mundo tiene la estúpida teoría de que los virreyes pueden hacer cualquier cosa, pero sencillamente no es así. Ese hombre tiene un mandato de autorización del negociado de Provincias Exteriores, y aprobado por el emperador. Con eso quedo anulado. No puedo hacer nada sin apelar al Consejo Central, y eso llevaría meses... ¿Y qué razones iba a ofrecerles? Y si intento detener por la fuerza al arqueólogo, estaría cometiendo un acto de rebeldía y ya sabes bien dispuesto que está el Consejo Central a destituir a cualquier funcionario del que piensen que está pasándose de la raya, así ha sido siempre desde la guerra civil de los años ochenta. ¿De qué me serviría eso, por tanto? Me sustituirían por alguien que desconociera totalmente la situación y Arvardan podría seguir adelante de todos modos.

60

—Has dicho que se lo impedirán.

61

—¡Lo hará el primer ministro! Y en ese caso, ¿cómo voy a convencerlo de que no se trata de un plan organizado por el gobierno, que el Imperio no consiente sacrilegios deliberados?

—h, imposible que él sea tan quisquilloso.

—¿Imposible?—Ennius se echó hacia atrás y miró fijamente a su esposa. La noche había cobrado un color apizarrado y, en parte, Flora era visible—. Tienes una ingenuidad conmovedora. Naturalmente que él puede ser tan quisquilloso. ¿Sabes que la Tierra, por ejemplo, no tolera signos exteriores de dominio imperial en su planeta porque insisten en que la Tierra es, por derecho, el gobernante de la galaxia? En cierta ocasión la insignia del emperador se hallaba desplegada en Washenn, la sede de la cámara del consejo terrestre, tal como está presente en todas las cámaras de consejos de la galaxia, como símbolo de unidad imperial. ¿Sabes qué ocurrió? Te lo explicaré. Los lunáticos la desgarraron y por la noche toda esa miserable ciudad se había alzado en armas contra nuestros soldados. Al final tuvimos que ceder.

—¿Quieres decir que no volvieron a poner la insignia imperial?
—preguntó ella con aire de incredulidad.

—Jamás lo hicieron. Por las estrellas, no. La Tierra es el único planeta entre doscientos millones que no tiene insignia en su cámara del consejo... Y ahora Arvardan intentará entrar en las zonas prohibidas. ¿Qué estarán pensando de esto en Trantor? Y peor todavía, ese arqueólogo está predicando la misma doctrina radical que los fanáticos. Ese profesor chiflado cree sinceramente que la Tierra es el planeta natal, el planeta natal de la raza humana. ¡Avivar el fuego de esa forma, imagínate! Te garantizo que él es sincero..., pero aunque no tuviera toda la razón, Flora, ¿qué pueden estar pensando esos vagos del negociado de Provincias Exteriores?

—¿Quieres explicarme sinceramente una cosa, Ennius?

—Si puedo...

—¿Qué esperas en realidad? No estás simplemente preocupado, carino, estás al borde del pánico. ¿Esperas una explosión experimental?... ¿O algo peor?

Ennius evitó mirar a su esposa.

—No tengo motivos para esperar algo peor.

—Pero los tienes.—Flora le miró ansiosamente a la luz del alba—. No deberías ocultarme nada. No es incorrecto, es peor, es inútil. Tú esperas algo peor.

—Flora, no he hablado de esto con nadie.—Había un viso de tortura en sus ojos—. Ni siquiera es una corazonada... Cuatro años en este planeta puede ser demasiado tiempo para cualquier hombre que esté cuerdo. Pero yo diría que ningún planeta cuerdo pensaría en rebelarse contra un imperio de doscientos millones de mundos.

—Lo han hecho anteriormente.

—Sí, pero esta vez parecen muy confiados.—Alzó la cabeza con viva sorpresa, como si acabara de encontrar la clave de algo que había eludido su comprensión. Y repitió enérgicamente—: Eso es, parecen confiados. Por las estrellas, creen realmente que pueden salirse con la suya. Más que eso. Creen que pueden obligarnos... Como ya sabes, Flora, esta gente tiene sus misticismos. Deben tenerlos, para soportar la realidad. ¿Es posible que estén tan apegados a su fe en un destino o alguna fuerza, en algo que sólo tiene significado para ellos, algo que puede proporcionarles la victoria?

“Es imposible. Mira, aun dando por supuesto que el terrestre ordinario crea que algún día el destino devolverá a la Tierra su supuesta supremacía sobre la galaxia, los gobernantes de la Tierra no pueden pensar así, imposible. Como mínimo conocen la necesidad de disponer del armamento bélico tan prosaico que hasta el destino juzga útil en sus decisiones. Es posible..., quizá..., quizá.. .

—Quizá, ¿qué, Ennius?

—Quizá ya tengan armas.

—¿Y eso permitirá que un planeta derrote a doscientos millones? Estás aterrorizado.

—Pero ellos se muestran tan confiados...

—Oh, ¿cómo lo sabes? Se han sublevado otras veces. Quizás entonces tenían la misma confianza. Y es posible que ahora no estén tan confiados, que tu imaginación enfermiza desee atribuirles esa cualidad... Fíjate, el sol va a salir dentro de poco. ¿Descansamos un rato en silencio? Luego te sentirás mejor y podrás meditar y aclarar las cosas.

Durante media hora hubo paz, al menos en esa zona de la galaxia. Y el sol, después de salir, iluminó rojizamente una glorieta en la que dormían abrazados el representante imperial en la Tierra y su esposa.

Ninguno de los dos llegó a ver la salida del sol.

9 Oscurecimiento... en el cenlro

Bel Arvardan se embarcó en el mayor avión estratosférico de la Compañía de Transporte Aéreo de la Tierra, que hacía el recorrido entre Everest y la capital terrestre, Washenn. Viajó solo, tras haber dejado su nave y a los miembros de la expedición enfrascados en los preparativos de última hora.

Lo hizo deliberadamente, movido por la curiosidad lógica que siente un arqueólogo que además es extranjero por la vida ordinaria de los habitantes de un planeta como la Tierra.

... Y también tenía otro motivo: ver por sí mismo a los terrestres después de las extrañas insinuaciones que le había hecho el procurador.

Arvardan provenía del sector de Sirio, el sector de la galaxia que estaba por encima de todos los demás, donde los prejuicios antiterrestres estaban más arraigados. Pero él no creía haber sucumbido a los prejuicios. Logicamente había adquirido el hábito de imaginar a los terrestres como personajes caricaturescos, especiales, invariables, e incluso el término "terrestre" le parecía desagradable; pero en realidad no tenía prejuicios...

Al menos él no lo creía así. Por ejemplo, si alguna vez un terrestre hubiera deseado participar en alguna de sus expediciones, o trabajar a sus órdenes en cualquier actividad, y si tenía experiencia y capacidad suficientes, Arvardan lo habría aceptado. De haber existido algún hueco para él, asunto arreglado. El arqueólogo meditó el asunto y decidió que, llegado el caso, comería con un terrestre, o se alojaría en casa de alguno, o los trataría en todos los aspectos como a cualquier otra persona. Sin embargo, Arvardan siempre tenía en cuenta el hecho de que un terrestre era un terrestre, no podía evitarlo. Era consecuencia lógica de una infancia inmersa en un ambiente de intolerancia tan absoluta que casi era imperceptible, hasta que el observador salía de dicho ambiente y dirigía la vista atrás.

Sin embargo, el arqueólogo se encontraba ahora en un avión en el que sólo había terrestres a su alrededor, y se sentía francamente cómodo.

Pero, ¿qué tenía Ennius contra ellos? Había hecho enormes esfuerzos para evitar con razonamientos la investigación en las zonas radiactivas. Y había pretendido dar a entender algo, algo siniestro y amenazador relacionado con los terrestres, sin mostrarse claro y concreto.

Arvardan contempló de nuevo las caras vulgares y normales de sus compañeros de viaje. Se suponía que esos hombres eran distintos. Pero ¿podría él distinguirlos en una multitud? Arvardan no lo creía.

El mismo avión era, a juicio del arqueólogo, un caso menor de construcción imperfecta. Estaba dotado de motor atómico, por supuesto, pero la aplicación del principio estaba mucho de ser eficiente. En primer lugar, la unidad de potencia no se hallaba bien protegida, y Arvardan pensó que la presencia casual de rayos gamma combinada con elevada densidad neutrónica en la atmósfera podía ser para los terrestres un problema menos importante que para otros.

Y en ese momento algo le atrajo su atención. Desde aquella región de color vinoso de la estratosfera superior, la Tierra presentaba un aspecto fabuloso. Las zonas continentales inmensas y cubiertas de niebla que el arqueólogo veía bajo él, oscurecidas en algunos puntos por grupos de nubes que reflejaban el sol, mostraban un desolado tono anaranjado. Por detrás, alcanzando con rapidez al veloz vehículo estratosférico, aparecía el suave y difuso horizonte nocturno en cuya oscura sombra se veía el destello de las zonas radiactivas.

La atención de Arvardan se vio desviada de la ventanilla por las risas de los pasajeros, centradas en un matrimonio ya maduro, los dos cónyuges muy robustos y todo sonrisas. El arqueólogo tocó el brazo de su vecino de asiento.

—¿Qué ocurre?

El otro hombre dejó de reír para contestar.

—Llevan casados cuarenta años y están haciendo el gran viaje.

—¿El gran viaje?

—Sí, hombre, la vuelta al mundo.

El esposo ya entrado en años, ruborizado de placer, estaba narrando sus experiencias e impresiones con abundancia de detalles, mientras su esposa intervenía de vez en cuando con el mejor de los humores. La amigable audiencia escuchaba todo cuanto decía la pareja con enorme satisfacción, por lo que Arvardan pensó que los terrestres eran tan cordiales y humanos como cualquier habitante de la galaxia. En ese momento alguien hizo una pregunta.

—¿Y cuándo le toca el Sesenta?

—Dentro de un mes—fue la rápida y jovial respuesta—. El dieciséis de abril.

—Bueno—dijo el que había preguntado—, espero que le vaya bien.

—Ella me acompañará—replicó el esposo, señalando con el pulgar a su afable mujer—. No le toca hasta dentro de tres meses, pero ella opina que la espera es absurda, así que nos iremos juntos. ¿No es así, regordeta?

—Oh, sí—dijo ella, y dejó escapar una agradable risita—. Nuestros hijos se han casado y tienen su propia casa, y yo sería un estorbo para ellos. Además, no podría disfrutar esos meses sin mi media na-

ranja... Por eso nos iremos juntos.

Arvardan interrumpió el alboroto general para aclarar un punto que le parecía claramente sospechoso.

—¿Qué es eso del Sesenta?—preguntó a su vecino de asiento—.
¿No se referirá a eutanasia, verdad?

Arvardan conocía la costumbre, aunque sólo de un modo teórico. Sólo en ese momento pensó que se aplicaba realmente a seres humanos.

El otro hombre obsequió al arqueólogo con una mirada prolongada y suspicaz.

—Bueno, ¿qué opina usted?—dijo.

La pregunta era una respuesta más que suficiente. Arvardan, con cierta consternación, contempló la algarabía general que un tema como aquel podía provocar.

Al parecer, toda la lista de pasajeros estaba enfrascada en un cálculo aritmético simultáneo del tiempo que les quedaba a todos, proceso que implicaba la conversión de factores de meses a días y que ocasionó varias disputas.

Un individuo bajito, con la ropa muy ajustada y la expresión resuelta intervino furiosamente.

—Me quedan exactamente doce años, tres meses y cuatro días. Doce años, tres meses y cuatro días. Ni un día más, ni un día menos.

El cálculo fue aprobado por otro pasajero, con una observación lógica:

—Si no te mueres antes, claro.

—Tonterías—fue la réplica inmediata—. No tengo intención de morirme antes. ¿Tengo el aspecto de alguien que moriría antes? Voy

5 . Cuento~ paralelo~
a vivir doce años, tres meses y cuatro días y aquí no hay ningún hombre que se atreva a negarlo.

Y en realidad su aspecto era muy furioso.

Un mozalbete apartó de sus labios un cigarrillo alargado muy elegante para decir con voz seria:

—Está muy bien que lo puedan calcular con tanta exactitud. Hay

más de uno que está viviendo más de lo que le toca.

—Ah, claro—dijo otro.

Hubo un asentimiento general y se creó un ambiente de indignación más bien provocado.

—Y no veo—prosiguió el joven, que mientras fumaba hacía gestos ceremoniosos con la intención de eliminar la ceniza—nada objetable en que un hombre, o una mujer, desee continuar después de su cumpleaños hasta el siguiente día de asamblea general, en especial si tienen algún asunto que resolver. Son esos sinvergüenzas, esos parásitos que intentan llegar más allá del próximo censo, los que se comen el alimento de la siguiente generación...

Pareía tener un motivo personal de queja.

—Pero—interrumpió suavemente Arvardan—, ¿no está registrada la edad de todos los habitantes? No es posible que puedan ir muy lejos después de su cumpleaños, ¿no es cierto?

Se produjo un silencio general combinado con desprecio por el estúpido idealismo expresado.

—No parece muy lógico vivir después del Sesenta, supongo—dijo por fin alguien, en tono diplomático.

—No si eres trabajador, o campesino—espetó otro enérgicamente—. Pero ¿qué pasa con los administradores, los funcionarios municipales.. .?

Y, por fin, el hombre casi sesentón, cuyo cuadragésimo aniversario de boda había iniciado la conversación, aventuró su opinión, tal vez envalentonado por el hecho de que él, víctima actual del Sesenta, no tenía nada que perder.

—En cuanto a eso—dijo—, depende de quien ustedes saben.

—Y guinó un ojo en gesto de tímida alusión—. Conoá a un tipo que cumplió los sesenta un año después del censo ochocientos diez y vivió hasta que el censo ochocientos veinte lo descubrió. Cumplió los sesenta ~r nueve antes de irse. ¡Sesenta y nueve !

—Pero ¿cómo pudo hacer eso?

—Tenía algún dinero, y su hermano era un Antiguo. Nada es imposible si puedes conseguir una combinación como ésa.

Y hubo aprobación general a ese sentimiento, reforzada por el jovencito del cigarrillo.

—Pero si no tienes dinero contante y sonante ya puedes marcharte la mañana de tu cumpleaños, o veinte Antiguos vendrán a buscarte a casa al día siguiente...

—Y es muy probable que les pongan una multa a tus hijos—añadió otro.

Arvardan escuchó todo esto con enorme asombro. Y tal vez parte

66

de ese asombro asomara en su semblante, ya que su vecino de asiento, que había estado mirándole ceñudamente desde la pregunta sobre el Sesenta, le interpeló bruscamente.

—Tiene una forma extraña de hablar. ¿Procede de los continentes occidentales?

Arvardan notó que todas las miradas le apuntaban, todas con visos repentinos de sospecha. ¿Pensaban que él era miembro de esa Sociedad de Antiguos? ¿Acaso sus preguntas reflejaban el engatusamiento de un agent provocateur?

—No soy de ninguna parte de la Tierra—replicó en un arranque de franqueza—. Me llamo Bel Arvardan y soy de Baronn, sector de Sirio.

Fue igual que si hubiera arrojado una cápsula atómica explosiva en medio del avión.

El horror mudo inicial de todos los semblantes se transformó rápidamente en cólera, amarga hostilidad que llameó ante el arqueólogo. El hombre que compartía asiento con él se levantó con aire ofendido y ocupó otro lugar, después de que las dos personas sentadas allí se apretaran mucho para dejarle sitio.

Las caras se volvieron. El arqueólogo quedó rodeado de hombres, enjaulado en espaldas. Durante un momento, Arvardan ardió de indignación. Que los terrestres lo trataran así, a él. Y luego se calmó. Era obvio que aquella intolerancia jamás había sido unilateral, que el odio engendraba odio.

Completó el viaje en silencio y a solas.

10 Oscurecimiento... a la izquierda

Las instalaciones del colegio de Antiguos de Washenn son simplemente formales. Austeridad es la palabra clave, y hay un aire francamente grave en los apretados grupos de novicios que dan su paseo de la tarde entre los árboles del patio, donde nadie excepto los Antiguos

puede entrar. De vez en cuando la figura con túnica verde de un Antiguo decano atraviesa el césped y recibe graciosas reverencias.

Y en raras ocasiones puede hacer acto de presencia el mismo primer ministro...

Pero no como en este momento, casi corriendo, casi sudoroso, haciendo caso omiso de los que respetuosamente alzan las manos, desatento a las miradas precavidas que le siguen, a las miradas inexpresivas que se cruzan, a las cejas ligeramente arqueadas. ..

Se introdujo en la Sala Legislativa por la entrada particular y echó a correr rampa abajo entre el resonar de sus zancadas. La puerta a la que se dirigía como un rayo se abrió mediante la presión de un pie del único ocupante y el primer ministro entró.

El secretario apenas alzó la mirada de su escritorio, pequeño y sencillo, donde estaba inclinado sobre un televisor diminuto cuyo sonido escuchaba con atención mientras sus ojos erraban por más o menos una mano de papel de comunicaciones al parecer oficiales apiladas ante él. El primer ministro golpeó bruscamente el escritorio.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

Los ojos del secretario miraron breve y fríamente al primer ministro y el televisor quedó apagado.

—Saludos, vuestra sabiduría.

—¡No me des saludos!—replicó con impaciencia el primer ministro—. Quiero saber qué está pasando.

—En una palabra, nuestro hombre ha huido.

—¿Hablas del hombre que Shekt sometió al sinapsificador, el que parloteaba en un idioma raro..., el de la granja cerca de Chicago?...

Es incierto el número de detalles que el primer ministro habría recitado si el secretario no lo hubiera interrumpido en tono indiferente.

—Exacto.

—¿Por qué no he sido informado? ¿Por qué no soy informado nunca?

—Eran precisas medidas inmediatas y tú estabas ocupado. Yo te he sustituido, con toda mi capacidad.

—Sí, te preocupas mucho de mis ocupaciones cuando deseas actuar sin mí. Bien, no lo toleraré. No consentiré que se actúe sin mí, que se me deje de lado. No pienso...

—Estamos retrasándonos—fue la réplica en el tono de voz normal, y la casi gritería del primer ministro cesó.

El recién Degado carraspeó y vaciló antes de seguir hablando.

—¿Qué datos tenemos?

—Apenas ninguno. Al cabo de seis meses de paciente espera, sin nada que indicara tal cosa, ese individuo, el agente T, como lo denominan los informes, se marchó.

—¿Lo siguieron?

—Naturalmente. Cuatro horas por la autopista, hacia el este. Después se esfumó.

—¿Se esfumó?

—Ese es el detalle misterioso, ya que no existe explicación lógica.

—¿De qué hablas, qué es eso de que no existe explicación lógica? ¿Cómo es posible? ¿Cómo vamos a lograr nuestros fines si en momentos cruciales no existe explicación lógica?

—Hemos interrogado a nuestro agente. Habla de dolor de cabeza, dolor cegador, luces muy brillantes ante sus ojos, mareo. No está seguro de cuánto tiempo sufrió el ataque. Media hora, tal vez.

—Imposible. Lo han sobornado.

—lo atacaron—dijo el secretario sin perder la compostura—. No somos los únicos que poseemos métodos de ataque desconocidos.

El primer ministro palideció de forma perceptible.

—¿Y qué haremos ahora?

—Encontrar al agente T. Es evidente que el Imperio tiene una organización en la Tierra de la que no sabemos nada. El agente T, una vez localizado, nos dará pistas para descubrirla, a menos que él mismo sea un pez gordo. Cosa que todavía sería mejor.

El primer ministro volvió la cabeza y se mordió el labio mientras su cerebro emprendía una carrera. Su siguiente pregunta la hizo de espaldas.

—¿Qué hay del campesino con el que estaba viviendo el agente T?

—Nada. Lo interrogaron y lo dejaron marchar... Una simple herramienta, de ningún valor ni para ellos ni para nosotros.

Acto seguido, por primera vez, el secretario tomó la iniciativa.

—Tienes una cita con el profesor Bel Arvardan dentro de cuatro horas.

El otro hombre agitó la mano en un gesto de irritada negligencia.

—Anúlala.

—De ningún modo. Será mejor que hables con él.

—¿Por qué?—preguntó dando media vuelta—. ¿Quién es ese como se llame? ¿Qué desea?

—Deberías haberlo preguntado antes. Es arqueólogo del Imperio.

—¿Y qué tengo que ver yo con la arqueología, por la galaxia? ¿O con los arqueólogos?

—Nada. Pero un representante del Imperio desea verte el mismo día que el agente T se nos escapa.

—Ah...—Y el primer ministro, como si de pronto estuviera cansado, se dejó caer en la silla de respaldo recto que había en un rincón—. Esto supera mi comprensión. Me he perdido.

—Cierto—murmuró el secretario, y dejó que una tenue sonrisa apareciera en sus labios—. Ennius, nuestro respetable procurador, nos ha enviado una nota avisándonos de la llegada del arqueólogo.

—Tampoco he recibido esa nota. Te lo aseguro, no se me informa de nada de lo que ocurre. Es vergonzoso...

—Bueno, yo te informaré ahora, vuestra sabiduría. Ennius afirma expresamente que este Arvardan no es representante oficial ni de él ni del Imperio, y que desconoce por completo nuestras costumbres. Y espera que lo tratemos con tolerancia y comprensión, dada su ignorancia. . . Ah, sí, Ennius nos manda saludos fraternales.

—Parece demasiado ansioso—dijo el primer ministro—. No creo una sola palabra.

—Tu misión será juzgar eso. No sabemos quién o qué es Arvar-

dan..., pero nuestro objetivo es averiguarlo y no perderle de vista hasta conseguirlo.

Cuando el primer ministro estaba a punto de marcharse, el secretario levantó un dedo.

—¡Vuestra sabiduría!—El aludido se volvió—. Sobre Arvardan otra vez—dijo el secretario—. Sería preferible que no ensayaras estrategias profundas. Muestra naturalidad y sé tan elocuente como quieras, siempre que no digas nada. Limitate a una misión de confusión y demora. .. Y sonríe. Tu actual expresión te delataría.

Bel Arvardan llegó puntualmente y tuvo tiempo de curiosear. Para un hombre muy familiarizado con los triunfos arquitectónicos de la galaxia entera, el Colegio de los Antiguos apenas era más que un triste bloque de granito con refuerzos de acero, moldeado con un estilo arcaico. Para un hombre que además era arqueólogo, la construcción podía constituir, con su austeridad lóbrega y casi salvaje, el hogar apropiado para una forma de vida lóbrega y casi salvaje. Su mismo carácter primitivo indicaba que los ojos estaban vueltos hacia el pasado lejano. . .

En cuanto al primer ministro, su túnica era nueva y debido a ello relucía. Su frente no mostraba señal alguna de prisa o duda, el sudor quizá fuera algo desconocido para ella.

Y la conversación fue francamente amistosa. Arvardan se afanó en mencionar los buenos deseos de algunos gentilhombres del Imperio al pueblo de la Tierra. El primer ministro mostró igual cuidado al expresar la enorme gratitud que debía sentir la Tierra entera por la generosidad y la sapiencia del gobierno imperial.

Arvardan se explayó sobre la importancia de la arqueología en la filosofía imperial, sobre su contribución a la gran conclusión de que todos los humanos de cualquier planeta de la galaxia eran hermanos..., y el primer ministro convino en ello insulsamente y observó que la Tierra sostenía esa opinión desde hacía mucho tiempo y sólo podía esperar la pronta llegada del momento en que el resto de la galaxia convirtiera la teoría en práctica.

Arvardan sonrió fugazmente al oír la observación.

—Precisamente por ese motivo, vuestra sabiduría, he venido a verles. Las diferencias entre la Tierra y algunas vecindades de los dominios imperiales residen básicamente, creo yo, en la forma distinta de pensar. Sin embargo, sería posible eliminar muchas fricciones si pudiera demostrarse que los terrestres no son distintos, en sentido racial, de otros ciudadanos galácticos.

—¿Y cómo se propone hacer tal cosa, caballero?

—Bien, no es fácil explicarlo en pocas palabras. Como quizá sepa vuestra sabiduría, las dos corrientes principales del pensamiento arqueológico reciben la denominación común de “teoría de la Fusión” y “teoría de la Irradiación”.

—Estoy familiarizado con el punto de vista de un lego en la materia.

—Perfecto. Bien, la teoría de la Fusión implica lógicamente la noción de que los diversos tipos de humanidad, al evolucionar de modo independiente, cruzaron sus caminos en bs tiempos primitivos y apenas documentados del viaje espacial. Una concepción como ésa debe explicar forzosamente por qué actualmente los humanos son tan parecidos.

—Sí—comentó secamente el primer ministro—, y una concepción como ésa implica también la necesidad de que varios centenares de seres de tipo más o menos humano y que han sufrido distintas evoluciones estén tan relacionados en lo químico y en lo biológico como para posibilitar la fusión.

—¡Cierto!—exclamó entusiasmado Arvardan—. Un punto terriblemente débil. Sin embargo, gran parte de los arqueólogos lo ignora y se adhiere firmemente a la teoría de la Fusión, que implicana la posible existencia de subespecies humanas en porciones aisladas de la galaxia, que siguieron siendo distintas, que no se entrecruzaron...

—Se refiere a la Tierra—comentó el primer ministro.

—La Tierra es considerada un ejemplo. La teoría de la Irradiación, por otra parte. ..

—Considera que todos somos descendientes de un solo grupo planetario de humanos.

—Exactamente.

—Mi pueblo—dijo el primer ministro—, debido a la evidencia de nuestra historia, y a ciertos escritos que consideramos sagrados y que no pueden mostrarse a los extranjeros, sostiene la opinión de que la Tierra es el hogar original de la humanidad—

—Y eso creo yo también, y solicito su ayuda para demostrárselo a toda la galaxia.

—Es usted optimista. ¿Qué hace falta para ello?

—Estoy convencido, vuestra sabiduría, de que es posible localizar muchos artefactos primitivos y restos arquitectónicos en las zonas de su planeta que actualmente, por desgracia, están envueltas en radiactividad. La edad de los restos podría deducirse con precisión de la

decaencia radiactiva actual y compararla

Pero el primer ministro estaba meneando la cabeza.

—¡Por favor! No debe hablar más de este tema.

—Pero, ¿por qué no?

Arvardan frunció el ceño, totalmente perplejo.

—En primer lugar—dijo el primer ministro en tono razonable—, ¿qué espera lograr? Si demuestrara su hipótesis, incluso para satisfacción de todos los planetas, ¿qué importancia tiene que hace un millón de años todos ustedes fueran terrestres? Al fin y al cabo, hace mil millones de años todos éramos monos y, sin embargo, no admobmos como parientes a los monos actuales.

—h, por favor, vuestra sabiduría, no somos tan irrazonables.

—No hay nada de irracional en ello, caballero. ¿No es razonable suponer que los terrestres, dado su aislamiento, han cambiado tanto de sus parientes emigrados, en especial por influencia de la radiactividad, como para formar ahora una raza distinta?

Arvardan se mordió el labio inferior.

—Argumenta bien en favor de sus enemigos—repuso a regañadientes.

—Porque me pregunto qué opinarán mis enemigos. De modo que usted no logrará nada, caballero, como no sea exacerbar el odio contra nosotros al probar nuestra pasada grandeza.

—Pero—dijo Arvardan—queda el problema de los intereses de la ciencia pura, el avance del conocimiento

El primer ministro enarcó las cejas en un gesto de pesadumbre casi humorístico.

—}diaría ser un obstáculo para ello. Le hablo ahora, caballero, como hablaría un gentilhomme del Imperio a otro. Yo mismo le ayudaría gustosamente, pero mi pueblo es una raza orgullosa y obstinada que a lo largo de los siglos se ha aislado en ella misma debido a la..., eh..., lamentable actitud hacia ella por parte de la galaxia. Tienen ciertos tabúes, costumbres fijas determinadas..., que ni yo mismo me ofrecería para quebrantarlas.

—Y las zonas radiactivas...

—Es uno de los tabúes más importantes. Incluso suponiendo que le concediera permiso, y ciertamente siento el impulso de hacerlo,

ello sólo provocaría alborotos y disturbios, que no sólo pondrían en peligro las vidas de usted y los miembros de su expedición, sino que además atraerían sobre la Tierra, a la larga, las medidas disciplinarias del Imperio. No sería digno de mi cargo y traicionaría la confianza de mi pueblo si lo permitiera.

—Pero yo tomaré gustosamente todas las precauciones lógicas. Si desea que me acompañen observadores... Y naturalmente es obvio decir que yo le consultaría antes de hacer público cualquier dato obtenido...

El primer ministro se alzó de hombros.

—Me tienta, caballero. Se trata de un proyecto interesante. Pero sobrevalora mi autoridad, aunque dejáramos al pueblo a un lado. No soy un gobernante absoluto. De hecho, mi poder es limitadísimo. . . , y todos los asuntos deben someterse a la consideración de la Sociedad de Antiguos antes de que sea posible una decisión definitiva.

Arvardan sacudió la cabeza.

—ué desgracia tan grande. El procurador me advirtió de las dificultades..., pero yo confiaba en que... ¿Cuándo podrá consultar con su legislatura, vuestra sabiduría?

—El Presidium de la Sociedad de Antiguos se reunirá dentro de tres días. Alterar el orden del día está más allá de mis posibilidades, por lo que podrían pasar unos días más antes de que se discuta el tema... Digamos que una semana.

Arvardan asintió pensativamente.

—Bien, qué remedio... A propósito, vuestra sabiduría...

—¿Sí?

—El procurador mencionó de pasada a un científico terrestre... un tal doctor Shekt. Después he tenido noticias de un sinapsificador inventado por él, una máquina relacionada con la neuroquímica del cerebro. ¿Sabe dónde podría localizarlo?

El primer ministro se había puesto visiblemente rígido y tardó unos instantes en responder.

—Creo conocer al hombre del que me habla. ¿Para qué quiere verlo?

—Bien, he estado trabajando un poco en un proyecto para clasificar la humanidad en grupos encefalogramáticos, en tipos según las corrientes cerebrales, ya me entiende.

—El instrumento, por lo que tengo entendido, no ha tenido éxito.

—Bien, tal vez no, pero puede haber información que me resulte útil. Ese Shekt..., ¿no estará en Washenn, verdad?

—Creo que podrá encontrarlo en el Instituto de Estudios Nucleares de Chica. Naturalmente no deberá mencionar sus intenciones respecto a las zonas prohibidas.

—Eso es evidente, vuestra sabiduría.—Se levantó—. Le agradezco su cortesía y su amable actitud y deseo que el Consejo de Antiguos sea liberal en este caso.

Una vez más, en cuanto se fue Arvardan, el primer ministro mostró su capacidad para el cambio. Permaneció largo rato en paralizado estado mental.

Dos meses...

Dos meses era el tiempo programado antes del día. Los "proyectiles espaciales" no estarían listos hasta entonces... Y las fuerzas de la galaxia parecían estar convergiendo: el agente T, ese arqueólogo, el traidor Shekt.. .

La Tierra. . . , contra toda la galaxia.

Las manos del primer ministro temblaban ligeramente.

11 "... Sudesagablepersona~

Durante el medio año transcurrido desde el día en el que el sinapficador del doctor Shekt fuera usado con Joseph Schwartz (o el agente T, depende del punto de vista), el ffsico había experimentado un cambio total. No mucho en el aspecto ffsico, aunque quizás estaba un poco más encorvado, una pizca más delgado. El cambio estaba en su forma de ser: abstraída, temerosa. Vivía en comunión interna, apartado incluso de sus colegas más allegados, y de ese estado sa~a con una desgana evidente para el observador más ciego.

Arvardan, lógicamente, no tenía oportunidad de comparar su estado con el del Shekt anterior y, en consecuencia, juzgó la actitud del otro hombre por lo que aparentaba ser: rudeza abrupta y extraña.

En la antesala del piso cuidadosamente oscurecido, se sintió turbado, era un intruso obviamente mal recibido. Meditó sus palabras.

—Jamás habría soñado en imponerle mis deseos hasta el punto de visitar su hogar, doctor, de no haber sido porque el procurador me advirtió de su gran amabilidad respecto a los ciudadanos de la ga-

involuntario, miró detrás de él. La ca;~le estaba desierta. Empezó a levantar la mano para echar los estúpidos garabatos por la ventanilla, vaciló y metió el papel en el bolsillo de su chaleco.

Indudablemente, si el arqueólogo hubiera tenido una sola cosa que hacer esa noche, aparte de lo que los garabatos sugenan, ese habría sido el final de todo..., y quizá de varios billones de personas. Pero en realidad Arvardan no tenía nada que hacer. . .

A las ocho en punto se hallaba avanzando lentamente formando parte de una larga cola de vehículos de superficie a lo largo de la ruta que al parecer conducía al Gran Teatro. Sólo había preguntado una vez y el transeúnte le había mirado con recelo (tal parecía que ningún extranjero quedaba libre de aquella sospecha tan arraigada) antes de responderle "Limítese a seguir a los demás vehículos".

Al parecer, todos los vehículos iban al teatro, ya que al llegar al lugar vio que las enormes fauces del aparcamiento subterráneo los iban devorando uno tras otro. Se salió de la hilera y llegó lentamente al otro lado del teatro, a fin de esperar no sabía qué.

Una silueta delgada salió corriendo de la rampa para peatones y se pegó a la ventanilla. Arvardan miró fijamente al recién llegado, sorprendido, pero el otro ya había abierto la puerta y se había introducido rápidamente en el vehículo.

—Le agradecería una explicación—dijo el arqueólogo.

{)h, silencio.—El otro se acurrucó en el asiento—. ¿Le han seguido?

—¿Tenían que seguirme?

—No se haga el gracioso. Avance en línea recta. Gire cuando se lo diga... ¡Dios mío!, ¿a qué espera?

El tono era de soprano. La capucha bajada hasta los hombros dejó ver un cabello castano claro. Unos ojos azules se alzaron hacia el científico.

—Adelante—ordenó categóricamente la mujer.

Arvardan obedeció y durante un cuarto de hora, aparte de alguna orden en apagada pero brusca voz, la desconocida no dijo nada. El arqueólogo le lanzó furtivas miradas y pensó con repentino deleite que era guapa..., pero ella no tenía ojos para otra cosa que no fuera la carretera.

Y no dejaba de mirar hacia atrás.

Detuvieron el coche, o lo hizo Arvardan, siguiendo las instrucciones de la mujer: en una esquina de un barrio residencial despoblado. Después de una pausa precautoria, la mujer le indicó que siguiera adelante y se adentraron despacio en un camino de acceso que acababa en la suave rampa de un garaje particular.

La puerta se cerró en cuanto entraron y la luz del vehículo fue la única fuente de iluminación.

—Ahora escúcheme bien -ijo ella con voz grave—. No creo que alguien nos haya seguido, pero si oye algún ruido, abráceme muy fuerte y. . ., y... ya sabe.

Arvardan asintió seriamente.

{Ireo que podré improvisar sin problemas. ¿Es necesario aguardar algún ruido?

La mujer se ruborizó.

—No bromeo. Es un truco para evitar sospechas sobre nuestras intenciones reales. Usted debe~a entenderlo.

Arvardan, desesperado, dejó caer las manos en su regazo y arrugó una comisura de su labio.

—Mi querida señorita, le juro que no entiendo nada. No estoy familiarizado con las costumbres de la Tierra y si aquí se considera normal que una joven sea tan agresiva en sus atenciones amorosas, suponiendo que se trate de eso, espero que perdone mi ignorancia y me explique exactamente qué desea.

La mujer suspiró bruscamente y sus ojos se oscurecieron de orgullo.

—Está comportándose de una forma muy odiosa, y en cuanto hayamos terminado aquí pienso despedazarlo. . . Mientras tanto, deje de disimular. Sé que usted es agente imperial.

—¿Yo?—repuso Arvardan con súbito vigor.

—Naturalmente. Por eso le he traído aquí. Ellos no conocen este lugar y desconocen mi existencia.

—¿Quiénes son "ellos"?

—Los Antiguos, por supuesto. No le culpo por no confiar en mí, pero piénselo bien. Tiene que confiar en alguien, y yo soy la persona idónea, ¿no? Estoy jugándome la vida para sostener esta conversación con usted.

Arvardan la miró con curiosidad. De pronto le parecía muy joven, tal vez aún no había cumplido los veintiuno, pero era más que guapa. Notó que estaba derivando hacia asuntos secundarios y volvió al tema central.

—¿Puedo pensarlo?—dijo en voz suave—. Se trata de una decisión terriblemente importante, este asunto de confiar en la gente, ¿no le parece?

La joven asintió.

—Bien, le doy quince minutos, aunque el tiempo es muy importante. Al cabo de ese tiempo deberá haber tomado la decisión de confiar en mí... No diré una sola palabra.

Cruzó las manos en su regazo y fijó la mirada al frente, más allá del parabrisas que sólo dejaba ver la pared lisa del garaje.

El arqueólogo la contempló a su antojo. La suave hnea de la barbiDa contradecía el esfuerzo de firrneza a que eUa la forzaba, y su nariz era recta y fina. Su tez poseía el rico viso tan característico en la Tierra. . . y, no obstante, sus facciones carecían de los rasgos grotescos tan famosos en la caricaturas de terrestres hechas en Sirio.

Arvardan notó que eDa estaba mirándole por el rabiDo del ojo. La joven se apresuró a corregir su gesto y miró de nuevo al frente... antes de volver los ojos con tímida curiosidad.

—¿Qué ocurre?—dijo el científico.

Ella se volvió hacia Arvardan y se mordió el labio inferior.

—Estaba mirándole.

—Sí, ya lo he notado. ¿Tengo una mancha en la nariz?

—Ah-ah.—Su cabeDo pareáa flotar y revolotear suavemente en cuanto movía la cabeza—. Aparte del procurador, usted es el primer hombre de la galaxia que conozco..., y él siempre va envuelto en tanta ropa de plomo que parece un saco de patatas.

—¿Soy distinto?

—Oh, sí... ¿No teme la radiactividad del ambiente? Viste ropa ordinaria.

—Bien, igual que usted..., con la excepción de que su ropa tiene un aspecto magnífico cuando usted la viste.

Aparecieron hoyuelos en las mejillas de la joven.

—Naá aquí. Pero creía que los galácticos eran distintos.

—Pues bien, no son tan distintos como supone. No creo que la radiactividad sea tan peligrosa: todavía no me siento enfermo. No se me está cayendo el pelo.—Le dio un tirón—. No tengo el estómago encogido y seguramente tendré hijos algún día, si lo intento en la forma correcta.

Pronunció gravemente la última frase y los ojos de la joven se entrecerraron para mirarle. Después ella se echó a reír.

—Está loco.

—Hum. Le sorprendería saber cuántos arqueólogos inteligentes y famosos han dicho lo mismo. . ., y además en largos discursos.

—Bien, está loco. No se parece a los terrestres.

—Ustedes siempre dicen eso. ¿Por qué soy distinto?

—Es cordial. Los terrestres siempre recelan.

—Eh, alto, eso es adulación simplona. No puede engañar a un viejo zorro como yo. Aún no he dicho que confíe en usted.

—Ah, lo hará—y la mujer asintió confiadamente—, porque si no pensara hacerlo no seguía sentado aquí.

—¿Opina que tengo que hacer grandes esfuerzos para seguir sentado a su lado? Si es así, se equivoca, ¿sabe? Además, yo podría tener el muy astuto plan de sonsacarle todos sus secretos sin delatarme.

—¿Por qué? No soy enemiga de usted, ni del Imperio.

—¿Pero cómo puedo saber eso? Tal vez sea agente enemiga, preparando todo para atraparme con su maléfico encanto. ¿Qué me dice de eso?

La joven recobró su aire altanero.

—No soy ese tipo de mujer.

—Su aspecto indica lo contrario. Aunque las agentes enemigas seductoras siempre se fingen inocentes. Esos son sus maliciosos métodos.

La altanería desapareció y la joven dejó escapar una risita.

—Usted está loco en todos los sentidos.—Y acto seguido fue toda actividad—. En fin, los quince minutos han pasado. ¿Está dispuesto a confiar en mí?

—Bien.. .—Arvardan enarcó las cejas, apoyó uno de sus morenos brazos en el mecanismo de conducción y observó pensativamente a la mujer—. No comprendo cómo puedo responder si ni siquiera sé quién es usted. ¿Cómo se Dama?

La joven quedó boquiabierta.

—¡Oh, no, no se lo he dicho!

—No, es cierto. Y naturalmente eso me hace pensar que no confiaba en mí. La confianza ha de ser mutua.

—Pero usted me vio en casa del doctor Shekt.

—Vi un destello de ropas rojas, creo, pero nada más. ¿Era usted?

Ella asintió.

—Ajá. Soy hija del doctor Shekt. Me Dama Poh Shekt.

—Bien. Yo soy Bel Arvardan. ¿Qué tal, Pola?—Tendió una mano en la que desapareció momentáneamente la de la mujer y hubo un serio apretón de manos—. No tendré que Damarla señorita Shekt, ¿eh?—Pola arrugó la frente—. ¿Lo preferiría?—Arvardan hizo una mueca—. Creo que eso sena espantoso, ¿usted no?

—Pues llámeme Pola. ¿Debo llamarlo Bel?

—No respondo a otro nombre, ¿sabe?

—¿Estamos Listos para entrar en materia?

—En cualquier clase de materia—dijo él con fervor.

ELLA le sonrió, y con el brillo de la sonrisa, Arvardan experimentó de pronto un extraño tipo de shock eléctrico que afectaba órganos internos de existencia desconocida para él.

—Ahora explíquemelo todo—dijo.

—Bien, desconozco cuánto sabe usted. siendo agente imperial, pero de todas formas puedo explicarle una cosa. El destino de la galaxia entera está en juego. Estoy convencida.

El primer impulso de Arvardan fue echarse a reír. Ella hablaba muy en serio, y el melodrama brotaba con suma dulzura de sus la-

bios. Y entre el impulso y el acto, el arqueólogo recordó algunos detalles. Las insinuaciones vagas y amenazadoras de Ennius, el odio y la mortífera animosidad de los viajeros del avión cuando conocieron su origen galáctico, el primer ministro y sus recelos, el doctor Shekt y su rareza... Arvardan resolvió no reír, al menos durante un rato.

—Adelante—dijo con aire solemne—. Explíqueme los detalles.

—La Tierra va a sublevarse.

La voz de Pola se redujo a un apagado susurro.

Arvardan no pudo resistirse a un instante de diversión.

—¡No!—exclamó, con los ojos muy abiertos—. ¿La Tierra entera?

Pero Pola mostró en su mirada una furia instantánea.

—Mire, no sea tan chistoso. Esto es muy serio, porque podría destruir todo el Imperio.

—¿La Tierra hará todo eso?—Arvardan contuvo un estallido de risa y añadió suavemente—: Pola, ¿qué tal va su galactografía?

—Tan bien como la de cualquiera, maestro, y de todas formas, ¿qué tiene que ver eso?

—Tiene mucho que ver. La galaxia tiene un volumen de varios millones de años-luz cúbicos. Contiene dos millones de planetas habitados y una población aproximada de quinientos mil billones de personas. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí.

—Bien, la Tierra es un solo planeta, con una población de veinte millones y además sin recursos. En otras palabras, hay veinticinco mil millones de ciudadanos galácticos por terrestre... ¿Qué daño puede causar la Tierra?

—¿Está seguro?—Durante un momento la joven pareció sumida en dudas, pero se recuperó—. Pues es la verdad. Mi padre está convencido, y él está bien informado.

—La Tierra se ha sublevado otras veces—le recordó Arvardan—. Tres veces... y no causó en especial ningún daño.

—Esta vez es distinto.

—Querida mía—dijo Arvardan. Casi por sí sola, su mano se había extendido para tocar la mejilla de la joven de un modo no demasiado fraternal, pero el arqueólogo desvió el curso y se tiró de la oreja—. Querida mía, admito que la entrevista es fascinante. Posee elementos de misterio, intriga y, sobre todo, una conversadora preciosa. Pero no comprendo qué trata de decirme.

—¡Oh!—exclamó ella—. Creo que no está saliendo tal como lo planeé. Pensaba que si usted era agente imperial estaría al corriente de casi todo y podríamos trabajar juntos..., con mi padre.

—¿Su padre?—inquirió secamente Arvardan—. ¿Se refiere al doctor Shekt, tan ansioso de verme que no me dejó pasar de la puerta de su casa?

—No podía—dijo seriamente Pola—. ¿No lo comprende? El primer ministro lo ha estado vigilando y siguiéndolo desde hace meses y mi padre no se atrevió a hablar con usted. ¿Por qué supone que le he hecho venir aquí? Me lo dijo mi padre, él preparó todo.

—Ah... Bien, ¿dónde está él, pues? ¿Aquí?

—¿Han dado las diez?

—Sí.

—Entonces debe de estar arriba..., si no b han atrapado.—Miró alrededor estremeciéndose involuntariamente—. Podemos entrar en la casa por el mismo garaje y usted vendrá conmigo. . .

Tenía ya la mano en el botón que controlaba la puerta del coche cuando se quedó inmóvil. Su voz fue un susurro ronco.

—Viene alguien... Oh, deprisa...

Las demás palabras quedaron apagadas. Arvardan no tuvo problema alguno para recordar la orden inicial de la joven. Sus brazos la rodearon con naturalidad y de inmediato Pola estuvo cordial y blanda contra su cuerpo. Los labios de ella temblaron sobre los del arqueólogo. Durante cerca de diez segundos Arvardan forzó los ojos al máximo para ver el primer rayo de luz o escuchar el primer paso, pero después se sintió anegado y barrido por la dulzura de la situación. Pasó bastante rato antes de que ella se separara y ambos descansaron un instante mientras mantenían unidas sus mejillas.

—Debe de haber sido un ruido del tráfico—dijo Arvardan con ensoñador deleite.

—Lo supongo—murmuró ella, y de pronto se apartó, se arregló

el pelo y retocó el cuello de su vestido con gestos formales y precisos—. Creo que será mejor entrar ahora en la casa. Apague las luces del coche. Tengo una pequeña linterna.

Arvardan bajó del vehículo después que Pola y en la oscuridad ella le pareció una sombra sutilísima con la pequeña mancha de luz que brotaba de la linterna.

—Será mejor que me dé la mano—dijo Pola—. Tenemos que subir una escalera.

—Ahora no se oye ningún ruido, ¿verdad Pola?—La voz del arqueólogo era un susurro detrás de la joven—. Si sirve de algo, yo mismo haré algún ruido.

Pola se detuvo y dio media vuelta. Arvardan no podía verla, pero captó la deliciosa altanería de su voz.

—Oh, no piense que usted puede conseguirlo todo, doctor Arvardan. Casualmente yo no oí ningún ruido antes.

Y la joven se dispuso a seguir subiendo, pero la mano de Arvardan la retuvo con fuerza.

—Bien, en ese caso. ..—dijo seriamente Arvardan.

Y Pola tardó unos instantes en responder, con una voz rara, sofocada.

—Ha conseguido que se me caiga la linterna.

Estaba en el suelo, en un minúsculo charco de luz. El arqueólogo la recogió y la mantuvo enfocada un momento sobre la ruborizada cara de Pola.

—Supongo que cree haber hecho algo muy ingenioso.

—Muy ingenioso—replicó tranquilamente Arvardan—. Y muy agradable.

—Oh, venga, por favor.

Pero mientras subía la escalera, al abrigo de la oscuridad, Pola sonreía.

12 Las posibilidades en contra que se esfumaron

Se reunieron en una habitación interior del segundo piso de la casa, con las ventanas cuidadosamente polarizadas para lograr opacidad total. Pola permaneció abajo, alerta y con los ojos bien abiertos, sentada en un sillón desde el que podía vigilar la calle, oscura y

desierta en esos momentos.

La encorvada figura de Shekt tenía un aspecto distinto del que Arvardan había observado diez horas antes. El semblante del físico continuaba ojeroso, infinitamente cansado, pero los rasgos anteriores de aparente incertidumbre y timidez se habían transformado en un gesto de feroz desafío.

—Doctor Arvardan—dijo, y su voz era firme—, debo pedirle excusas por el tratamiento que le ofrecí esta mañana. Esperaba que usted lo entendería...

—Debo admitir que no lo entendí, caballero, pero ahora es distinto.

Shekt tomó asiento ante la mesa y señaló la botella de vino. Arvardan agitó la mano en gesto de disculpa.

—Si no le importa, comeré un poco de fruta... ¿Qué es esto? No creo haber visto algo parecido.

—Es una variedad de naranja—dijo Shekt—. Supongo que no crece fuera de la Tierra. La corteza se quita fácilmente.

Hizo una demostración y el arqueólogo, después de oler con curiosidad la fruta, hincó los dientes en la pulpa vinosa. Lanzó una exclamación.

—¡Caramba, es deliciosa, doctor Shekt! ¿Nunca han intentado exportar estos productos?

—Los Antiguos no gustan de comerciar con el exterior—dijo sombríamente el físico—. Del mismo modo que nuestros vecinos no gustan de comerciar con nosotros. Es un simple aspecto de nuestras dificultades en la Tierra.

Y Arvardan se sintió abrumado por un brusco espasmo de furia.

—Lo más estúpido que he oído. Se lo aseguro, casi pierdo la esperanza en la inteligencia humana cuando veo lo que hay en las mentes de los hombres.

Shekt se alzó de hombros. Tenía tras de sí una vida entera de tolerancia.

Me temo que forma parte del problema casi insoluble del anti-terrestrismo.

—Si es casi insoluble—replicó con energía el arqueólogo—se debe a que nadie parece desear soluciones. ¿Cuántos terrestres res-

ponden a la situación odiando sin discriminación a todos los ciudadanos galácticos? ¿Desean igualdad, tolerancia mutua?... No. Sólo desean tener su ocasión como mandamases.

—Es posible—dijo tristemente Shekt—. Pero se trata de un efecto simplemente superficial. Denos la oportunidad y crecerá una generación de humanos igual que cualquier otra. Los integracionistas, con su tolerancia y su creencia en el carácter universal de la humanidad, más de una vez han tenido fuerza en la Tierra. Yo soy integracionista. Pero la organización está en manos de IQS zelotes, es decir, los nacionalistas radicales con sus sueños de dominio pasado y dominio futuro. Lo que precisa el Imperio es justamente protección contra ellos.

Arvardan frunció el ceño en gesto de hastío.

—¿La revolución de que hablaba Pola?

—Doctor Arvardan—dijo Shekt en tono grave—, no es sumamente fácil convencer a una persona de la posibilidad aparentemente ridícula de que la Tierra conquiste la galaxia, pero es cierto. Físicamente no valgo nada y tengo muchas ganas de vivir. Imagine pues la crisis inmensa que debe existir ahora para que me vea forzado a correr el riesgo de cometer un acto de traición con los ojos de la administración local puestos ya sobre mi persona.

—Bien—respondió Arvardan—, si el asunto va en serio, será mejor que le diga una cosa ahora mismo. No soy agente imperial. No tengo relación alguna con el gobierno imperial. Soy exactamente lo que parezco ser: un arqueólogo al mando de una expedición científica relacionada únicamente con mis intereses personales. Estoy seguro de que para este asunto, le sería más práctico ver al procurador.

—Eso es precisamente lo que no puedo hacer, doctor Arvardan. Los Antiguos me vigilan para evitar que tal cosa se produzca. Cuando se presentó usted en mi casa, pensé que podía ser un intermediario. Que él sospechaba.

—Tal vez sospecha..., no se lo puedo asegurar. Pero no soy un intermediario. Lo siento.

—Sin embargo, está aquí y es ciudadano del Imperio. Puede visitar al procurador más tarde.

En su semblante había una expresión de infinita súplica.

de que se encontraba hablando con un paranoico entrado en años y excéntrico, quizás inofensivo pero completamente chiflado. A pesar de todo, Arvardan seguía alh. El arqueólogo no analizó sus motivos, aunque un observador malicioso habría sospechado que unos mechones de cabello castaño claro y unos ojos azules, por entonces en otra habitación, podían ser parte de la explicación.

En cualquier caso, Arvardan se recostó en su silla.

—Bien, el riesgo lo corre usted. Yo le ayudaré si puedo, pero no le prometo nada.

—Escúcheme con atención. Es lo único que pido. Doctor Arvardan, ¿ha oído hablar de mi sinapsificador?

—El procurador lo mencionó. Por lo demás, no sé nada.

—¿Y qué dijo el procurador?

—Que era un fracaso interesante, ideado para mejorar la capacidad de aprender, creo.

Shekt mostró su enfado.

—Sí, sin duda alguna Ennius opina que el invento es un fracaso. Ésa es la publicidad que se le dio, y de los resultados francamente buenos no se ha dicho nada... deliberadamente.

—Hum. Una muestra bastante anormal de ética científica, doctor Shekt.

—Lo admito. Pero tengo cincuenta y seis años, caballero, y si sabe algo sobre las costumbres de la Tierra, sabrá que no me queda mucha vida por delante.

—Según he leído, se hacen excepciones, entre otras personas, con científicos notables.

—Desde luego. Pero eso lo dicen el primer ministro y el Consejo de Antiguos, y no hay posibilidad de apelar contra sus decisiones, ni siquiera el emperador puede hacerlo. Se me comunicó que el precio de mi vida era guardar el secreto del sinapsificador y esforzarme en mejorarlo.

—El físico extendió las manos en señal de desesperación—. ¿Cómo iba a saber entonces el resultado, el uso que le darían a la máquina?

—¿Y qué uso es ése?

Arvardan sacó un cigarrillo de la cajetilla que guardaba en la camisa y ofreció otro al físico, que lo rechazó.

—Aguarde un momento, por favor... Después de que mis experimentos llegaron hasta al punto en el que consideré que el instrumento podía emplearse con seres humanos sin arriesgar sus vidas, ciertos biólogos de la Tierra recibieron tratamiento, uno a uno. En todos los casos se trataba de hombres que yo sabía simpatizaban con los zelotes, con los extremistas, quiero decir. Todos sobrevivieron, si bien hubo efectos secundarios al cabo de un tiempo. Finalmente, volvieron a traer a uno de esos hombres. No pude salvarlo, pero mientras deliraba..., averigué la verdad...

Casi era medianoche. La jornada había sido larga y habían pasado muchas cosas. Pero algo empezaba a agitarse en el interior de Arvardan.

—Me gustana que fuera al grano—se limitó a decir.

—Le ruego paciencia. Debo darle una explicación lo más completa posible para que me crea. Lógicamente usted conoce el medio ambiente especial de la Tierra, su radiactividad. . .

—Sí, tengo buenos conocimientos al respecto.

—Y el efecto de esa radiactividad en los terrestres.

—Sí.

—En ese caso no me explayaré en el tema. Sólo preciso decir que la incidencia de las mutaciones en la Tierra es mayor que en el resto de la galaxia. De modo que la idea de nuestros enemigos, que los íerrestres somos distintos, posee cierta base de verdad física. De hecho, las mutaciones son poco importantes y en su gran mayoría carecen de potencial de supervivencia. Si algún cambio permanente se ha producido entre los terrestres es únicamente en ciertos aspectos de los procesos químicos internos, cambio que permite mostrar mayor resistencia al medio ambiente particular, mayor resistencia a la radiación, curación más rápida de los tejidos dañados...

—Doctor Shekt, estoy familiarizado con todo lo que dice.

—¿Y no ha pensado nunca que esos procesos de mutación ocurren en otras especies vivientes de la Tierra además de la humana?

Se produjo un breve silencio antes de que Arvardan contestara.

—Pues no, no lo había pensado, aunque, ya que lo menciona lógicamente es algo inevitable.

—Exacto. Está ocurriendo. Nuestros animales domésticos existen en variedad muy superior a la de cualquier otro mundo habitado. La naranja que ha comido es una variedad mutada que no se halla en

ningún otro sitio. Por ese motivo, entre otros, la naranja es tan inaceptable para las exportaciones. Los extranjeros recelan de las naranjas del mismo modo que recelan de nosotros..., y nosotros las protegemos como propiedades valiosas peculiares de nuestro planeta. Y, desde luego, lo que es de aplicación a plantas y animales tiene igualmente validez para la vida microscópica.

Y Arvardan sintió en ese momento la fina punzada del miedo.

—¿Se refiere a. . . las bacterias?—dijo.

—Me refiero al dominio de la vida primitiva. Protozoos, bacterias, y las proteínas autorreproductoras que algunas personas denominan virus.

—¿Qué trata de decir?

—Creo que usted tiene alguna noción al respecto, doctor Arvardan. De pronto parece muy interesado. Mire, entre ustedes los galácticos existe la creencia de que los terrestres son portadores de muerte, que relacionarse con un terrestre equivale a morir que los terrestres son portadores de desgracia, que poseen una especie de ojo maléfico...

—Estoy enterado de todo eso. Simple superstición.

—No del todo. Esa es la parte molesta. Como todas las creencias comunes, a pesar de su superstición, distorsión o falsedad, ésta posee en el fondo algo de verdad. Verá, algunas veces un terrestre lleva en

82

1

83

su organismo una forma mutada de parásito microscópico que no guarda parecido con los conocidos en otros lugares y al que los extranjeros no son especialmente resistentes. Lo que sigue es pura biología, doctor Arvardan.

El arqueólogo guardó silencio.

—Por supuesto, también nosotros padecemos las consecuencias de vez en cuando—prosiguió Shekt—. Una nueva especie de germen logra salir de las nieblas radiactivas y una epidemia asola el planeta, pero los terrestres, en general, no han quedado a la zaga. Para todas y cada una de las variedades de ~ermenes y virus elaboramos generación tras generación nuestras defensas y sobrevivimos. Los extranjeros no tienen esa oportunidad.

—¿Pretende decir—intervino Arvardan, con una sensación raramente vaga—que el contacto con usted ahora mismo. . . ?

Echó hacia atrás su silla.

Shekt sacudió la cabeza.

—Naturalmente que no. Nosotros no creamos la enfermedad, simplemente, en condiciones muy desfavorables, somos portadores de ella. Si yo viviera en su planeta, doctor, sería un portador del germen tanto como usted. E incluso aquí, sólo uno de cada mil billones de gérmenes, o uno entre un cuatrillón es peligroso. La probabilidad de que usted se contagie ahora mismo es inferior a la que tiene un meteorito para atravesar el techo de esta casa y caer sobre usted... A menos que los gérmenes en cuestión sean buscados, aislados y concentrados deliberadamente.

De nuevo se hizo el silencio, pero más prolongado esta vez.

—¿Han estado haciendo eso?—preguntó Arvardan con voz apagada.

—Sí. Por razones inocentes. . . al principio. Lógicamente, nuestros biólogos sienten especial interés por las peculiaridades de la vida terrestre, y no hace mucho aislaron el virus de la fiebre común.

—¿Qué es la fiebre común?

—Una enfermedad endémica benigna típica de la Tierra. Es decir, siempre nos acompaña. Casi todos los terrestres la padecen en su infancia y sus síntomas son excesivamente graves. Fiebre moderada, erupciones transitorias e hinchazón de las articulaciones, junto con una molesta sensación de sed. Completa su ciclo en un período de cuatro a seis días y a partir de entonces quedamos inmunizados. Yo la tuve. Igual que Pola. Sin embargo, ocasionalmente, algún miembro de la guarnición imperial se contagia y es normal que fallezca antes de doce horas. Después le entierran los terrestres, ya que cualquier soldado que se acercara moriría también.

“El virus, como decía, fue aislado hace diez años. Se trata de una nucleoproteína, como casi todos los virus filtrables, que no obstante posee la notable propiedad de contener una concentración anormalmente elevada de carbono radiactivo y nitrógeno. Al decir anormalmente elevada me refiero al cincuenta por ciento. Se supone que los efectos del organismo sobre su huésped se deben más a sus radiaciones que a sus toxinas. Naturalmente, parece lógico que los terrestres, adaptados a la radiación gamma, sufran tan sólo trastornos ligeros. El interés inicial por el virus se basó en el método que le permitía concentrar los isótopos radiactivos. Como usted sabe, ningún medio químico puede separar isótopos, como tampoco puede hacerlo ningún organismo conocido..., pero la dirección de la investigación cambió.

“Seré breve, doctor Arvardan. Creo que ya imagina el resto.

Podían efectuarse experimentos con animales extraterrestres, pero no con hombres extranjeros. El número de éstos en la Tierra era escaso, no podía tolerarse que varios desaparecieran sin dejar rastro. Y tampoco podía tolerarse que los descubrieran antes de tiempo. En consecuencia, mandaron a un grupo de bacteriólogos al sinapsificador para que volvieran con inteligencias muy desarrolladas. Ellos fueron los que idearon un nuevo enfoque matemático de la química de la proteína y la inmunología, que finalmente les permitió formar una cadena artificial de virus con el propósito de afectar tan sólo a seres humanos galácticos. Actualmente existen toneladas de virus cristalizado.

Arvardan se sentía consumido. Notó que las gotas de sudor resbalaban perezosamente por sus sienes y sus mejillas.

—En ese caso está diciéndome—comentó en tono ronco—que la Tierra pretende dejar suelto este virus en la galaxia, que van a iniciar una gigantesca guerra bacteriológica...

—Una guerra que nosotros no podemos perder y que ustedes no pueden ganar. Exacto. Una vez iniciada la epidemia, millones de personas morirán a diario y nada podrá contenerla. Los que impulsados por el pánico huyan en naves espaciales serán portadores del virus, y si alguien intenta hacer estallar planetas enteros, siempre será posible iniciar de nuevo la epidemia en nuevos centros. No existirá motivo alguno para relacionar el problema con la Tierra. Cuando nuestra supervivencia empiece a ser sospechosa, el estrago habrá progresado tanto, la desesperación de los galácticos será tan honda que nada les importará.

—¿Y todos morirán?

El horror impresionante no calaba: no podía hacerlo.

—Tal vez no. Nuestra nueva ciencia bacteriológica sirve en ambos sentidos. También tenemos la antitoxina y los medios para producirla. Podría usarse en caso de rendición temprana.

En la horrible negrura que siguió, la voz de Shekt sonó débil y fatigada. Durante esa negrura Arvardan no pensó ni por un momento en dudar respecto a la veracidad de cuanto había escuchado, la horrible verdad que de un solo golpe anulaba las posibilidades en contra de veinticinco mil millones contra uno.

—No es la Tierra la que está haciendo esto. Un puñado de líderes, depravados por la presión gigantesca que los excluyó de la galaxia, que odian a quienes los dejaron fuera, que desean como locos devolver el golpe cueste lo que cueste. . .
“En cuanto empiecen, la Tierra tendrá que seguirlos. ¿Qué otra cosa podrá hacer? Por su tremenda sensación de culpabilidad, tendrá

que concluir la tarea empezada. ¿Podrá tolerar que sobreviva gran parte de la galaxia y arriesgarse al castigo? Y de todas formas, ¿puede evitarlo? Seguramente algunos rincones apartados se salvarán, otros podrían estar inmunizados... Suficientes personas para recordar el odio eterno que se producirá, y para vengarse.

“Y yo, antes que extraterrestre, soy hombre. ¿Deben morir billones en provecho de millones? ¿Debe derrumbarse una civilización extendida por la galaxia en provecho del resentimiento de un planeta, por muy justificado que esté? ¿Y quedaremos en mejor situación gracias a eso? La fuerza de la galaxia seguirá residiendo en los mundos dotados de los recursos necesarios..., y nosotros no tenemos recursos. Incluso es posible que los terrestres gobiernen en Trantor durante una generación, pero sus hijos serán trantorianos y a su vez despreciarán a los que permanezcan en la Tierra.

“Y además, ¿qué ventaja hay para la humanidad si cambia la tiranía de la galaxia por la tiranía de la Tierra? No, no, debe haber una salida para todos los hombres, un camino hacia la justicia y la libertad.

Sus manos se alzaron hasta su cara y la cabeza de Shekt se mecía suavemente tras los nudosos dedos.

Arvardan lo había escuchado todo sumido en una niebla de estupor.

—No hay traición en lo que usted ha hecho, doctor Shekt—murmuró—. Al contrario, veo en usted la unidad de la raza humana. ¿Cómo podemos impedir esto? ¿Cómo?

Se oyó ruido de pasos acelerados, una cara asustada entró de pronto en la habitación y la puerta quedó abierta.

—Padre. . . Vienen hombres por el camino de acceso.

El doctor Shekt palideció.

—Deprisa, doctor Arvardan, por el garaje. —Estaba dándole violentos empujones—. Vaya a ver a Ennius. Cuénteles todo esto. Llévase a Pola, y no se preocupe por mí. Yo los frenaré.

Pero un hombre ataviado con una túnica verde les aguardaba cuando se volvieron. Esbozaba una sonrisa apenas visible y empuñaba, como si tal cosa, un látigo neurónico, el arma que aturdió con el máximo dolor posible. Se oyó un estruendo de punetazos en la puerta principal, algo que se derrumbaba y ruido de pies moviéndose pesadamente.

—Es el secretario del primer ministro—murmuró el desesperado

doctor Shekt.

—Cierto.—El hombre de la túnica verde avanzó. Y casi se ha salido con la suya. Pero sólo casi... Hum, una mujer también. Poco discreto. . . Y nuestro amigo imperial, el inocente arqueólogo.

—Soy ciudadano galáctico—dijo con firmeza Arvardan—y niego su derecho a detenerme, o lo que es igual, a entrar en esta casa sin autoridad legal.

—Yo—y el secretario tocó suavemente su pecho con la mano desocupada—soy todo el derecho y la autoridad de este planeta..., y antes de un mes, tal vez de la galaxia... Ya los hemos cogido a todos, incluso al agente T.

—¿El agente T?—preguntó llanamente Arvardan.

—El hombre que se hace llamar Joseph Schwartz. También él está detenido, y le está esperando.

Lo último que vio Arvardan fue una sonrisa que se hacía más amplia..., y el destello del látigo. Se desplomó y perdió el conocimiento después de una llamarada carmesí de dolor.

INTERMEDIO

Y de este modo, como ya se explicó con anterioridad, ambos extremos se unen en el centro. Hemos seguido primero a Joseph Schwartz y después a Bel Arvardan y ambos ahora acaban unidos. En realidad la situación que comparten no es cómoda, puesto que la reunión tiene lugar en condiciones más bien desesperadas para los dos.

Sin embargo, queda la tercera parte en la que nos ocuparemos de la reunión y seguiremos los restantes hechos, que interesan por igual y simultáneamente a ambos personajes.

En consecuencia, el diagrama de este relato podría ser el siguiente:

Tierra

1947 A. C.

.

| Sirio, |
L-G |

Primera parte 1200 ~ / segunda parte
Joseph Schwartz \ / Bel Arvardan
(a través del tiempo) \<~ (a través del espacio)

Tierra,
827 E. G.

Tercera parte
Joseph Schwartz y
Bel Arvardan

Por tanto, como ven, he hecho la narración partiendo de ambos extremos en dirección al centro, como prometí.

El motivo de tratar el tema con tanto detalle, supongo, es que casi todos los autores tienen necesidad de explicar la estructura física de sus relatos, algo distinto de pormenores secundarios como argumentos y clímax. Finalmente, he dado satisfacción a dicha necesidad. Fascinante, ¿no les parece?

3a PARTE:
JOSEPH SCHWARTZ Y BEL ARVARDAN

13 Coalescencia

De momento, Schwartz descansaba nerviosamente en el duro banco de una de las salas subterráneas del edificio correccional de Chica.

El "Edificio", como se lo denominaba normalmente, era el gran símbolo del poder local del primer ministro y su camarilla. Alzaba su tétrica sombra en una elevación angulosa y rocosa que oscurecía los barracones imperiales situados en las cercanías, del mismo modo que su sombra se aferraba al malhechor terrestre mucho más que la autoridad no ejercida del Imperio.

Entre sus paredes, más de un terrestre en siglos pasados había aguardado el juicio previsto para los que falsificaban o no cumplían los cupos de producción, los que vivían más años que los legales o silenciaban los delitos de otras personas o los acusados de tentativa de subversión del gobierno local. De vez en cuando, si los prejuicios locales de la justicia terrestre resultaban especialmente ilógicos para el gobierno imperial de la época, el procurador podía anular una condena, aunque ello derivaba en insurrecciones o, como mínimo, alborotos violentos.

Normalmente, si el Consejo solicitaba la pena de muerte, el procurador accedía.

Desde luego, Joseph Schwartz no sabía nada de esto. Para él el conocimiento se reducía a una pequeña habitación con las paredes impregnadas de una luminosidad francamente débil y un mobiliario formado por dos duros bancos y una mesa, más una cavidad en la pared que hacía las veces de lavabo y retrete al mismo tiempo. No

había ventanas para echar una ojeada al cielo y la corriente de aire que llegaba a la habitación por el pozo de ventilación apenas era perceptible.

Schwartz se acarició el cabello que circundaba su calva y se irguió con aire desconsolado. Su tentativa de huida a ninguna parte (¿en qué lugar de la Tierra iba a estar a salvo?) había sido breve, nada fácil y había terminado allí.

Sin duda alguna había sido una tentativa estúpida e inútil. . .

88

Pero sabía tan poco sobre aquel mundo horrible... Marcharse de noche o a campo través le habría enmarañado en misterios, le habría lanzado hacia el peligro de los focos radiactivos de los que él no sabía nada... Y por eso, con el arrojo de la persona que no tiene elección, había iniciado la marcha por la autopista en pleno mediodía.

En ningún momento olvidó la existencia de aquel contacto menial enemigo que durante seis meses había estado vigilándole..., y que le siguió en su huida. Jamás vio a persona alguna. En realidad no se atrevía a mirar, a volver la cabeza, a demostrar que distaba mucho de sentirse tranquilo. Porque al principio, cuando miró y trató de eliminar al hombre que le seguía, el contacto mental sufrió un cambio sutil. De la simple amenaza pasó a la precaución, de la precaución a la duda. . . , y Schwartz supo que su Némesis estaba armada, que si él, Joseph, demostraba saber que se hallaba en peligro, le abatirían en vez de permitirle huir...

Por eso siguió andando, sabiendo que seguía dentro del radio de acción de un arma mortífera. Su espalda permaneció rígida a la espera de algún peligro desconocido. ¿Qué se siente al morir? ¿Qué se siente al morir?... Ese pensamiento iba dándole empujones, siguiendo el compás de sus pasos, daba tumbos en su cerebro, reía tontamente en su subconsciencia hasta que se hizo insoportable.

Se dirigió hacia el borde cubierto de hierba de la autopista. Había descendido un declive suave y casi un kilómetro de terreno se extendía en dirección ascendente hasta terminar abruptamente con su color verde y gris recortado sobre el fondo del cielo. ¿Había una interrupción en la campina, allí arriba? ¿Sería un rasgo nuevo y mortífero del contacto mental? ¿Estaban levantando un arma? ¿Estaban apuntándole?

Chilló al vacío que contemplaba, agitó los brazos con furia.

—¡Déjame en paz, por favor! ¿Qué te he hecho yo?... ¡Vete!... ¡Vete!

Concluyó con un quebrado aullido, con la frente acanalada por el odio y el miedo a la criatura que le acechaba y la mente rebosante de hostilidad. Sus pensamientos se lanzaron contra el contacto mental para tratar de eludir su pegajosidad, para librarse de su aliento. . .

Y el contacto mental desapareció. De pronto, desapareció por completo. Schwartz captó momentáneamente un dolor abrumador, no en él, sino en el otro..., y luego nada: ningún contacto mental. Había desaparecido como la presa de un puño que pierde fuerza y queda inerte.

Schwartz aguardó largo rato...

Nada. .., ningún contacto mental...

Se volvió y siguió andando. El contacto mental no reapareció.

De vez en cuando pasaba algún vehículo. Ninguno se detuvo para recogerle, y Schwartz se alegró de ello. Durmió al aire libre aquella primera noche y la mañana siguiente llegó a las afueras de Chica.

!
l

Fue un error.

Schwartz se excusó por todo de muchas formas mientras permanecía sentado en la dureza del banco de la celda. Él era hombre de ciudad. Había estado en Chica una vez, mientras que el resto de la Tierra le resultaba totalmente extraño. Podía perderse en el anonimato de las multitudes. Incluso podía conseguir un empleo. . .

Pero fue un error, a pesar de todo.

Llegó a primeras horas de la mañana y el movimiento de la muchedumbre era escaso y esporádico, pero aun así los contactos mentales por primera vez eran numerosos, detalle que le sorprendió y confundió.

¡Cuántos! Algunos suaves y difusos, otros agudos e intensos: hombres que pasaban con minúsculas explosiones en sus mentes, otros con nada dentro del cráneo excepto quizás una suave reflexión sobre el desayuno recién completado.

Al principio, Schwartz volvía la cabeza y daba un brinco en cuanto alguien pasaba cerca, al considerar a todos contactos personales. Pero antes de una hora aprendió a no hacerles caso.

Escuchó palabras que jamás había oído en la granja, frases raras, espectrales, inconexas y fustigadas por el viento, muy distantes, muy distantes... Y con ellas, emociones vivas y espeluznantes y otros

detalles sutiles que es imposible describir, de tal modo que el mundo era un panorama de vida en ebuDición visible tan sólo para Schwartz.

Descubrió que podía penetrar en los edificios mientras caminaba, proyectar su mente como si la tuviera cogida con una correa, algo capaz de escurrirse por rendijas invisibles a simple vista y extraer la esencia de los pensamientos más recónditos de las personas.

Se detuvo ante un edificio enorme con fachada de piedra, ya que allí se encontraba un lejano contacto mental que podía significar empleo para él. Estaban solicitando trabajadores... Justo en ese instante, Schwartz descubrió que estaba hambriento.

Entró en el edificio, donde no tardó en ser ignorado por todos los presentes. No había tenido oportunidad de leer el lenguaje de aque-
¡Ua nueva Tierra, sólo había aprendido a hablarlo y entenderlo, de modo que los letreros de orientación carecían de significado para él. Tocó el hombro de alg-uen.

—¿Dónde debo solicitar empleo, por favor?

—¡En aqueDa puerta!

El contacto mental que le llegó rebosaba de ;irritación y recelo.

Se metió por la puerta que le habían indicado y encontró al tipo delgado del mentón puntiagudo que le lanzó una andanada de preguntas y manejaba la máquina clasificadora en la que tecleaba las respuestas.

Schwartz tartamudeó mentiras y verdades con igual indecisión.

Pero, por fin, el administrativo empezó con clara indiferencia. Las preguntas se sucedieron con rapidez.

—Edad... ¿Cincuenta y dos? Hum. Estado filnico... Casado... Cuántos hijos... Experiencia... ¿Ha trabajado con productos texti-

les?... Bien, ¿de qué clase?... ¿Termoplásticos?... ¿Elastómeros?... ¿Qué quiere decir eso de que cree que con todos?... ¿Con quién trabajó la última vez?... Deletree el nombre... No es de Chicago, ¿verdad?... ¿Dónde están sus documentos?... ¿Cuál es su número de registro?...

Schwartz estaba retrocediendo. No había previsto ese final al principio. Y el contacto mental del hombre que estaba ante él había cambiado. Reflejaba recelo hasta el punto de no ver nada más, y también precaución. Había una capa superficial de dulzura y compañerismo, tan delgada y ocultando tan poco la animosidad que resultaba más peligrosa que cualquier otro rasgo.

—Creo—dijo Schwartz, muy nervioso—que no estoy capacitado para este trabajo.

—No, no, vuelva.—Y el administrativo le hizo gestos para que se acercara—. Tenemos algo para usted. Déjeme mirar en estos archivos.

Estaba sonriendo, pero su contacto mental era más claro y más hostil todavía.

Había apretado un botón de su escritorio...

Schwartz, súbitamente dominado por el pánico, se lanzó hacia la puerta.

—¡Cogedlo!—gritó el empleado al instante mientras abandonaba a toda prisa su escritorio.

Schwartz atacó al contacto mental, lo golpeó violentamente con su pensamiento y escuchó un gemido a su espalda. Miró con rapidez por encima del hombro. El administrativo se encontraba sentado en el suelo, con el rostro contraído y las sienes hundidas en las palmas de las manos. Otro hombre se inclinó sobre él, y tras un gesto de apremio, se lanzó hacia Schwartz, que no esperó ni un momento más.

Salió por fin a la calle, sabedor ya de que debía existir una orden de búsqueda y captura y que habrían difundido su descripción personal, y sabiendo igualmente que el empleado, como mínimo, le había reconocido.

Echó a correr y dobló esquinas sin ver siquiera por dónde iba. Atrajo la atención, más todavía a esa hora, ya que las calles estaban cada vez más llenas de gente... Recelo, recelo por todas partes, recelo porque él estaba corriendo, recelo porque su ropa estaba arrugada y no era de su talla, recelo porque su cara parecía tener pelos, pelos pequeños y grises. ..

Schwartz dejó escapar un quejido al captar ese pensamiento en bastantes contactos mentales. Al parecer ninguno de aquellos hombres nuevos tenían pelos en la cara. Arbin no disponía de material para afeitado y Schwartz había tenido que improvisar el suyo con una especie de cortador de acero... Pero, ¿dónde se afeitaba ahora? Y si no se afeitaba, la barba le delataría.

Dada la multiplicidad de contactos mentales y la confusión causada por su miedo y su desespero, Schwartz no podía identificar a los 1, enemigos verdaderos, aquellos que no sólo reflejaban recelo sino

;

í

también certidumbre..., y por ello no pudo darse cuenta de la presencia del látigo neurónico.

Sólo sintió un dolor espantoso, que llegó como el silbido de un latigazo y perduró como si le hubiera caído una roca encima. Durante algunos instantes se deslizó cuesta abajo por la pendiente de la agonia, antes de adentrarse en la oscuridad.

Y ahora estaba sentado en el banco de la celda con su mente proyectada y percibiendo únicamente peligro y muerte.

La puerta se abrió y Schwartz se puso en pie al instante, rígido a causa del miedo. Sus rodillas y caderas le produjeron una punzada de dolor al erguirse, y estuvo a punto de desplomarse.

Era un hombre con uniforme verde y con un objeto metálico en una mano, un objeto que Schwartz sabía que era peligroso.

—Acompañeme.

Schwartz fue tras el desconocido sin dejar de especular. Había detenido al primer individuo que lo siguió en la carretera de Chica. Casi había dejado sin conocimiento al administrativo aquella mañana. ¿Con cuántos podría enfrentarse?... Sería preferible aguardar, antes del último y definitivo esfuerzo.

Le hicieron pasar a una habitación muy espaciosa. El guardián cerró la puerta al marcharse y se situó al otro lado.

Schwartz miró alrededor.

—Acérquese, Joseph Schwartz.

Había una tarima en el otro extremo de la habitación, como el estrado de los jueces en la sala del tribunal. En un alto sillón de complejo diseño se hallaba sentado el hombre con larga túnica verde que acababa de hablar.

Schwartz se acercó muy despacio y reparó en primer lugar en los dos hombres y la mujer joven que ocupaban sencillas sillas de madera con brazos y piernas extrañamente rígidos.

—¿Reconoce a estas personas, Joseph Schwartz?—preguntó el hombre de la túnica.

Schwartz los contempló y señaló a uno de ellos.

—A éste lo vi una vez

Había señalado a Shekt.

—Lo sometí a tratamiento con el sinapsificador—repuso en tono de hastío el físico—. Y ese fue el único contacto que tuve con él. Usted lo sabe. Protesto por este. . .

—¡Silencio! ¿Qué dice usted, doctor Arvardan?

—Nunca lo había visto—fue la réplica breve y hostil.

—Eso ya lo veremos dentro de un rato—fue la siniestra respuesta.

14 Caída en la desesperación

El secretario contempló a las cuatro personas que tenía ante él con brutal sensación de satisfacción. Su propósito era ignorar a la mujer, pero por lo demás la cosecha había sido fabulosa. Allí estaba el traidor terrestre, el agente imperial y la misteriosa criatura que habían estado vigilando durante medio año. Era dudoso que en un caso tan urgente y crucial alguien de menor peso en las filas enemigas supiera lo suficiente para constituir un peligro.

En realidad quedaba Ennius, y el Imperio. Los brazos de éstos—en la persona de espías y traidores, estaban maniatados, pero restaba una mente activa en alguna parte. . ., quizá para enviar otros brazos.

El secretario se inclinó hacia delante con las manos cruzadas y habló en tono rápido y suave.

—Es preciso dejar las cosas totalmente claras. Hay guerra entre la Tierra y la galaxia, todavía no declarada, pero guerra a pesar de todo. Ustedes son nuestros prisioneros y serán tratados como corresponde dadas las circunstancias. Como es natural, la pena justa es la muerte...

—Sólo en el caso de guerra legítima y declarada—le interrumpió enérgicamente Arvardan.

—¿Guerra legítima?—se burló el secretario—. ¿Qué significa guerra legítima? La Tierra siempre ha estado en guerra con la galaxia, con menciones diplomáticas del hecho o sin ellas.

—No se excite—susurró Shekt a Arvardan—. Déjelo hablar. No estamos en situación de discutir.

Arvardan notó que la vida empezaba a cosquillear en las puntas

de sus dedos. Movi6 el brazo con un esfuerzo gigantesco que provoc6 sudor en su frente..., pero consigui6 tocar el codo de Pola. La joven no lo not6, de eso no hubo duda. Pero al cabo de unos instantes vio el brazo del arque6logo y lo mir6 y le sonri6 d6bilmente, sin m6s destello en sus ojos que el provocado por la aprensi6n. Arvardan trat6 de reflejar 6nimo en su expresi6n, y fracas6... Estaba hablando el secretario.

—Como iba diciendo, todas las vidas aqu6 presentes est6n condenadas, pero a pesar de todo es posible comprarlas. ¿Les interesa el precio?

Shekt lo mir6 un momento.

—¿Qu6 est6 proponiendo?

—Esto. Es obvio que la noticia de nuestros planes se ha filtrado. No es dif6cil entender c6mo lleg6 al doctor Shekt, pero c6mo lleg6 al Imperio es un hecho misterioso. Nos gustar6 saber, por tanto, qu6 sabe exactamente el Imperio. ¿Qu6 opina, Arvardan?

—Soy arque6logo—repuso categor6icamente el aludido—. No tengo la menor idea sobre qu6 sabe el Imperio..., aunque confio en que sepan mucho.

—Eso supongo. Bien, tal vez cambie de opini6n. Piensen, todos ustedes.

En el transcurso de la conversaci6n Schwartz no cooper6 de ning6n modo, como tampoco alz6 los ojos.

El secretario aguard6 un rato, y despu6s intervino con cierta brusquedad.

—En ese caso ser6 yo el que fije el precio por la falta de cooperaci6n de todos ustedes. El doctor Shekt y la joven, su hija, que por desgracia est6 involucrada terriblemente, son ciudadanos de la Tierra. Dadas las circunstancias, ser6 muy conveniente someterlos al sinapsificador. ¿Me entiende, doctor Shekt?

Los ojos del f6sico eran balsas de horror puro.

—S6, veo que me entiende—dijo el secretario—. Naturalmente es posible que el sinapsificador da6e los tejidos cerebrales el tiempo suficiente para crear un imbecil sin cerebro. Se trata de un estado sumamente desagradable en el que alguien deber6 darles de comer o morir6n de hambre, asearles o vivir inmersos en suciedad, recluirles o ser siempre un estudio de horror para todas las personas que les vean. Podr6a ser una lecci6n para otros en el gran d6a que se avecina.

El secretario se dirigió a Arvardan, que pugnaba con furioso vigor por elevar sus brazos sin poderlos levantar demasiado.

—En cuanto a usted y a su amigo Schwartz, son ciudadanos imperiales y, por tanto, apropiados para un interesante experimento. Nunca hemos probado el virus de fiebre concenirada con ustedes perros galácticos. Sería interesante demostrar la corrección de nuestros cálculos... Una dosis pequeña, claro, a fin de que la muerte no sea instantánea. La enfermedad avanzará hacia lo inevitable durante un período de una semana, si diluimos la inyección correctamente. Será muy penoso.

Hizo una pausa y los observó con los ojos entrecerrados.

—Tal es la alternativa a unas cuantas palabras bien elegidas ahora mismo... Y Arvardan, no crea que liberarse de la parálisis le servirá de algo. Estoy armado y tengo en la calle medio ejército que entrará en acción en cuanto usted abandone su asiento.

Arvardan se recostó, con el semblante rojo como un ladrillo a causa del esfuerzo y la frustración.

—¿Cómo sabemos—murmuró el doctor Shekt—que de todos modos no nos matará si consigue lo que quiere de nosotros?

—Tiene mi promesa de que morirán de una forma horrible si se niegan. Tendrán que arriesgarse. ¿Qué dicen?

—¿No podemos disponer de algún tiempo?

—¿Tiempo? Naturalmente. Disponen de dos horas.

El secretario, en la plenitud de su poder, vomitó las palabras con el mismo gesto con el que habn'a arrojado un hueso a un perro.

—¿Podemos permanecer juntos?

—¿Por qué no?—Y el secretario esbozó una sonrisa tétrica—. Con la vigilancia conveniente al otro lado de la puerta y otra ración de parálisis, creo que ninguno intentará hacer tonterías... Y—agregó después de pensar un momento—h chica vendrá conmigo, para asegurarme de las buenas intenciones de ustedes.

La sala en que los dejaron era evidentemente un lugar empleado para asambleas de varios cientos de personas. Dado su tamaño, los prisioneros se sintieron perdidos y solitarios. Ya no había nada que decir. La garganta de Arvardan ardía secamente y el arqueólogo no dejaba de mover la cabeza de un lado a otro con vano desasosiego. Los ojos de Shekt estaban cerrados y sus labios se veían descoloridos y estrujados.

Schwartz permaneció aparte. Su estado de apatía era total. No había hecho un solo gesto de resistencia, ni siquiera cuando apretaron a sus brazos y piernas las varillas marrones; primero había percibido un cosquilleo en sus miembros y después perdió el dominio sobre ellos. Los contactos mentales de los otros dos hombres reposaban con suavidad en él, y Schwartz los agitó con sumo cuidado.

—Shekt—musitó furiosamente Arvarda;—. Shekt, vamos, hom-

—¿Qué?... ¿Qué?...

—¿Qué hace? ¿Piensadormirse? ¡Piense,hombre, piense!

—¿Por qué? ¿Qué tengo que pensar?

—¿Quién es ese Joseph Schwartz?

—¿No me cree, usted? Me lo trajeron para someterlo a tratamiento con el sinapsificador, y así lo hice. No sé nada más.

—Pero en ese caso, ¿por qué? ¿Por qué pasó por el tratamiento?

—Arvardan notó suavisimas agitaciones en su interior—. Podría ser agente imperial.

—¿Y si lo es? Fíjese en él. Está tan indefenso como nosotros... Si le diéramos una explicación de común acuerdo, ellos tal vez aguardarían y podríamos...

Los labios del arqueólogo se fruncieron.

—Vivir, quiere decir. ¿Con la galaxia muerta y la civilización en ruinas? ¿Vivir? Yo preferiría morir.

—Estoy pensando en Pola—murmuró Shekt.

—Yo también—dijo Arvardan—, ¿pero qué hay que hacer? No deje que sus esperanzas le enganen. En ningún caso viviremos.—Y acto seguido, como si quisiera huir de aquella idea, huir a cualquier parte exclamó—: ¡Usted! ¡Como se llame! ¡Schwartz!

Ei aludido alzó la cabeza y dejó que su mirada vagara hacia el otro hombre. No respondió.

—¿Quién es usted?—preguntó Arvardan—. ¿Cómo se metió en este lío? ¿Qué papel ha desempeñado?

Y con esa pregunta, la injusticia de la situación sobrecogió a Schwartz. La unocencia de su pasado y el infinito horror del presente estallaron en su interior, y por ese motivo su réplica fue furiosa.

—¿Yo? ¿Que cómo me meeb en este lío? Escuche, soy un don nadie. Soy un hombre honrado, un sastre acostumbrado a trabajar duro, hasta que me jubilé, y nunca molesté a nadie. No hice daño a nadie, trabajé duro, me preocupé por mi familia... Y entonces, sin ningún motivo, sin ningún motivo... Llegué aquí.

—¿A Chica?—inquirió Arvardan.

—¡No, no a Chica!—gritó Schwartz en salvaje tono de ironía—. Llegué a este mundo totalmente destrozado... ¡Oh, qué me importa si me cree o no! Mi mundo está en el pasado. Mi mundo tenía tierra, comida y dos mil millones de habitantes, y era el único mundo.

Arvardan guardó silencio ante aquel ataque verbal. Miró a Shekt.

—¿Entiende lo que dice?

—¿Se ha fijado?—repuso Shekt, ligeramente extrañado—. Tiene vello en la eara.

—Cierto—dijo Schwartz con aire desafiante—, y tengo muela del juicio y un apéndice vermicular... Y ojalá tuviera una cola que enseñarles. Procedo del pasado. He viajado en el tiempo... Y ahora déjenme en paz—concluyó casi sollozando.

Los dos eientíficos se miraron un momento. Arvardan bajó la voz.

—Loco, supongo. No le culpo.

—Es extraño... Ahora recuerdo las fisuras de su cerebro. Eran primitivas, muy primitivas.

Arvardan reflejaba asombro.

—¿Pretende decir que...? ¡Oh, vamos, es imposible!

—Siempre lo supuse.—En ese momento la voz de Shekt era una pálida imitación de la normalidad, como si el surgimiento de un problema científico hubiera conectado su mente al surco indefinido y objetivo en el que los problemas personales desaparecen—. Se calculó la energía precisa para desplazar materia a lo largo del eje del tiempo y se llegó a un valor mayor que el infinito, por lo que el proyecto siempre ha sido considerado imposible. Pero otros han hablado de la posibilidad de "fallas temporales", análogas a las geológicas, ya me entiende... Han desaparecido naves espaciales, por ejemplo, prácticamente a la luz del día. Existe el famoso caso de Hor Dervalow, hace mucho tiempo, que entró en casa un día y jamás volvió a salir, y tampoco estaba dentro. Y hay un planeta, que apa-

rece en los libros de galactografía del siglo pasado, que fue visitado por tres expediciones. Los expedicionarios regresaron con descripciones completas. . . , y jamás ha sido visto otra vez.

“También hay ciertos avances de la química nuclear que parecen negar la ley de conservación de la energía. Se ha intentado explicar eso postulando la fuga de cierta cantidad de masa a lo largo del eje temporal. Los núcleos de uranio, por ejemplo, combinados con cobre y bario en una proporción pequerúsima pero concreta, bajo la influencia de suaves radiaciones gamma crean un sistema resonante. . .

—Espere.—Arvardan frunció el ceño vivamente—. No importa todo eso. No hay tiempo. Déjeme hacerle algunas preguntas... Oiga, Schwartz.

El aludido alzó la cabeza otra vez.

—Su mundo. . . , ¿era el único de la galaxia?

—Schwartz asintió.

—Pero ustedes simplemente lo pensaban. Pretendo decir que no conocían el viaje espacial y, en consecuencia, no podían comprobarlo.

—No.

—¿Y conocían la energía atómica?

—Teníamos una bomba atómica... Uranio... Supongo que por eso es radiactivo este planeta. Debió de producirse una guerra después de que yo me fuera... con bombas atómicas.

—Todo encaja hasta el momento—murmuró Arvardan, muy tenso—. De acuerdo. Tendrían un idioma, supongo.

—Muchos idiomas.

—¿Cuál empleaba usted?

—El inglés.

—Bien, diga algo en ese idioma.

Durante seis meses o más Schwartz no había pronunciado una sola palabra en inglés. Pero en ese momento lo hizo con cariño y muy despacio.

—Quiero volver a mi hogar y estar con los míos.

Arvardan miró a Shekt.

—¿Usó ese idioma cuando pasó por el sinapsificador?

—No podría asegurarlo—dijo Shekt, perplejo—. Sonidos extraños entonces y sonidos extraños ahora. ¿Cómo puedo relacionarlos?

—Bien, no tiene importancia... ¿Cómo se dice “madre” en su idioma, Schwartz?

El aludido pronunció la palabra.

—Ajá. Y ahora diga “padre”..., “hermano”..., “uno”..., me refiero a los numerales, “dos”, “tres”..., “fuego”..., “mano”...

Las preguntas continuaron y la expresión de Arvardan, cuando se detuvo para tomar aliento, era de perplejidad y admiración.

—Shekt dijo—, o este hombre es auténtico o soy víctima de la pesadilla más loca que se puede imaginar. Habla un idioma prácticamente igual al de las inscripciones descubiertas en los estratos de cincuenta mil años de antigüedad de Sirio, Arturo, Alfa Centauro y otros veinte sectores.

—¿Está seguro?

—¿Seguro? Naturalmente que sí. Soy arqueólogo. Mi trabajo consiste en saber esas cosas. He traducido el idioma antiguo durante años y aquí hay un hombre que lo habla.

Durante unos instantes Schwartz sintió que se agrietaba su armadura de retraimiento. Por primera vez creía recobrar la individualidad perdida. El misterio había concluido. Él era un hombre del pasado..., y aquellos hombres lo aceptaban. Ello probaba su cordura, anulaba para siempre aquella duda inquietante, y Schwartz se alegró. .. Y, sin embargo, se mantuvo retraído.

Era el turno de preguntas de Shekt, y el físico las formuló vorazmente .

—¿Ha notado efectos nocivos a consecuencia del sinapsificador?

Schwartz desconocía el término, pero captó el pensamiento de Shekt.

—No ~ijo.

—Veo que después de eso aprendió con rapidez nuestro lenguaje. ¿No le pareció anormal?

—Siempre he tenido buena memoria—fue la fría respuesta.

—Así pues, no se siente distinto a como era antes del tratamiento.

7. (viento~ paralelo~

—Exacto.

Los ojos del doctor Shekt estaban clavados en Schwartz.

—¿Qué estoy pensando?—le dijo rápidamente.

Y totalmente asombrado Schwartz respondió:

—Eso puedo saberlo...—Se interrumpió bruscamente—. ¿Cómo lo ha sabido?

Pero Shekt ya no le dedicaba su atención. Había vuelto su rostro, pálido e indefenso, hacia Arvardan.

—Él es capaz de captar los pensamientos, Arvardan... Cuántas cosas podría hacer con él. Y estar aquí... Sin poder hacer nada.

—¿Qué. . . , qué. . . , qué. . . ?—tartamudeó Arvardan.

—¡Schwartz puede leer el pensamiento! Ha sido una de mis preocupaciones desde que trajeron a aquel hombre..., Arvardan, ¿recuerda el bacteriólogo del que le hablé, el que falleció a consecuencia de los efectos del sinapsificador? Uno de los primeros síntomas de deterioro mental fue su afirmación de que podía leer el pensamiento... Y podía. Lo averigué antes de que muriera. Ha sido mi secreto. No he hablado de ello con nadie..., pero es posible, Arvardan, es posible. Mire, al disminuir la resistencia de las neuronas cerebrales, el cerebro puede captar los campos magnéticos incluidos por las microcorrientes de los pensamientos de otras personas y reconvertirlos en vibraciones similares... Es el mismo principio que el de la grabadora ordinaria. Sería telepatía en todos los sentidos del término. . .

Schwartz mantenía un silencio obstinado y hostil cuando Arvardan volvió lentamente la cabeza para mirarlo.

—¿Está seguro, Shekt? Podríamos aprovecharnos de eso. ¿Es cierto, Schwartz?—La mente del arqueólogo era un torbellino calculando imposibilidades—. Debe haber una solución. Debe haber una solución.

Pero Schwartz reaccionó con frialdad al tumulto del contacto mental que percibía con tanta claridad.

—Para mí, es posible. Yo seré valioso para ellos.

—¡Para ellos! —exclamó Arvardan, con enorme aversión—. ¿Qué está diciendo?

—Estoy diciendo que soy terrestre y usted extranjero. Esíá claro, ¿no?

Ya lo había dicho, y Schwartz se alegró.

Arvardan tardó tiempo en comprenderlo, y en cuanto lo hizo se revolvió, otra vez en vano, contra la parálisis que lo inmovilizaba. Schwartz captó la oscura amenaza del contacto mental, que yacía como una mano sobre su mente. Dio un “empujón” a esa manta con un talante casi salvaje y obtuvo el premio de ver el repentino respingo de dolor en el semblante de Arvardan.

—Yo he hecho eso—le dijo—. ¿Quiere más?

Arvardan se calmó.

—Pero los terrestres también quieren acabar con usted.

Poco a poco Schwartz había ido haciendo acopio de furia. Durante una hora había estado quieto, pensando. Durante una hora los recuerdos de su juventud habían vuelto, recuerdos que no había rememorado hacía años. La extraña amalgama de pasado y presente provocó finalmente su indignación. Pero habló con calma, conteniéndose.

—Ellos quieren matarme porque creen que soy uno de ustedes, eso es todo. Supongo que a ustedes los consideran culpables. Supongo que ustedes piensan que es un delito que un pueblo oprimido y pequeño trate de derrocar a los tiranos. ¿No tienen una galaxia para ustedes solos, con todas las estrellas del cielo para sus juegos? ¿También les hace falta la Tierra? Los terrestres no son bien recibidos en ninguno de sus planetas. ¿No pueden concederles al menos los restos de la Tierra?

—Habla igual que un zelote—comentó Arvardan despreciativamente.

Schwartz ardió aún más al oír el comentario.

—Oh, sí, usted es un magnífico ejemplo de los productos que nos manda la galaxia. Es tolerante y su buen corazón es una maravilla, y se admira a sí mismo porque es capaz de tratar al doctor Shekt de igual a igual. Pero en el fondo, aunque no tan en el fondo para que yo no lo vea con claridad en su mente, se siente incómodo en su compañía. No le gusta la forma de hablar del doctor, no le gusta su aspecto

ffsico. En realidad no le gusta Shekt. aunque él quisiera traicionar a la Tierra... Y hace poco besó a una mujer terrestre y considera eso como una debilidad. Se avergüenza de ello...

Arvardan había luchado en vano contra el torrente de palabras y en ese momento se contuvo, con la cara enrojecida y la boca abierta.

Schwartz miró a Shekt con incontenida furia.

—¿Y usted qué pretende? El miedo a la muerte se aferra a su mente, apesta a miedo, su contacto mental está lleno de miedo a la muerte... ¿Piensa que eludirá el Sesenta traicionando a su planeta, que seguirá viviendo sobre los cadáveres de sus compatriotas?

Pero Shekt le hizo frente en ese momento, con la dignidad resultante de la desesperación total.

—Si es capaz de leer los pensamientos, investigue los míos. ¡Hágalo! ¡Investigue a fondo! Encuentre algo deshonesto si es que puede. Compruebe si no es cierto que yo podría haberme salvado del Sesenta cooperando con los locos que dejarán en ruinas la gaiaxia. Compruebe si no es cierto que voy a perder la vida por oponerme a ellos... Y compruebe si tengo algún deseo de causar dano a la Tierra y a los terrestres.

Estas palabras frenaron a Schwartz, ya que en tales asuntos era imposible engañarlo. La mente de Shekt estaba abierta ante él, y para Schwartz los pensamientos eran pruebas indisputables. Era imposible que una mentira no dejara su inevitable huella de mezcolanza y confusión.

Y Shekt no mentó.

Eli'sico siguió hablando, con sus fatigados ojos cerrados.

—Usted puede leer el pensamiento. ¿Ha investigado los pensamientos del primer ministro? ¿De su secretario? ¿Qué sabe de sus planes?

—Una sublevación—dijo de mala gana Schwartz—. Lucharán por sus derechos. Hay gérmenes de por medio.

—¡Gérmenes!—recalcó con amargura Shekt—. ¿Sabe cuántas personas morirán?—Schwartz no contestó—. Creo que ya lo sabe. No crea en mí, si quiere, pero analice los pensamientos del secretario cuando vuelva. Tal vez sea demasiado tarde. Si usted conserva la vida, vivirá en una galaxia en ruinas, con una humanidad en ruinas. Tal vez es eso lo que desea.

—No, no.

Todo estaba claro. Incluso el contacto mental del secretario parecía haberse aclarado ahora, de repente. Anteriormente, Schwartz había creído percibir un himno de aversión a la galaxia. Los detalles eran vagos, no había prestado la suficiente atención. Pero ahora. ..

Estaba hablando Arvardan.

—Muy bien, Schwartz, míreme. Lea mis pensamientos. Nací en Baronn, sector de Sirio. Creé en un ambiente de antiterrestrismo, por fuerza he de tener imperfecciones e ideas alocadas en las raíces de mi subconsciencia. Pero observe la superficie y dígame si alguna vez desde que cumplí los trece años he sido intolerante en algún aspecto.

“;Schwartz, usted no conoce nuestra historia! No sabe nada de los miles y decenas de miles de años de extensión del hombre por toda la galaxia, las guerras y la miseria que se produjeron. No sabe nada de los primeros siglos del Imperio, cuando aún había simple confusión y alternaban el despotismo y el caos. Nuestro gobierno galáctico sólo ha sido representativo en los últimos doscientos años. Bajo su dirección, los diversos planetas tienen autonomía cultural, se les permite poseer gobiernos propios, tener voz en el gobierno común.

“En ninguna época de la historia ha estado la humanidad tan a salvo de la guerra y la pobreza como está ahora, en ninguna época han sido tan brillantes sus perspectivas de futuro... ¿Y quiere que unos cuantos megalomaniacos destruyan todo eso?

“Las quejas de la Tierra son legítimas y, si la galaxia vive, se resolverán algún día. Pero lo que estos megalomaniacos harán ahora no soluciona nada, es simplemente la caída en la desesperación.

Schwartz se sentía impresionado. Tantos mundos que morirían, que se emponzoñarían y desharían a causa de una enfermedad terrible... ¿Era él realmente un terrestre? ¿Simplemente un terrestre? En su juventud había panido de Europa rumbo a los Estados Unidos. ¿No era el mismo hombre a pesar de eso? Y si después los hombres habían abandonado una Tierra desgarrada y herida rumbo a los mundos espaciales, ¿acaso eran menos terrestres? “¿Acaso la galaxia no es mía también?”, pensó Schwartz. Todos, todos los galácticos descendían de él y de sus hermanos...

—Les apoyo. ¿Puedo hacer algo?

1(~

—¿Hasta qué distancia puede contactar con una mente?—preguntó ansiosamente Arvardan, con suma precipitación, como si temiera que el otro pudiera cambiar de idea súbitamente.

—No lo sé... Hay mentes afuera. Guardianes, supongo.

—¿Puede llegar hasta Pola. ..., la joven que estuvo aquí?

—No sé cómo es su contacto—explicó Schwartz, casi con timidez.

Detestaba revelar sus limitaciones.

—Bien, búsquela—rogó Arvardan—. Vea si puede encontrar algo que sea conocido.

Se produjo un largo silencio durante el que los dos científicos devoraron a Schwartz con la mirada. Arvardan siguió tratando de moverse. El hormigueo de sus piernas podía significar el regreso de vida.

Y, de pronto, se oyó en la suave quietud la voz baja y tensa de Schwartz.

—Creo que puede ser ella... Miedo y enojo... Es una mente femenina, estoy seguro. Parece..., parece tener rasgos femeninos.

—Alzó la cabeza—. No sé explicarlo.

—¿Está viva?—preguntó angustiado Shekt—. ¿Está herida?

—No percibo ningún dolor. Ah..., es ella. Está pensando en usted, doctor Shekt, y...—Permaneció atónito un momento antes de mirar a Arvardan—. Usted no es pariente de ella, ¿verdad?

Arvardan movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Amigo íntimo?

Arvardan vaciló.

—La conocí ayer por la noche .

Schwartz pareció prestar atención y después se alzó de hombros. No hizo más comentarios, pero Arvardan notó que el corazón le latía con fuerza al pensar en las implicaciones de aquel silencio. Avergonzado de besar a Pola, ja. Si tan sólo consiguiera salir de ese embrollo. Si tan sólo pudieran vivir. Él, Bel Arvardan, daría una lección a aquel cara peluda que era Schwartz...

—¿Qué hay del secretario, el hombre que nos ha dejado aquí?

—preguntó .

Una pausa muy larga, diez minutos que se prolongaron insufriblemente .

—Las mentes de ustedes me obstaculizan—dijo Schwartz—. No me vigilen. Piensen en otra cosa.

Lo intentaron. Otra pausa.

—No..., no puedo..., no puedo.

Arvardan luchó con sus pies. Ya podía moverlos un poco, aunque cualquier movimiento le producía una punzada de dolor casi insoponible.

—¿Puede causar mucho daño a una persona?—inquirió—. Me refiero a lo que hizo conrigo hace un rato.

—Puedo dejar sin conocimiento a un hombre.

—¿Cómo lo hace?

—No lo sé. Simplemente lo hago. Es..., es como si...—Schwartz reflejó una desesperación casi cómica en su esfuerzo por explicar lo inexplicable.

—¿Puede atacar a más de una persona al mismo tiempo?

—Nunca lo he probado. . . Tal vez no.

Intervino Shekt.

—¿Está pensando en atacar al secretario cuando regrese, Arvardan?

—¿Por qué no?

—¿Cómo saldremos? Aunque sorprendamos solo al secretario y lo matemos, y no creo que Schwartz sea capaz de eso, hay cientos de hombres esperándonos afuera.—Y con un alarido casi salvaje agregó—: ¡Es inútil, se lo aseguro!

—Ya lo tengo—intervino quedamente Schwartz.

—¿A quién?—preguntaron los dos científicos al mismo tiempo.

—Al secretario. Es su contacto mental, lo sé.

—No lo pierda.

Arvardan casi dio una vuelta completa al tratar de urgir a Schwartz..., y cayó de la silla, de tal forma que quedó tendido en el suelo con una pierna medio paralizada moviéndose inútilmente a fin de actuar como palanca para levantar su cuerpo.

—Vacíele la cabeza. Obtenga toda la información posible.

Schwartz se esforzó hasta que empezó a dolerle la cabeza. Hasta ese momento los contactos mentales Llegaban a él, no él a ellos. No había podido eludirlos. Pero ahora tuvo que cerrar los puños, arañar con los zarcillos de su mente, a ciegas, con torpeza, igual que un niño de meses que extiende sus dedos, unos dedos que aún no sabe utilizar, hacia un objeto que no puede tocar. Con grandes esfuerzos, Schwartz captó jirones.

—¡Triunfo! Él está seguro de los resultados... Algo sobre proyectiles espaciales... Los ha activado... No, no los ha activado. . . Es otra cosa. . . Le complacen los proyectiles espaciales. . .

—¿Qué son esos proyectiles espaciales?—inquirió Arvardan.

—No lo sé—gimió Schwartz—. Hay proyectiles espaciales en sus pensamientos... No capto la imagen... Esperen, esperen... Naves pequeñas.. ., naves pequeñas sin tripulación... No veo nada más.

Shekt lanzó un gruñido.

—¿No lo comprendes, Arvardan? Son misikes guiados automáticamente para transportar el virus. . . Apuntados a diversos planetas. . .

—Pero ¿dónde los guardan? —insistió Arvardan—. Busque, hombre, busque...

—Hay un edificio. No..., no lo veo bien... Cinco puntas..., una estrella. . ., y Sloo...

—Ya está—intervino de nuevo Shekt—. ¡Por todas las estrellas de la galaxia, ya está! El templo de Senloo. Está rodeado por bolsas radiactivas. Nadie irá nunca allí excepto los Antiguos. ¿Está en un río, Schwartz?

—Sl..., Si. . ., Si. . .

—¿Cuándo, Schwartz, cuándo?

—No veo el día, pero pronto. . ., pronto. . . La mente del secretario bulle con esa idea. . . Será muy pronto.

También la cabeza de Schwartz pareía bullir a causa del esfuerzo.

Arvardan se sentía agotado y febrilento cuando por fin logró apoyarse en manos y rodillas, pese a que tanto unas como otras temblaban y cedían bajo el peso del cuerpo.

—Schwartz, atiéndame—le instó—. Quiero que haga una cosa.

Pero Schwartz estaba tartamudeando.

—Se acerca... Viene hacia aquí... Y va a ordenar que nos manten. . . Tiene esa idea fija en lo más profundo de su mente...

Su voz se apagó e interrumpió en el momento en el que se abría la puerta.

Y entonces Arvardan se sintió muy, muy desesperado.

.

,

;

l

t

l

15 ¡Duelo!. . . con y sin arnas

El secretario habló en tono fno y burlón.

—¡Doctor Arvardan! ¿No ser~a preferible que volviera a su asiento?

Arvardan alzó los ojos para mirarlo, consciente de la cruel indignidad de su postura, pero no había nada que responder y no respondió. Poco a poco sus doloridas extremidades fueron levantándolo del suelo. Aguardó donde estaba, respirando con dificultad y esperando ansiosamente un retraso. Si sus piernas pudieran girar un poco más, si pudiera lanzarse, si pudiera asustar al fn'o maniaco y obLigarb a usar el arma. . .

No era el látigo neurónico el arma que pendía suavemente del cinto liso y reluciente que sujetaba la túnica del secretario. Era un desintegrador de considerable tamaño capaz de despedazar en átomos a una persona en un instante dado, una muerte rápida totalmente insensible para la víctima.

Fue extraño que en ese momento los pensamientos en Pola se aferraran a él, extraño que él tuviera tantos deseos de vivir...

—Todos tienen peor aspecto pese a mi ausencia... ¿Tienen algo que decirme?—preguntó el secretario.

Era evidente que no e igualmente obvio que el secretario no quedó complacido por eLlo.

—No importa—prosiguió—. Su información ha dejado de ser importante. Hemos adelantado la hora del ataque. Había pensado que la reserva de virus era menor... Son asombrosos los resultados de la presión, incluso en personas que juran que es imposible más rapidez.

En este momento intervino Schwartz con voz ronca.

—Dos días... Menos... Veamos... El martes..., a las seis de la mañana, hora de Chica.

El desintegrador estaba en la mano del secretario. Éste se acercó con bruscas zancadas y se situó amenazadoramente junto a la encorvada figura de Schwartz.

—¿Cómo lo ha sabido?

Schwartz se puso tenso. En algún lugar de su cerebro unos zarcillos se agruparon y buscaron su presa. En el aspecto físico, los músculos de las mandíbulas quedaron vigorosamente apretados y las cejas encogidas hacia abajo, pero todo ello carecía de importancia. En el interior del cerebro había algo que se proyectó y aferró con fuerza el contacto mental del otro hombre.

Para Arvardan la escena fue irrelevante durante unos segundos preciosos, unos segundos mal empleados. El repentino silencio y la inmovilidad del secretario no eran significativos.

—Ya lo tengo...—murmuró el jadeante Schwartz—. Cójnle el arma. . ., no podré resistir...

La voz se apagó tras un gorjeo.

Y Arvardan lo comprendió. Con un brusco esfuerzo se puso de nuevo a gatas. Acto seguido, mientras sus dientes rechinaban, se levantó simplemente porque no le quedaba más remedio y logró permanecer erguido aunque tambaleante.

El secretario parecía petrificado por la mirada de Medusa. En su frente lisa y sin arrugas iba formándose sudor y su semblante inexpressivo no reflejaba emoción alguna... Sólo la mano derecha, la que sostiene el desintegrador, mostraba señales de vida. Un observador atento habría visto que esa mano se movía a tirones infinitesimales, había percibido la extraña presión que ejercía un dedo sobre el botón de disparo, una presión suave, insuficiente para causar daño pero progresiva, progresiva...

—Agárrelo con fuerza—dijo Arvardan en pleno esfuerzo, con júbilo feroz. Se apoyó en el respaldo de la silla y trató de recobrar el aliento—. Tengo que acercarme a él.

Sus pies se arrastraron. El arqueólogo se encontró sumido en una pesadilla; tuvo que vadear un río de miel, nadar en alquitrán, avanzar tirando de su cuerpo con la mano apoyada en los respaldos de una hilera de asientos hasta situarlo a la misma altura, extender otra vez las manos hacia otra hilera, despacio, muy despacio, y vuelta a empezar.

Desconocía el terrible duelo que estaba teniendo lugar ante él.

El secretario sólo tenía una meta: ejercer con el pulgar derecho una fuerza minúscula. . . , ochenta y cinco gramos exactamente, ya que ésa era la presión que precisaba el desintegrador para funcionar. A tal fin su mente únicamente tenía que dar la orden a un tendón tembloroso ya medio contraído.

Schwartz sólo tenía una meta: frenar esa presión..., pero con la rudimentaria masa de sensaciones que le ofrecía el contacto mental del otro hombre no podía saber qué zona en particular estaba relacionada con aquel pulgar. Por eso estaba dirigiendo sus esfuerzos a la producción de un éxtasis, un éxtasis total.. .

El contacto mental del secretario se agitó y se revolvió contra la

104

i

l

,

sujeción. Era una mente rápida y de inteligencia temible la que desafiaba el inexperto control de Schwartz. Durante unos segundos permanecería en reposo, a la espera. Luego, con un esfuerzo terrible y desgarrador tiraría de algún músculo. ..

Para Schwartz fue igual que si hubiera estado haciendo un combate de lucha libre con la obligación de mantenerlo a toda costa, aunque su rival estuviera haciéndole rodar impulsado por el furor.

Pero nada de esto era visible. Sólo se veían los nerviosos movimientos de la mandíbula de Schwartz al cerrarse y abrirse, los labios temblorosos, ensangrentados por los dientes..., y un ligero movimiento ocasional del pulgar del secretario, tenso, muy tenso...

Arvardan hizo una pausa para descansar. El dedo que tenía extendido tocaba ligeramente el tejido de la túnica del secretario, y el

arqueólogo no podía seguir moviéndose. Sus atormentados pulmones no podían bombear el oxígeno que sus piernas paralizadas precisaban. Sus ojos no podían ver a causa de las lágrimas provocadas por el esfuerzo, su mente no podía pensar entre la neblina del dolor.

—Sólo unos segundos más, Schwartz—dijo jadeante—. No deje que se mueva, no deje que se mueva.

Schwartz meneó la cabeza despacio, muy despacio.

—No puedo..., no puedo...

Y en realidad, para Schwartz el mundo entero estaba deslizándose hacia un caos nebuloso, desenfocado. Los zarcillos de su mente estaban cada vez más rígidos y faltos de elasticidad.

El pulgar del secretario presionó de nuevo el botón de contacto. Su dedo no descansaba, la presión aumentaba en pequerlisimas cantidades.

Schwartz notó la hinchazón de sus globos oculares, la serpenteante expansión de las venas de su frente. Percibió la espantosa sensación de triunfo que iba formándose en el cerebro del otro hombre.

Y en ese momento Arvardan atacó. Su cuerpo rígido y rebelde se dejó caer hacia delante, con las manos extendidas y preparadas para agarrar.

El secretario, indefenso a causa de la presa mental que sufría, cayó junto con Arvardan. El desintegrador salió despedido hacia un lado y resonó en el duro suelo.

Schwartz notó que la mente cautiva se liberaba con un último esfuerzo y cayó de espaldas, con el cerebro sumido en una enmarañada jungla de confusión.

El secretario se debatió furiosamente bajo el aferrado peso muerto del cuerpo del arqueólogo. Le hundió una rodilla en la entrepierna con una fuerza brutal mientras lanzaba el puño hacia el pómulo de Arvardan. Levantó a éste, golpeó. . . , y Arvardan rodó por el suelo sintiendo toda suerte de dolores.

El secretario se levantó dando tumbos, jadeante y desaliñado. . . , y quedó inmóvil otra vez.

Frente a él se hallaba Shekt medio reclinado. La m~,~

i~

del físico, con el tembloroso apoyo de la izquierda, sostenila el desin-

tegrador, y a pesar de los temblores, el arma apuntaba al secretario.

—¡Pandilla de imbéciles!—chilló el secretario, sofocado por la cólera—. ¿Qué esperan conseguir? ¿Sólo tengo que alzar la voz...

—Y usted, como mínimo, morirá—respondió débilmente Shekt.

—No conseguirá nada matándome—dijo con amargura el secretario—, y usted lo sabe. No salvará el Imperio por el que nos ha traicionado..., y ni siquiera se salvarán usted y sus amigos. Entrégueme ese arma y quedará en libertad.

El secretario extendió una mano, pero Shekt se echó a reír.

—No estoy tan loco como para creerlo.

—Tal vez no, pero está prácticamente paralizado.

Y el secretario se desplazó de pronto hacia la derecha, con mucha más celeridad que la debilitada muñeca del físico para mover el desintegrador.

Pero en ese momento la mente del secretario, mientras éste se disponía a dar el salto definitivo, estaba concentrada por completo en el desintegrador cuyo disparo pretendía eludir. Schwartz proyectó su mente una vez más para dar la estocada final y el secretario resbaló y se desplomó igual que si le hubieran aporreado.

Con gran esfuerzo, Arvardan había logrado ponerse en pie. Su mejilla estaba enrojecida e hinchada, y el arqueólogo cojeó al acercarse.

—¿Puede moverse, Schwartz?

—Un poco—fue la fatigada respuesta—.

Schwartz se levantó lentamente de la silla.

Arvardan se inclinó sobre el postrado Antiguo y le echó la cabeza hacia atrás, con poca delicadeza.

—¿Vive?

Buscó en vano el pulso con las todavía entumecidas puntas de los dedos y luego colocó la palma de la mano bajo la túnica verde.

—Su corazón late—dijo—. Tiene usted poderes peligrosos Schwartz... ¿Qué hacemos ahora?

—La guarnición imperial de Fort Dibburn está a menos de un

kilómetro—dijo Shekt—. Una vez allí estaremos a salvo y podremos informar a Ennius.

—¡ Una vez allí ! Debe de haber cien guardianes afuera, y centenares más entre este lugar y la guarnición...

—Todavía tenemos a Schwartz.

El rollizo terrestre alzó y sacudió la cabeza al oír su nombre.

—No lo hago muy bien. No puedo tener inmovilizado al secretario demasiado tiempo.

—Porque no está acostumbrado—dijo enérgicamente Shekt—. Escuche, tengo ciertas nociones sobre lo que usted hace con su mente. Es una estación receptora para las ondas electromagnéticas del cerebro. Creo que usted también puede emitir. ¿Me entiende?

Schwartz pareóa penosamente inseguro.

—Debe entenderlo—insistió Shekt—. Tendrá que concentrarse

en lo que usted desea que haga él. .., y antes devolveremos el desintegrador al secretario.

—¿Qué?

El grito de indignación fue claramente audible.

Shekt alzó la voz.

—¡Él nos sacará de aquí! No podemos salir de otra forma, ¿no es cierto?. .. ¿Y qué forma menos sospechosa que dejar ir armado al secretario?

—Pero, ¿y si no consigo dominarlo?—inquirió Schwartz.

Estaba flexionando los brazos, dándoles palmadas, intentando recobrar la sensación de normalidad.

—Es el riesgo que correremos. Pruebe ahora, Schwartz. Muévale el brazo.

Su tono era de súplica.

El secretario gimió desde el suelo, y Schwartz captó el contacto mental reavivado. En silencio, casi con miedo, dejó que la mente del otro cobrara fuerza..., y le habló. Fue una alocución sin palabras, la alocución muda que una persona envía a su brazo cuando desea moverlo, tan muda que ni siquiera el interesado la oye.

Y no fue el brazo de Schwartz el que se movió, sino el del secretario. El terrestre alzó la cabeza con una sonrisa feroz, pero Shekt y Arvardan sólo tenían ojos para el secretario: un cuerpo rec- ctado con la caheza elevándose, unos ojos en los que iba desapa- pareciendo el rasgo vidrioso del desmayo y un brazo que de un modo extraño e incongruente se extendía a tirones formando un ángulo de noventa grados.

Schwartz se centró en su tarea.

El secretario se puso en pie con el cuerpo inclinado, práctica- mente, aunque sólo en apariencia, como si perdiera el equilibrio. Y acto seguido empezó a danzar de un modo tan curioso como involun- tario.

El baile carecía de ritmo, le faltaba belleza. Pero los tres que observaban, sobre todo Schwartz, pensaron que era un acto increi- blemente admirable, ya que en ese momento el cuerpo del secretario se hallaba bajo el dominio de una mente no unida a él materialmente.

Despacio, con precaución, Shekt se acercó al robot que era el secretario y, no sin desasosiego, extendió la mano. En la palma abierta se hallaba el desintegrador, con la culata hacia delante.

-ue lo coja, Schwartz—dijo Shekt.

La mano del secretario se extendió y cogió torpemente el arma. Ésta se movió con rapidez un instante y fue aferrada para entrar en acción. Hubo un destello vivo y destructor en los ojos del secretario. Y al instante el brillo se apagó. Despacio, muy despacio, el desinte- grador ocupó su lugar en el cinto y la mano se apartó.

La risa de Schwartz tenía un tono estridente.

-asi se sale con la suya.

Pero su rostro estaba pálido mientras hablaba.

—¿Y bien? ¿Puede dominarlo?

l(K

~

107

—Está luchandQ como un diablo... Pero no va tan mal como an- tes.

—Eso se debe a que usted sabe qué está haciendo—dijo Shekt, dándole los ánimos que él prácticamente no tenía—. Transmita ahora. No intente dominar al secretario, límitese a fingir que lo está haciendo usted mismo.

—¿Puede hacerle hablar?—preguntó Arvardan.

Hubo una pausa..., y después un bronco gruñido del secretario.
Otra pausa, otro sonido áspero.

—Eso es todo—dijo Schwartz, jadeante.

—Bien, no importa. Podemos pasar sin eso.

El recuerdo de las dos horas siguientes fue irrepetible para las dos personas que tomaron parte en la singular odisea. El doctor Shekt, por ejemplo, había adquirido una rara rigidez que le permitió ahogar todos sus temores en su apoyo vano y estupefacto a la lucha interna de Schwartz. Durante la aventura sólo tuvo ojos para la cara redondeada que poco a poco iba arrugándose y retorciéndose a causa del esfuerzo. Incluso cuando se reunieron con Pola, el físico apenas tuvo tiempo para dedicarle una mirada fugaz, un apretón rápido en la mano.

Fue Arvardan el que corrió hacia la joven, Arvardan el que explicó la situación con frases extrañas, embarulladas. Pola no se encontraba muy lejos, y tampoco hubo incidentes en el traslado desde la sala de reuniones al pequeño despacho donde estaba detenida la hija del físico. Los guardianes que vigilaban la puerta habían saludado bruscamente al ver al secretario, que correspondió con un gesto torpe, insulso. Nadie les molestó.

Pero al salir del edificio correccional, sólo entonces, Arvardan comprendió la locura de la tentativa. Y no obstante, el arqueólogo siguió ahogando sus penas en los ojos de Pola. Fuera por la vida que le estaban arrebatando, por el futuro que estaban destruyéndole, por la imposibilidad eterna de alcanzar la dulzura que había saboreado..., fuera por lo que fuese, nadie le había parecido nunca tan arrolladoramente deseable.

Posteriormente, Pola sería el compendio de sus recuerdos. Pero la Joven. . .

La joven no comprendía nada. La actitud rara y abstraída de Schwartz, la inclinación propia de un muerto del andar del secretario. las cosas increíbles que Arvardan había dicho, que ella apenas había comprendido a medias... El soleado brillo matutino cegaba sus ojos desacostumbrados a la luz, por lo que el rostro vuelto hacia abajo del arqueólogo era una mancha ante ella. Pola le sonrió y notó la fuerza y la dureza del brazo sobre el que se apoyaba muy suavemente el suyo. Ése fue el recuerdo que perduró después: músculos lisos y firmes ligeramente cubiertos por tela plástica de textura lustrosa, fina y fría bajo la muñeca de la joven...

Schwartz se hallaba sumido en sudorosa angustia. El curvado camino de acceso que se alejaba de la entrada lateral por la que habían

salido estaba francamente desierto. Schwartz sintió un enorme alivio por ello.

Sólo él conocía el coste completo del fracaso. En la mente enemiga que estaba controlando podía captar la sensación de humillación insoportable, el odio descomunal, los propósitos sumamente horribles. Tuvo que registrar esa mente en busca de información que le orientara, la posición del coche oficial, la ruta más conveniente a seguir. . . Y al hacer tal cosa encontró también la irritante amargura de la venganza que se desataría si su control vacilaba tan sólo una décima de segundo.

Las fortalezas secretas de la mente que se veía forzado a registrar iban a ser posesión personal de Schwartz para siempre. Posteriormente llegarían las horas grises de muchos amaneceres inocentes en los que él guiaría de nuevo los pasos de un loco por los peligrosos caminos de una ciudadela enemiga.

Schwartz jadeó más que habló cuando llegaron al vehículo de superficie. No se atrevió a relajarse un poco para pronunciar frases conexas y dijo rápidamente unas palabras como si se atragantara.

—Imposible..., conducir coche..., imposible... obligar secretaria. . . conducir. . ., complicado. . ., no puedo. . .

Shekt lo tranquilizó con un suave sonido. El físico no osó tocarlo, no osó hablarle normalmente, no osó distraer la mente de Schwartz un solo momento.

—Sólo tiene que meterlo en el asiento trasero, Schwartz—músitó—. Yo conduciré, sé hacerlo. A partir de ahora límitese a controlar al secretario.

En cuanto al papel del secretario durante estos hechos, ni siquiera es posible especular. Cautivo de sus prisioneros, armado pero indefenso frente a unos hombres desarmados... Investigar el asunto podría ser incluso poco conveniente.

El vehículo de superficie del secretario era un modelo especial. Puesto que era especial, era distinto. Atraía la atención. Su faro delantero de color verde giraba a izquierda y derecha con rítmicas oscilaciones conforme la luz se apagaba y encendía produciendo destellos esmeraldinos. La gente se detenía a mirar. Otros vehículos que avanzaban en dirección contraria se apartaron con respetuosa precipitación.

Si el coche hubiera sido menos llamativo, menos sobresaliente, los transeúntes habrían tenido tiempo de reparar en el pálido e inmóvil Antiguo que ocupaba el asiento trasero, quizá se hubieran extrañado, quizás hubieran olido el peligro.. .

Pero sólo repararon en el coche, y el tiempo fue pasando. . .

Un soldado impedía el paso ante las relucientes puertas de acero cromado que se alzaban abruptamente con el estilo elegante e impresionante característico de todas las estructuras imperiales, en vivo contraste con la arquitectura plana y triste de la Tierra. La enorme arma reglamentaria del militar se situó horizontalmente en un gesto de obstrucción y el vehículo se detuvo. Arvardan asomó la cabeza.

Soy ciudadano del Imperio, soldado. Desearía ver a su comandante.

—Tendré que ver su documentación, señor.

—Me la han quitado. Soy Bel Arvardan de Baronn. Tengo asuntos que tratar con el procurador, y mucha prisa.

El soldado acercó una muñeca a sus labios y habló en voz baja por el transmisor. Hubo una pausa mientras aguardaba la respuesta..., y luego bajó el rifle y se hizo a un lado. Las puertas fueron abriéndose poco a poco.

16 El plazo que cumplía

Debía de ser mediodía cuando el primer ministro, desde Washenn, intentó localizar a su secretario a través del televisor y la búsqueda del Antiguo no dio resultado. El primer ministro reaccionó con disgusto; los cargos menores del edificio correccional experimentaron inquietud.

Hubo preguntas después, y los guardianes de la sala de reuniones fueron precisos al asegurar que el secretario había salido con los prisioneros a las diez y media de la mañana... No, no había dejado instrucciones... No sabían adónde había ido. lógicamente no tenían derecho a preguntar.

La chica también se había ido. Otro grupo de guardianes manifestó la misma falta de información. El ambiente general de ansiedad fue creciendo y formando torbellinos.

A las dos de la tarde llegó el primer informe asegurando que el vehículo de superficie del secretario había sido visto por la mañana. Nadie había visto si el secretario iba dentro. Algunas personas creían haberlo visto al volante, pero sólo lo suponían, ésa era la verdad. . .

A las dos y media se había determinado que el coche había entrado en Fuerte Dibburn.

Poco antes de las tres se decidió por fin llamar al comandante.

Respondió un teniente.

Según supieron, en ese momento era imposible facilitar información sobre el tema. Sin embargo, los oficiales de Su Majestad Imperial rogaban que se mantuviera el orden. Rogaban además que la noticia de la ausencia de un miembro de la Sociedad de Antiguos no fuera difundida hasta nueva orden.

Eso fue suficiente. Hombres involucrados en actos de alta traición no pueden correr riesgos, y cuando uno de los miembros principales de una conspiración se halla en manos del enemigo, ello sólo puede indicar que ha sido descubierto o que ha traicionado a los suyos. Esas eran las dos caras de esta moneda. Cualquiera de ellas significaba la muerte.

La noticia se difundió. ..

La población de Chica empezó a moverse. Los demagogos profesionales ocuparon las esquinas de las calles. Los arsenales secretos fueron abiertos violentamente y muchas manos sacaron armas de ellos. Se formó una serpenteante columna hacia el fuerte y a las seis de la tarde el comandante recibió otro mensaje, en esta ocasión mediante envío personal.

Esta actividad no se correspondía con los hechos que se producían en el interior del fuerte. Todo había empezado de forma dramática, cuando el joven oficial que salió a recibir al vehículo extendió la mano hacia el desintegrador del secretario.

—Yo me encargaré de eso—dijo lacónicamente.

—Deje que lo coja, Schwartz—ordenó Shekt.

La mano del secretario cogió el desintegrador y se extendió. El arma abandonó la mano..., y Schwartz suprimió su control y dejó escapar un gemido a causa de la insoportable tensión que sufría.

Arvardan estaba preparado. Cuando el secretario reaccionó igual que un rollo de acero loco libre de la compresión, el arqueólogo se echó sobre él y dejó caer con fuerza sus puños.

El oficial dio órdenes bruscamente. Varios soldados se acercaron corriendo. Cuando unas manos burdas agarraron a Arvardan por el cuello de la camisa y le arrastraron fuera del coche, el secretario yacía flácido en el asiento. Sangre oscura brotaba débilmente de las comisuras de sus labios. La mejilla de Arvardan, magullada ya antes de llegar al fuerte, mostraba una herida y sangraba.

El arqueólogo se arregló el cabello con gestos temblorosos. Después señaló al secretario con un dedo dgado.

—¡Acuso a este hombre de conspirar para derrocar al gobierno imperial!—gritó con firmeza—. Debo ver inmediatamente al comandante en jefe.

—Ya nos ocuparemos de eso—repuso cortésmente el oficial—. Si tienen la bondad, síganme... , todos ustedes.

Y en ese punto se detuvo la actividad, durante horas. La habitación ocupada por el grupo era particular y estaba bastante limpia. Por primera vez desde hacía doce horas tuvieron oportunidad de comer, cosa que hicieron con prontitud y eficiencia a pesar de la situación. Incluso tuvieron oportunidad de satisfacer esa otra necesidad de la civilización: tomar un baño.

Sin embargo, la habitación estaba vigilada y cuando el sol descendía hacia el horizonte Arvardan perdió por fin su paciencia.

—¡Pero si tan sólo hemos cambiado de cárcel!—exclamó.

La rutina insípida y trivial del campamento militar iba desarrollándose alrededor del grupo, haciendo caso omiso de éste. Schwartz estaba durmiendo y la mirada del arqueólogo se dirigió a él. Shekt meneó la cabeza.

—Todavía no... Duerme porque está desesperado.

—Pero sólo quedan treinta y nueve horas.

—Lo sé..., pero hay que esperar.

Sonó una voz femenina.

110

—¿Quién de ustedes afirma ser ciudadano del Imperio?

111

Arvardan se levantó de un brinco.

—Sígueme—dijo el soldado.

El comandante en jefe de Fuerte Dibburn era un coronel enmohecido tras años de servicio al Imperio. En la profunda paz de las últimas generaciones había poca "gloria" obtenible para un oficial del ejército y el coronel, igual que el resto de oficiales, no había obtenido ninguna. Pero durante el ascenso largo y lento desde cadete militar había servido en todas partes de la galaxia, de modo que incluso una guarnición en aquel mundo neurótico que era la Tierra representaba para él otra tarea más y simplemente eso. El coronel sólo deseaba las rutinas tranquilas del servicio normal. No pedía nada más que lo usual; y en ese momento estaban negándose.

Parecía reflejar cansancio cuando entró Arvardan. Llevaba abierto el cuello de su camisa y su túnica, con el llamante color amarillo de la Nave Espacial y el Sol del Imperio, pendía descuidadamente en el asiento de su silla. Hizo sonar los nudillos de su mano derecha con aire distraído mientras miraba solemnemente a Arvardan.

—Un asunto muy confuso, todo esto—dijo—. Mucho. ¿Me permite saber su nombre?

—Bel Arvardan de Baronn, señor. Arqueólogo al mando de una expedición científica autorizada en la Tierra.

—Comprendo. Me informan que carece de documentos identificativos.

—Me los arrebataron, pero el resto de la expedición se halla en Everest. El mismo procurador puede identificarlos.

—Perfectamente.—El coronel cruzó los brazos y se balanceó en la silla—. ¿Y si me ofreciera su versión de los hechos?

—Tengo noticia de una peligrosa conspiración por parte de un reducido grupo de terrestres que pretenden derribar por la fuerza el gobierno imperial, intenciones que, de no ser dadas a conocer de inmediato a las autoridades convenientes, podrían acabar con el gobierno y con gran parte del Imperio.

—Me parece una afirmación muy temeraria y exagerada. ¿Puedo conocer los detalles?

—Por desgracia, considero vital explicarlos al procurador en persona. Por tanto, solicito que se me ponga en comunicación con él ahora mismo, por favor.

—Hum... No actuemos con tanta prisa. ¿Sabe usted que el hombre que han traído aquí es el secretario del primer ministro de la Tierra?

—¡Desde luego!

—Y él es un instigador importante de esa conspiración que usted menciona.

—Lo es.

—Pruebas.

—No puedo discutir las pruebas con otra persona que no sea el procurador.

El coronel arrugó la frente y contempló las uñas de sus dedos.

—¿Duda de mi competencia en este caso?

—En absoluto, señor. Pero sólo el procurador posee autoridad para tomar las medidas decisivas y precisas en este caso.

—¿A qué medidas decisivas se refiere?

—Hay que bombardear y destruir por completo cierto edificio de la Tierra antes de treinta horas, o gran parte de la población del Imperio perderá la vida.

—¿Qué edificio?—preguntó en tono de hastío el coronel.

—¿Puede ponerme en contacto con el procurador, por favor?

—espetó Arvardan.

Hubo una pausa de estancamiento. Finalmente, el coronel intervino con voz grave.

—¿Se da usted cuenta de que al secuestrar a un terrestre se ha hecho merecedor de juicio y condena por parte de las autoridades de la Tierra? Normaimente, por principios, el Imperio protege a sus ciudadanos e insiste en la celebración de un juicio galáctico. Pero la situación en la Tierra es deicada..., y a menos que usted responda satisfactoriamente a mis preguntas, me veré forzado a entregarles, a usted y a sus compañeros, a las autoridades locales.

—¡Pero eso sería una sentencia de muerte! ¡También para usted! Coronel, soy ciudadano del Imperio y exijo que me reciba el pro. . .

Un zumbador del escritorio del coronel le interrumpió. El miiitar se volvió hacia el aparato y apretó un botón.

—¿Sí?

—¡Señor!—La voz se oía con claridad—. Un grupo de nativos ha rodeado el fuerte. Se cree que van armados.

—¿Ha habido actos violentos?

—No, señor.

No había muestras de emoción en el semblante del coronel.

—Estado de alerta para la artillería y la aviación. Todos los hombres en posición de combate. Que no dispare nadie si no es por mo-

tivos defensivos. ¿Entendido?

—¡, señor. Un terrestre con bandera de paz pide audiencia.

—Mándemelo. . . Y que venga otra vez el secretario del primer ministro.

El coronel miró fnamente al arqueólogo.

—Confío en que comprenda la increíble naturaleza de sus actos.

—¡Exijo estar presente en la entrevista!—exclamó Arvardan, al borde de la incoherencia dada su furia—. ¡Y exijo también saber el motivo de que haya tenido que pudrirme durante seis horas bajo vigiiancia mientras usted conversaba a puerta cerrada con un traidor nativo !

—¿Está formulando acusaciones, caballero?—inquirió el coronel, y también su tono iba en aumento.

—No, señor... Pero voy a recordarle que será responsable de sus actos a partir de ahora y que podría ser famoso en el futuro como el hombre que aniquió a su pueblo.

113

. Cuento~ paraleio~

—¡Siencio! En cualquier caso no soy responsable ante usted... A partir de ahora las cosas se harán como yo decida. ¿Ha entendido?

El secretario entró por la puerta que mantenía abierta un soldado. En sus labios enrojecidos e hinchados asomaba una fina sonrisa. Incluinó la cabeza ante el coronel y, aparentemente, no dio muestra alguna de conocer ia presencia de Arvardan.

—Caballero—dijo el coronel al terrestre—, he comunicado al primer ministro los detalles de su presencia aquí y cómo se produjeron los hechos. Su detención es, por supuesto, totalmente..., eh... anormal y tengo la intención de dejarle en libertad en cuanto pueda. Sin embargo, hay aqut un caballero que, como ya debe saber usted, ha formulado una acusación muy grave contra usted, una acusación que, dadas ;ias circunstancias, debemos investigar...

—Comprendo, coronel—dijo tranquilamente el secretario—. Pero como ya le he expiicado, este hombre sólo lieva en la Tierra, creo, tres o cuatro días y sus conocimientos sobre nuestra política interna son nulos. Se trah de una base francamente frágil para hacer cualquier ciase de acusación.

—No soy el único que formula esa acusación—replicó con enojo

Arvardan.

El secretario no miró al arqueólogo, ni en ese momento ni después. Estaba hablando exclusivamente con el coronel.

—Un científico loco; está involucrado en esto, un científico que por estar acercándose a los sesenta años normales de vida padece de irris de persecución... Y el otro es un individuo de antecedentes desconocidos y un historial de imbecilidad.

Arvardan se puso en pie de un brinco.

—Exijo ser escuchado... .

—Siéntese—dijo el coronel con frialdad y hostilidad—. Se ha negado a discutir el asunto conmigo. La negativa sigue siendo válida... Que traigan al hombre que lleva bandera de paz.

Se trataba de otro miembro de la Sociedad de Antiguos. Tan sólo el aleteo de uno de sus párpados reveló emoción por su parte al ver al secretario. El coronel se levantó.

—¿Es portavoz de los hombres que están ahí afuera?—preguntó.

—Sí, señor.

—Supongo entonces que esta reunión tumultuosa e ilegal se basa en la exigencia de recobrar a su compatriota.

—Sí, señor. Debe quedar en libertad inmediatamente.

—¡Por supuesto! No obstante, en interés de la ley y el orden y por el debido respeto a los representantes de Su Majestad Imperial en este planeta, el asunto no puede discutirse mientras haya hombres armados congregados y sublevados contra nosotros. Debe ordenar a los suyos que se dispersen.

El secretario intervino afablemente.

—El coronel tiene toda la razón, hermano Cori. Por favor, calma la situación. Aquí estoy perfectamente seguro y no hay riesgos... para nadie. ¿Comprendes?... Para nadie. Doy mi palabra de Antiguo.

—Muy bien, hermano. Me alegra que estés a salvo.

Lo condujeron afuera.

—Nos ocuparemos de que salga de aquí sin problemas en cuanto la situación de la ciudad recobre la normalidad—dijo brevemente el

coronel.

Arvardan estaba en pie otra vez.

—Lo prohíbo. Va a dejar suelto al futuro asesino de la raza humana. Exijo una entrevista con el procurador de acuerdo con mis derechos constitucionales como ciudadano galáctico.—Y en el paroxismo de la frustración añadió—: ¿Va a mostrar más consideración a un perro terrestre que a mí?

La voz del secretario se alzó por encima de esa última frase casi incoherente de ira.

—Coronel, con gusto me quedaré aquí hasta que mi caso sea atendido por el procurador, si eso es lo que desea este hombre. Una acusación de alta traición es grave y las sospechas, por muy exageradas que sean, podrían bastar para que yo dejara de ser útil a mi pueblo. Agradecería enormemente la oportunidad de probar ante el procurador que nadie como yo es tan leal al Imperio.

—Admiro sus sentimientos, caballero—dijo muy erguido el coronel—. v no tenpo inconveniente en admitir que mi actitud, de estar yo en su lugar, sena muy distinta... Trataré de comunicar con el procurador.

Arvardan no dijo nada hasta que volvieron a llevarlo a la celda.

Evitó las miradas de los otros. Durante largo tiempo permaneció sentado e inmóvil, con un nudillo atrapado entre sus inquietos dientes.

Finalmente intenrino Shekt.

—¿Y bien?

Arvardan sacudió la cabeza.

—Casi lo he echado todo a perder.

—¿Qué ha hecho?

—Perder la paciencia, ofender al coronel, no conseguir nada... No soy diplomático, Shekt.

El ffsico estaba de pie, con sus arrugadas manos cruzadas a la espalda.

—¿Y Ennius? ¿Va a venir?

—Supongo que sí... Pero a solicitud del secretario, cosa que no

puedo comprender.

—A solicitud del secretario... En ese caso mucho me temo que Schwartz está en lo cierto.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho Schwartz?

El rollizo terrestre se hallaba sentado en su catre. Se aizó de hombros en el momento que todas las miradas se dirigían hacia él y extendió las manos en un gesto de impotencia.

114

115

—Capté el contacto mental del secretario cuando pasaba junto a nuestra puerta, hace un momento... Ya había sostenido una larga conversación con ese oficial que ha hablado con usted.

—Lo sé. ¿Qué tiene eso de especial?

—No hay preocupación o temor en su mente. Sólo odio... Y ahora es sobre todo odio hacia nosotros, por capturarlo, por arrastrarlo hasta aquí. Hemos herido su vanidad, ha quedado mal. Pretende desquitarse. He visto en su mente breves imágenes de los sueños que alimenta. De él mismo, sin ayuda, evitando que la galaxia haga algo para frenarle incluso cuando nosotros, con lo que sabemos, actuamos contra él. El secretario está dándonos oportunidades, y luego nos aplastará de todas maneras y triunfará sobre nosotros.

—¿Pretende decir que van a poner en peligro sus planes, sus sueños imperiales, para tomarse una miserable venganza? Eso es de locos.

—Lo sé—dijo Schwartz en tono categórico—. El secretario está loco

—¿Y piensa él que triunfará?

—Exacto.

—En ese caso le necesitamos, Schwartz. Necesitamos su cerebro. Escúcheme. . .

Pero Shekt estaba meneando la cabeza.

—No, Arvardan, eso no resultaría. Desperté a Schwartz cuando usted se fue y hemos discutido el asunto. Sus facultades mentales, que él sólo puede describir vagamente, no están bajo un control perfecto, de eso no hay duda. Es capaz de atontar a un hombre, paralizarlo, dominar los músculos voluntarios de mayor tamaño incluso en contra de la voluntad de la víctima, pero ahí termina todo.

En el caso del secretario, Schwartz no logró hacerle hablar. Los pequeños músculos de las cuerdas vocales superan su capacidad. Tampoco fue capaz de coordinar los movimientos para que el canalla condujera el coche, y mientras estuvo andando tuvo dificultades para mantenerlo en equilibrio. En consecuencia, es obvio que no podríamos controlar a Ennius, por ejemplo, hasta el punto de obligarle a cursar o redactar una orden. He pensado en eso, ¿sabe?...

Shekt sacudió la cabeza mientras su voz se apagaba.

Arvardan sintió que la angustia de la futilidad le sobrecogía.

—¿Dónde está Pola?

—Durmiendo en la otra habitación.

Habría ansiado ir a despertarla... Ansiado..., oh, habría ansiado tantas cosas...

Arvardan miró su reloj. Sólo quedaban treinta horas.

17 El plazo que cumplió

Arvardan miró su reloj. Sólo quedaban seis horas.

Miró alrededor de un modo nebuloso y sin esperar nada. Todos estaban allí..., incluso el procurador, por fin. Pola se hallaba junto a él, con sus dedos cálidos y finos en la muñeca del arqueólogo y aquella expresión de miedo y agotamiento que enfurecía a Arvardan más que cualquier otra cosa, hasta el punto de odiar toda la galaxia.

Quizá todos merecían la muerte, aquellos estúpidos, estúpidos, estúpidos. . .

Apenas veía a Shekt y Schwartz. Los dos estaban sentados a su izquierda. Y allí estaba también el secretario, con los labios aún hinchados y una mejilla con magulladuras de color enfermizo; debía de dolerle horriblemente cuando hablaba... Y los labios de Arvardan una sonrisa brutal al pensar en ello y sus manos se cerraron y retorcieron. . .

Delante del grupo se hallaba Ennius, ceñudo, inseguro, ataviado con aquella ropa pesada, deforme, impregnada de plomo...

También él era un estúpido... Arvardan notó que un estremecimiento de odio recorría su cuerpo al pensar en aquellos gobernantes galácticos que sólo deseaban paz y tranquilidad. ¿Dónde estaban los conquistadores de hacía tres siglos? ¿Dónde?

Quedaban seis horas...

Ennius había recibido la llamada de la guarnición de Chica dieciocho horas antes y recorrió medio planeta después de saber que se requería su presencia. Los motivos que le indujeron a ello eran oscuros. En esencia, había pensado él, nada importante había en el asunto aparte del secuestro lamentable de una de las curiosidades vestidas de verde de aquel planeta supersticioso y obsesionado por los duendes. Eso y las acusaciones, vagas y no documentadas. Nada que el coronel no pudiera abordar sobre el terreno.

Y, sin embargo, estaban sus presagios de rebelión terrestre, y estaba Shekt. .. Shekt implicado en el asunto...

En ese momento estaba sentado ante ellos, meditante, consciente por completo de que su decisión en el caso podía precipitar la revuelta, quizá debilitar su posición en la corte, anular sus posibilidades de mejora... En cuanto al largo discurso de Arvardan sobre amenazas en forma de virus y epidemias desenfrenadas, ¿hasta qué punto debía considerarlo en serio? Al fin y al cabo, si tomaba medidas basándose en esos datos, ¿cuán creíble parecería el asunto a sus superiores?

Y, por todo ello, pospuso el problema en su mente e interrogó al secretario.

—Seguramente tendrá usted algo que decir al respecto. . .

—Sorprendentemente poco—repuso el secretario con enorme confianza—. Tan sólo preguntar qué pruebas tiene ese hombre.

—Su excelencia—dijo Arvardan, ofendido—, ya le he dicho que ese hombre lo confesó con todo detalle anteayer, cuando estuvimos detenidos.

—Tal vez decida usted dar crédito a esas palabras, su excelencia—respondió el secretario—, pero se trata simplemente de otra afirmación sin fundamento. En realidad los únicos hechos que diversos observadores neutrales podrán confirmar son que yo fui la única persona hecha prisionera por la fuerza, no ellos, que fue mi vida la que estuvo en peligro, no la de ellos. Ahora me gustaría que mi acusador explicara cómo ha podido averiguar todo esto en la media semana que lleva en el planeta, cuando usted, procurador, en años de servicio no ha descubierto nada en mi contra.

—Hay lógica en lo que dice el hermano—admitió lentamente Ennius—. ¿Cómo ha podido enterarse?

—Antes de la confesión del acusado fui informado de la conspiración por el doctor Shekt—dijo gravemente Arvardan.

—¿Es cierto, doctor Shekt? ¿Y como se enteró usted?

La mirada del procurador se desvió hacia el físico.

—El doctor Arvardan—dijo el aludido—ha sido admirablemente minucioso y preciso en su descripción del uso que se dio al sinapsificador y al referirse a las declaraciones hechas en el lecho mortuario por el bacteriólogo F. Smitko.

—Pero, doctor Shekt, las últimas declaraciones de un hombre que delira no tienen excesivo peso. ¿No tiene otra prueba?

Arvardan interrumpió la conversación dejando caer su puño sobre el brazo del sillón.

—¿Es esto un tribunal de justicia?—bramó—. ¿Hay alguien acusado de violar las normas de tráfico? No tenemos tiempo para sopesar la evidencia. Se lo aseguro, tenemos hasta las seis de la mañana

cinco horas y media para anular esta enorme amenaza... Usted conoció el doctor Shekt anteriormente. ¿Opina de él que es un mentiroso?

El secretario intervino al instante.

—Nadie acusa al doctor Shekt de mentir deliberadamente, su excelencia. Lo que ocurre es que el buen doctor está muy preocupado últimamente por la proximidad de su sexagésimo cumpleaños. Mucho me temo que una mezcla de edad y miedo le ha provocado ligeras tendencias paranoicas, bastante comunes en la Tierra. . . ¿No ha notado algún cambio en el doctor en los últimos meses?

Ennius había observado un cambio, desde luego. Por las estrellas, ¿qué iba a hacer?

Pero la voz de Shekt fue sosegada, totalmente normal.

—Podría decir que durante el último medio año he estado bajo la vigilancia continua de los Antiguos—expuso el físico—, que las cartas que usted me envió fueron abiertas, que mis respuestas a usted fueron sometidas a la censura..., pero es obvio que tales quejas se atribuirían a la paranoia ya mencionada. No obstante, tengo aquí a Joseph Schwartz, el hombre que se sometió voluntariamente al sinapsificador un día del pasado otoño, el día que usted me visitó en el instituto.

—Lo recuerdo.—Había un sentimiento débil de gratitud en la mente de Ennius por el cambio momentáneo de tema—. ¿Es ese hombre?

—Sí—dijo Shekt—. El tratamiento con el sinapsificador fue un

éxito sin precedentes, ya que él poseía una memoria fotográfica, detalle que he averiguado no hace mucho. En cualquier caso, Schwartz posee en la actualidad un cerebro sensible a los pensamientos de otras personas.

Y Ennius se inclinó hacia delante en su silla mucho más de lo que ya estaba.

—¿Cómo?—exclamó con suma perplejidad—. ¿Está diciéndome que ese hombre lee los pensamientos?

—Puede demostrarse, su excelencia... Pero creo que el hermano ratificará mi afirmación.

El secretario lanzó una fugaz mirada de odio a Schwartz, una mirada abrasadora por su intensidad y tan veloz como un rayo por lo poco que tardó en esfumarse.

—Es muy cierto, su excelencia—dijo con un temblor prácticamente imperceptible en su voz—. El hombre que ellos han traído aquí posee ciertas facultades hipnóticas, aunque no sé si ello se debe o no al sinapsificador. Podría añadir que el sometimiento de este hombre al sinapsificador no consta en documento alguno, detalle que usted admitirá es muy sospechoso.

—No consta en ningún documento—repuso Shekt sin alterarse—de acuerdo con las normas establecidas por el primer ministro.

Pero el secretario se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué me dice de Schwartz?—inquirió autoritariamente Ennius—. ¿Qué relación tienen con el caso sus facultades para leer pensamientos, sus talentos hipnóticos o lo que sea?

—Shekt pretende decir que Schwartz es capaz de leer mis pensamientos—intervino el secretario.

—¿Es cierto?... Bien, ¿y qué está pensando él?—preguntó el procurador, dirigiéndose a Schwartz por primera vez.

—Está pensando que no tenemos forma alguna de convencerle para que defienda nuestra postura—dijo Schwartz.

—Muy cierto—se mofó el secretario—, aunque esa deducción no requiere apenas esfuerzo mental.

—Y además—prosiguió Schwartz—, está pensando que usted es un pobre imbécil, que teme actuar, que sólo ansía paz, que espera granjearse la amistad de los terrestres gracias a su talante justo e imparcial, y que es tanto más necio por confiar en eso.

El secretario se ruborizó.

—Niego esas afirmaciones.

Pero Ennius restó importancia al asunto.

—¿Y qué estoy pensando yo?—le preguntó a Schwartz.

—Que aun suponiendo que yo pudiera ver con claridad el interior de la mente de un hombre—replicó Schwartz—, no es forzoso que diga la verdad sobre lo que veo.

Las cejas del procurador se arquearon en gesto de sorpresa.

—Tiene razón, mucha razón... ¿Confirma la veracidad de las declaraciones efectuadas por los doctores Arvardan y Shekt?

—Hasta la última palabra.

—Hum... Sin embargo, sería preciso encontrar a otro hombre
119

como usted, alguien que no estuviera involucrado en el asunto. De lo contrario, esta prueba no sería válida legalmente, incluso suponiendo que sus facultades telepáticas fueran aceptadas mayoritariamente.

—¡Pero si no se trata de un problema legal!—exclamó Arvardan—. ¡Se trata de la seguridad de la galaxia!

—Su excelencia—y el secretario se puso en pie—, tengo que hacer una observación... Me gustaría que este hombre, Joseph Schwartz, saliera de la habitación.

—¿Por qué motivo?

—Este individuo, además de leer los pensamientos, posee ciertas facultades para controlar la mente. Fui capturado gracias a una parálisis provocada por este hombre. Mucho me temo que pueda intentar algo similar ahora mismo, contra mí o incluso contra usted, su excelencia.

Arvardan se puso en pie, pero el secretario gritó más que él.

—¡Ningún juicio puede ser justo si se halla presente un hombre capaz de influir por medios sutiles, mediante facultades mentales reconocidas, la opinión del juez!

Ennius tomó con rapidez su decisión. Entró un ordenanza y Joseph Schwartz salió de la sala sin ofrecer resistencia, sin reflejar la más ligera muestra de preocupación en su inexpresivo semblante.

Arvardan pensó que era el golpe definitivo...

En cuanto al secretario, se levantó y permaneció inmóvil un momento: un personaje alto y tétrico vestido de verde, impresionante dada su confianza. Empezó a hablar con estilo formal, muy serio.

—Su excelencia, las opiniones y declaraciones del doctor Arvardan se basan por completo en el testimonio del doctor Shekt. A su vez, las opiniones del doctor Shekt se basan en los delirios de agonía de un hombre... Y todo esto, su excelencia, todo esto tuvo lugar después de que Joseph Schwartz fuera sometido a tratamiento con el sinapsificador.

“¿Quién es, pues, Joseph Schwartz? Hasta que él apareció en escena, el doctor Shekt era un hombre normal y sin problemas. Usted mismo, su excelencia, pasó una tarde con él el día que Schwartz fue sometido a tratamiento. ¿Era anormal entonces? ¿Le informó entonces de una traición que iba a cometerse contra el Imperio? ¿Le pareció preocupado, receloso? El doctor Shekt afirma ahora que recibió instrucciones del primer ministro para falsificar los resultados de los experimentos con el sinapsificador. ¿Le informó de ello entonces? ¿O solamente le informa ahora, después del día de la aparición de Schwartz?

“Repito, ¿quién es Joseph Schwartz? No hablaba un idioma conocido cuando apareció en escena. Todo ello lo averiguamos nosotros mismos posteriormente, en cuanto empezamos a sospechar de la estabilidad mental del doctor Shekt. Schwartz iba acompañado por un campesino que no tenía dato alguno sobre su identidad, que no sabía nada sobre sus actos. Nada se ha descubierto desde entonces.

“Sin embargo, este hombre posee extraños poderes mentales. Es capaz de derribar a un hombre a cien metros de distancia simplemente pensándolo. Yo mismo quedé paralizado por él. Manipuló mis brazos y mis piernas. Podría haber manipulado mi mente si lo hubiera deseado.

“Creo, sin embargo, que Schwartz manipuló los pensamientos de los aquí presentes. ELlos afirman que yo los detuve, que los amenacé con la muerte, que me confesé culpable de alta traición y que ambicionaba el Imperio... Pero fórmúeles una pregunta, su excelencia. ¿No han estado eLlos totalmente expuestos a la influencia de Schwartz, es decir, a la influencia de un hombre capaz de controlar sus mentes?

“¿No será Schwartz el traidor? De lo contrario, ¿quién es Schwartz?

El secretario tomó asiento, con calma, casi con jovialidad.

Arvardan se sintió igual que si su cerebro se hubiera colocado en

un ciclotrón y estuviera girando hacia afuera y describiendo revoluciones cada vez más rápidas... ¿Qué respuesta podía darse? ¿Que Schwartz procedía del pasado? ¿Dónde estaban las pruebas? ¿Que él había identificado un lenguaje genuinamente primitivo?... Pero ¿lo había hecho teniendo manipulados los pensamientos? Al fin y al cabo, ¿cómo podía asegurar que no habrían manipulado su cerebro? ¿Quién era Schwartz? ¿Qué detalle le había convencido con tanta rapidez y seguridad de aquel impresionante plan de conquista galáctica? ¿La palabra de un solo hombre? ¿Un solo beso de una mujer? ¿O la intervención de Joseph Schwartz?

¡No podía pensar! ¡No podía pensar!

—Bien, caballeros.—Ennius parecía impaciente—. ¿Tiene algo que decir, doctor Shekt? ¿Usted, doctor Arvardan?

Pero la voz de Pola se abrió paso bruscamente entre el silencio.

—¿No ve que todo es mentira? ¿No ve que nos está inmovilizando con su lengua de víjora? Oh, todos vamos a morir y ya no me importa... Pero podríamos impedirlo, podríamos impedirlo... Pero seguimos sentados aquí. . ., y. . . perderemos el tiempo hablando.. .

Y la joven prorrumpió en sollozos incontenibles.

—De modo que estamos sujetos a los caprichos de una mujer histérica. . .—dijo el secretario—. Su excelencia, tengo una propuesta que hacer. Mis acusadores afirman que todo esto, ese supuesto virus y cualquier otra cosa que tengan en mente, está programado para una hora concreta, las seis de la mañana, creo. Propongo permanecer bajo su custodia durante una semana. Si lo que ellos dicen es cierto, la noticia de una epidemia en la galaxia llegará a la Tierra al cabo de pocas horas. Si tal cosa ocurre, las fuerzas imperiales seguirán controlando la Tierra. . .

—Un buen cambio, ciertamente. ¡La Tierra por una galaxia de seres humanos!—masculó el pávido Shekt.

—Valoro mi vida, y la de los míos. Somos rehenes para probar nuestra inocencia.

El secretario cruzó los brazos.

Ennius alzó una mirada que reflejaba preocupación.

—No encuentro culpa en este hombre.. .

l:ZO

l:ZI

Y Arvardan no pudo soportarlo más. Con sosegada y mortífera ferocidad, se levantó y se acercó rápidamente al procurador. Sus

intenciones no Llegaron a saberse nunca. Posteriormente, ni él las recordaría. En cualquier caso, el asunto carecía de importancia. Ennius tenía un látigo neurónico y lo utilizó.

Todo se convirtió en una Liama de dolor, empezó a dar vueltas y se esfumó alrededor de Arvardan.. .

Luz. . .

Luz difusa y sombras nebulosas que se confundrían y retorcían, y finalmente hubo claridad.

Un rostro... Unos ojos sobre los suyos...

—¡Pola!—Todo se hizo nítido y claro para Arvardan, en un solo instante—. ¿Qué hora es?

Los dedos del arqueólogo apretaron con tanta fuerza la muñeca de la joven que ésta respingó de forma involuntaria.

—Más de las siete—musitó ella—, el plazo se cumplió.

Arvardan miró alrededor como un loco y se incorporó en el catre donde yaáa, sin preocuparse por el ardor que sentía en las articulaciones. Shekt, con su cuerpo delgado acurrucado en una silla, levantó la cabeza y asintió breve y tristemente.

—Todo ha terminado, Arvardan.

—De modo que Ennius...

—Ennius no quiso correr riesgos—dijo Shekt—. ¿No es extraño?
—Lanzó una carcajada rara, quebrada, bronca—. Nosotros tres, sin ayuda de nadie, descubrimos una conspiración inmensa contra la humanidad, sin ayuda de nadie capturamos al cabecilla y lo entregamos a la justicia. Es como un programa televisivo, ¿no? Los superhéroes invencibles se aproximan a tiempo a la victoria... Pero nadie nos cree. Eso no ocurre en los telefilmes, ¿verdad? Allí todo tiene un final feliz, ¿no es cierto? Curioso...

Las palabras se convirtieron en sollozos roncós, sin lágrimas.

Arvardan desvió la mirada, muy disgustado. Los ojos de Pola eran universos azules, húmedos, repletos de lágrimas. Sin saber cómo, el arqueólogo se perdió un momento en ellos. Eran universos, rios de estrellas. Y hacia esas estrellas corrían velozmente unas capsulitas metálicas y relucientes que devoraban años-luz al penetrar en el hiperespacio con saltos tan calculados como mortíferos. Pronto, quizás ya habría sucedido, se acercarían a los planetas, atravesarían atmósferas, estarían formando invisibles lluvias de virus letales...

Bien, todo había terminado.

—¿Dónde está Schwartz?—preguntó débilmente.

Pero Pola se Limitó a menear la cabeza.

—No volvió a entrar en la sala.

¡Las diez! ¡Tres horas después del plazo!

Había ambiente de actividad en el fuerte. &ritos de los soldados, una atmósfera de tensión física fácilmente perceptible.

122

Ennius se encontraba en la puerta, erguido, enjuto, ansioso...

Se abrió la puerta. El procurador hizo una seña. Dijo algo. Para Arvardan, sumido en sus fútiles pensamientos, las palabras careían de significado. Pero siguió a Ennius igual que un autómata...

Y llegaron al despacho del comandante en jefe. Quizá volví a repetirse la noche anterior. El secretario también se encontraba ahí, semblante sombrío, ojos absortos...

Ennius no había dormido desde hacía veinticuatro horas. Se dirigió al secretario.

—¿Conoce usted el significado de lo que está pasando afuera? Un grupo de nativos está cercando el fuerte otra vez. No deseamos tener que abrir fuego contra ellos. ¿No puede frenarlos?

—Basta con que yo lo desee, su excelencia.

—Bien, en tal caso...

—¡Pero no lo deseo, su excelencia!—Y el secretario sonrió y extendió un brazo. Su voz era de burla feroz; había estado reprimida mucho tiempo y brotaba gustosamente—. ¡Imbécil! Ha esperado demasiado. ¡Muera por eso! ¡O viva como un esclavo!

Las alocadas frases no produjeron efectos demoledores en Ennius. Pero su aspecto lúgubre se intensificó.

—¿Tanto he perdido con mis precauciones? El asunto del virus. ... ¿era cierto?—Su voz reflejaba un asombro abstracto, casi indiferente—. Pero la Tierra, usted mismo. . ., todos son mis rehenes.

—¡Nada de eso!—fue el grito instantáneo de victoria—. Usted y

los suvos son mi rehenes. El virus que ahora se propaga por el universo no ha dejado inmune a la Tierra. Satura ya en cantidad suficiente la atmósfera de todas las guarniciones del planeta, incluyendo Everest. Los terrestres somos inmunes, pero ¿cómo se siente usted, procurador? ¿Débil? ¿Tiene reseca la garganta? ¿Febrilenta la cabeza? No le queda mucho tiempo, ¿sabe? Y el anbdoto sólo podrá obtenerlo de nosotros.

De repente se volvió y miró ferozmente a Shekt y Arvardan.

—Bien, ¿he representado adecuadamente mi papel? ¿He triunfado?

Y prorrumpió en brucas carcajadas.

Despacio, muy despacio, Ennius apretó el botón de su escritorio. Despacio, muy despacio, una puerta se abrió y Joseph Schwartz, algo ceñudo, tambaleándose un poco a causa del cansancio, apareció en el umbral. Despacio, muy despacio, el terrestre entró en el despacho.

La risa del secretario cesó. Sus ojos contemplaron al hombre del pasado con repentino recelo.

—No—dijo con los dientes apretados—. No podrá sonsacarme el secreto del antídoto. Los hombres que lo conocen y pueden usarlo están seguros, lejos de su alcance.

—Muy seguros—convino Schwartz—. Pero no necesitamos el antídoto. No hay virus que destruir.

La frase no acabó de quedar clara. Arvardan notó que una idea

123

asombrosa apareía de pronto en su mente, pero la descartó. No podía arriesgarse a la desilusión.

Pero Ennius intervino de nuevo. t

—Explique los hechos, Schwartz, y hágalo con claridad. Quiero que el hermano comprenda por completo la situación.

—No es complicado—dijo Schwartz—. Ayer por la noche, mientras estábamos reunidos, comprendí que no podía hacer nada si seguía sentado y escuchando. Actué precavidamente en el cerebro del secretario, durante largo rato. Y finalmente él solicitó que yo sahera de la habitación, por supuesto era lo que yo deseaba. El resto fue fácil.

“Dejé aturrido al vigilante y me dirigí al aeropuerto. El fuerte se hallaba en situación de alerta constante. Los aviones estaban abastecidos de combustible, armados y dispuestos para emprender el vuelo. Los pilotos aguardaban. Elegí uno al azar..., y partimos hacia Senloo.

T

El secretario pareía querer decir algo. Sus mandíbulas se agitaban quedamente. Pero intervino Shekt.

—Sin embargo, usted no podía obligar a un hombre a pilotar un avión, Schwartz. Hacerle caminar era lo único que sabía hacer.

—Cierto, si tenía que hacerlo contra su voluntad. Pero gracias a los pensamientos del doctor Arvardan yo sabía cuánto odian los de Sirio a los terrestres. Por lo tanto, busqué a un piloto nacido en el sector de Sirio. Encontré uno. Odiaba a los terrestres tanto que es difícil entenderlo, incluso para mí, y me introduje en su mente. Él deseaba bombardear a los terrestres. Deseaba destruirlos. Sólo la disciplina le hacía contenerse, le impedía partir con su avión inmediatamente.

“Ese tipo mental es distinto. Un poco de sugestión, un poco de presión y la disciplina no basta para contener. Creo que él ni siquiera reparó en que yo subía al avión en su compañía.

—¿Cómo localizó Senloo?—musitó Shekt.

—En mi época—dijo Schwartz—había una ciudad llamada San Luis. Se hallaba en la confluencia de dos grandes ríos. La encontramos. Era de noche, pero había una mancha oscura en una zona de radiactividad..., y el doctor Shekt había dicho que el templo era un oasis aislado de terreno normal. Lanzamos una bengala, o lo hicimos mediante mi sugestión mental, y apareció un edificio de cinco puntas bajo nosotros. Concordaba con la imagen que yo había captado en los pensamientos del secretario. Ahora sólo queda un boquete de treinta metros de profundidad en el lugar donde estaba el edificio. Eso sucedió a las tres de la madrugada. Ningún virus fue lanzado. El universo está libre.

Fue un aullido bestial lo que brotó de los labios del secretario, el chillido sobrenatural de un demonio. El terrestre pareció a punto de saltar..., y de pronto se desplomó.

Un fino espumarajo de saliva empezó a surgir muy despacio por su labio inferior.

124

—Ni lo he tocado—dijo en voz baja Schwartz. Después, mientras contemplaba pensativamente el cuerpo postrado, añadió—: Cuando volví, el procurador se había vuelto loco si no llego a convencerle de que aguardara a que cumpliera el plazo. Yo sabía que el secretario sería incapaz de no vanagloriarse. Lo sabía por sus pensamientos... Y ahora, ahí lo tienen.

EPILOGO

En realidad el relato ha terminado ya y añadir un epílogo es bastante anticuado. De todas formas, un epílogo tiene su utilidad. Es un nudo, ¿saben?, que ata los cabos sueltos de la trama (un retruécano, sí), evita que se deshagan y los oculta a la vista pulcramente. Si desea tener una sensación de consumación, siga leyendo, porque aquí habrá epílogo a pesar de todo.

No será muy largo.

De hecho el único personaje que interviene es Joseph Schwartz. Treinta días han transcurrido desde que emprendiera vuelo en la pista de aquel aeropuerto en una noche dedicada a la destrucción de la galaxia, con las señales de alarma sonando alocadamente a su espalda y órdenes radiadas para que volviera poblando el cielo.

Había vuelto a su hora, con el templo de Senloo destruido y mientras el aturdido piloto empezaba a preguntarse qué había sucedido exactamente.

El heroico acto fue dado a conocer oficialmente. Schwartz llevaba en el bolsillo el cordón de oro de la Orden de la Nave Espacial y el Sol. Sólo otras dos personas de la galaxia habían recibido dicha condecoración sin haber muerto antes. Algo impresionante para un sastre retirado...

Naturalmente nadie, aparte de los árculos oficiales más oficiales, sabía con exactitud qué había hecho Schwartz, pero ese detalle carecía de importancia. Algún día, en los libros de historia...

En la sosegada noche, Schwartz estaba dirigiéndose a pie hacia el domicilio del doctor Shekt. La ciudad se hallaba tranquila, tanto como el fulgor rutilante del cielo. En puntos aislados de la Tierra, grupos de zelotes seguían causando problemas, pero sus líderes habían muerto o se encontraban presos, y los terrestres moderados se bastaban para hacer frente al resto.

Los primeros convoyes de tierra normal ya estaban en camino. Ennius había repetido su propuesta de que la población de la Tierra fuera trasladada a otro planeta, pero eso estaba fuera de lugar. La Tierra no deseaba caridad. Que los terrestres tuvieran oportunidad de rehacer su planeta. Que pudieran reconstruir el hogar de sus padres, el mundo nativo de la humanidad. Que pudieran trabajar con sus manos, eliminar la tierra enfermiza y sustituirla por otra saludable.

Se trataba de una tarea enorme, podía durar un siglo... pero, ¿y qué? La galaxia prestaría maquinaria, enviaría alimentos, suministraría la tierra. Para sus recursos incalculables sería una insignificancia. . ., y había compensación.

Y algún día los terrestres volverían a ser un pueblo entre otros muchos, habitarían un planeta entre otros muchos y considerarían a toda la humanidad bajo el punto de vista de la dignidad y la igualdad.

El corazón de Schwartz latió con fuerza al valorar la maravilla de todo ello, mientras el terrestre subía los escalones de la entrada principal. Dentro de una semana partiría en compañía de Arvardan hacia los grandes mundos centrales de la galaxia. ¿Qué otra persona de su generación había abandonado la Tierra?

Se detuvo, con la mano a punto de posarse en la puerta, ya que sonaban palabras en su mente. Con cuánta claridad captaba ya los pensamientos, como si fueran campanillas.

Era Arvardan, por supuesto, con tantas cosas en su mente que la palabra era incapaz de expresarlas.

“Piénsalo, Pola, verías cosas que jamás has visto, vivirías como nunca has vivido...”

Y la respuesta de Pola, con una mente tan ansiosa como la del arqueólogo y palabras de pura desgana.

“Si piensas que es una gira por la galaxia lo que yo quiero...”

“Pero estarías conmigo..., es decir, yo estaría contigo. Y si te arrepientes, regresáramos después de esa conferencia que tengo que dar en Trantor.”

“Tu vieja Sociedad Arqueológica. .. Hum. . .”

“Pero luego podríamos volver. Y me quedaré aquí contigo. Nunca te abandonaré.”

“Pero es posible que yo prefiera viajar.”

“En ese caso iremos a donde te apetezca.”

“Pero si soy una pobrecilla terres...”

Hubo una exclamación breve y apagada por parte de Arvardan, seguida por un gritito muy femenino. La conversación se interrumpió.

Pero, lógicamente, los contactos mentales no se interrumpieron, y Schwartz se apartó plenamente satisfecho..., y con cierta vergüenza. Podía esperar. Había tiempo de sobra para molestar a la pareja en cuanto las cosas se aclararan un poco más.

Schwartz aguardó en la calle mientras centelleaban las estrellas,

una galaxia entera de estrellas, unas visibles, otras invisibles.

Y para él, y para la nueva Tierra, y para los millones de planetas del universo, Schwartz repitió en voz baja aquel poema antiguo que sólo él conocía entre billones de personas:

¡Envejece conmigo!
Lo mejoraún no ha venido...

126

Comentario final

Supongo que si quisiera hacer de este libro una especie de ejercicio práctico sobre "Cómo revisar~, lo mejor sería incluir la versión publicada de Un guijarro en el cielo inmediatamente después de "Envejece conmigo". De ese modo el lector podría estudiar con penoso detalle, frase por frase, qué hice yo.

Naturalmente, eso es imposible.

En primer lugar, hacer tal cosa duplicaría la extensión y el coste (y el precio) del libro, práhcamente a cambio de nada.

Al fin y al cabo, los lectores que por su enorme interés en mis obras han comprado este libro tendrán seguramente un ejemplar de Un guijarro en el cielo escondido en alguna parte. Incluso si no han leído la novela o la han perdido o echado a la basura, o si han sido tan tontos que la han prestado ("tontos" porque gracias a las cartas que recibo he acabado comprendiendo que nadie que pide prestada una de mis obras la devuelve), siempre pueden adquirir un ejemplar en alguna librería de lance o cuando se reedite.

Y, finalmente, tal vez haya lectores que se deleiten hasta cierto punto con "Envejece conmigo" y no piensen ni por un momento en leer Un guijarro en el cielo. En ese caso, ¿para qué molestarlos con una segunda dosis de un relato que, en esencia, es el mismo?

No obstante, voy a darme el gusto de hacer algunos comentarios sobre el tema.

Ahora que he vuelto a leer "Envejece conmigo" por primera vez desde que hace treinta y seis años lo revisara, el relato no me parece tan malo. Creo que Startling Stories ha hecho cosas peores que aceptar y publicar esta obra.

Un detalle que agradezco mucho, no obstante, es que eliminé el prólogo estúpido, el epílogo y los intermedios. ¿Qué tenía yo en la cabeza y por qué los escribí? No lo recuerdo. En fin, en el intervalo de dos años, entre 1947 y 1949, mi sentido común mejoró un poco y

eliminé los añadidos. Además anulé la división en tres partes y combiné los relatos de Joseph Schwartz y Bel Arvardan, mezclando las partes de un modo que, en mi opinión, tiene una complejidad más interesante.

Al repasar ~Envejece conmigo” advertí con cierto horror señales de lápiz en diversas frases y párrafos. Ello sólo podía indicar que en aquel tiempo yo planeaba acortar el relato, tal vez para que fuera más apropiado para su publicación en revista. Si es así, aquel proyecto quedó abortado, no hay duda, y me alegro. Al parecer mi intención fue eliminar la partida de ajedrez, que es mi fragmento favorito de la obra.

Tenía la vaga idea de que la partida de ajedrez figuraba en Un guijarro en el cielo como medio de elaborar y alargar el relato. Me complació mucho comprobar que dicha partida ya aparecía en “Envejece conmigo”. ¿Saben una cosa? Siempre he despreciado las descripciones ficticias de partidas de ajedrez, esas descripciones que no ofrecen detalles reales sino que incluyen comentarios tontos como por ejemplo éste: “Inició un ataque despiadado con la torre de rey”. Y al leer cosas como ésta mi reacción es siempre la misma: “¿Qué usó la torre de rey, una navaja o una pistola?”.

Tomé la decisión de ofrecer una partida real, describiendo meticulosamente todas las jugadas, y una persona como mínimo, mientras leía el libro por la noche, muy tarde, se sintió lo bastante sorprendida y estimulada para salir de la cama, coger el tablero y reproducir la partida. Este hombre la publicó en una revista de ajedrez con el título “La partida de Asimov” y dijo que era excelente.

Bien, la partida no era mía y era preferible que el lector la considerara mía. La partida real que utilicé se disputó en Moscú en 1924 entre Werlinski (blancas) y Loewenfish (negras) y obtuvo el premio de belleza por su brillantez.

Un detalle de “Envejece conmigo” me resulta muy turbador. Lo escribí, recuerdo, en 1947, sólo dos años después de que las bombas de fisión nuclear cayeran sobre Hiroshima y Nagasaki. Evidentemente, yo desconocía el grado exacto de riesgo que representa la guerra nuclear y la radiación (como casi cualquier otra persona).

Di a la futura Tierra una corteza radiactiva, al menos en ciertas zonas y, sin embargo, tenía restos de vida y humanidad aferrados a ella. Obviamente mi intención era que el lector lo considerara como resultado de una guerra nuclear en nuestro futuro (el pasado del relato). Pero una guerra nuclear tan virulenta, que convierte grandes extensiones de la corteza terrestre en zonas de radiactividad continua por fuerza debe eliminar la vida en la Tierra.

En “Envejece conmigo” Joseph Schwartz supone que la radiactividad

de la corteza es producto de una guerra "con bombas atómicas", pero por fortuna la suposición no es corroborada por ningún otro personaje y, por lo que respecta al relato, no pasa de ser una especulación.

Como es lógico conservé la corteza radiactiva de la Tierra en *Un guijarro en el cielo*. Tenía que hacerlo pues ese detalle es de crucial importancia para el argumento. En mi segunda novela, *The Stars Like Dust* (1951)* las escenas iniciales se desarrollaban en la Tierra y de nuevo conservé la corteza radiactiva.

Con el paso de los años, no obstante, y conforme decrecía mi ingenuidad con respecto a la guerra nuclear, en especial cuando empezó a experimentarse con bombas de fisión de hidrógeno, eluí la noción de una Tierra radiactiva. Pero cuando una generación más tarde escribí *Foundation's Edge* (1982) y empecé a combinar mis diversas novelas en una sola visión general de la historia futura, me encontré atascado con la corteza radiactiva de la Tierra.

Tuve que recurrir a mi reserva de ingenio. La corteza radiactiva no podía ser resultado de una guerra nuclear. ¿Qué era, pues? Como consecuencia de mis meditaciones sobre el tema escribí *Robots and Empire* (1985), de modo que una confusión acabó siendo algo muy útil.

~ En la arena estelar, publicada en el número 45 de esta misma colección.

El fin de la eternidad

Preámbulo

Otra novela mía creció a parár de una versión más pequeña y en este segundo caso el asunto fue más complicado. Un guijarro en el cielo era sólo 1,4 veces más larga que "Envejece conmigo", pero mi novela *El fin de la eternidad** era tres veces más larga que el relato a partir del cual se había desarrollado.

Sucedió de este modo. ..

El año era 1953, y habían transcurrido casi cuatro años desde la publicación de mi primer libro, *Un guijarro en el cielo*. Desde entonces había publicado ocho libros más (incluyendo un libro de texto sobre bioquímica), es decir nueve en total. Mi décimo libro, *Lucky Starr and the Pirates of the Asteroids* (Doubleday, 1953), estaba a punto de aparecer y el undécimo, *The Caves of Steel* (Doubleday, 1954)** estaba siendo publicado como serial en *Galaxy*, como preparación a la publicación en libro.

En aquellos días estaba teniendo un promedio de tres libros al año lo que, dado mi ritmo de escritura, no era gran cosa, pero entonces no tenía mucho tiempo para escribir. Medio año antes de que apareciera *Un guijarro en el cielo*, había empezado a enseñar en la facultad de